

LLAMAMIENTO AL SOCIALISMO

Gustav Landauer

Llamamiento al Socialismo

Landauer, Gustav
Llamamiento al Socialismo / Gustav Landauer. - 1a ed.
- Ciudad Autónoma de Buenos Aires :
Libros de Anarres, 2022.

192 p. ; 20 x 12 cm. - (Utopía Libertaria)

Traducción de: Diego Abad de Santillán.
ISBN 978-987-1523-41-2

1. Anarquismo. 2. Socialismo. 3. Revoluciones.
I. Abad de Santillán, Diego, trad. II. Título.

CDD 320.531

AGRADECIMIENTOS

Nuestro profundo reconocimiento a Ediciones El Salmón y a Jesús García Rodríguez, traductor y especialista en filología alemana, por habernos permitido contar con la revisión de la traducción original –realizada por Diego Abad de Santillán para la editorial Nervio– y por las notas del revisor que la acompañan. Aclaremos que todos los textos traducidos aquí incluidos han sido ligeramente modificados para adaptarlos al español rioplatense.

Título original: *Aufruf zum Sozialismus*

Traducción: Diego Abad de Santillán

Revisión de la traducción: Jesús García Rodríguez

Prólogo: Nicolás Torre

Esbozo biográfico: Federico Mare

Corrección: Guadalupe Alfaro

Diseño: Diego Pujalte

© Libros de Anarres
Av. Rivadavia 3972 C.P. 1204AAR
Buenos Aires / R. Argentina
Teléfono: 4981-0288
edicionesanarres@gmail.com
www.librosdeanarres.com.ar

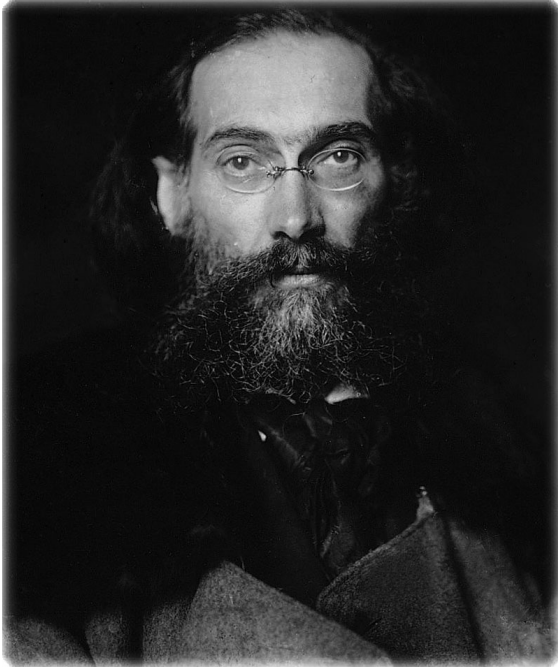
ISBN: 978-987-1523-41-2

La reproducción de este libro, a través de medios ópticos, electrónicos, químicos, fotográficos o de fotocopias, está permitida y es alentada por los editores.

Queda hecho el depósito que marca la ley 11.723

Impreso en la Argentina / Printed in Argentina

PRÓLOGO A LA PRESENTE EDICIÓN



A poco más de cien años de la publicación de *Llamamiento al socialismo*, la editorial Libros de Anarres ha decidido incluir este clásico del anarquismo en su ya prolífica colección *Utopía Libertaria*. Juzgamos esta decisión muy acertada. La figura de Gustav Landauer, injustamente olvidada, tanto dentro del anarquismo como más aún dentro de la izquierda en general, representa un hito insoslayable para la historia del pensamiento libertario. Dos razones –por lo menos– encontramos para valorar positivamente la reedición de esta obra. Primeramente, consideramos que el pensamiento de Landauer posee un peso específico propio dentro de la literatura anarquista y emancipatoria en general, que de por sí solo justifica nuestro acercamiento a sus textos. Esto puede apreciarse en su defensa apasionada del socialismo como la mejor, la más justa y la más fructífera de las relaciones posibles entre seres humanos; en su vehemente llamado a crear islas de utopía dentro del inmenso mar de la injusticia social, desde donde se forjaría el socialismo del futuro; en su rescate –como también lo hiciera Kropotkin– de las relaciones libertarias que articulaban, según el autor, el trabajo colectivo en el seno de las asociaciones comunales de la Edad Media, como los gremios de artesanos y las comunidades campesinas, y también de la manera en que esas formas de vida comunitarias se agrupaban como una “totalidad de autonomías, que mutuamente se compenetraban y entremezclaban sin formar por ello una pirámide o algún otro tipo de poder central” para formar una “sociedad de sociedades”;¹ en sus agudas críticas

¹ Landauer, Gustav. *La revolución*. Bs. As, Libros de la Araucaria, 2005, p. 64 (también aparece citado ligeramente distinto en: Buber, Martin. *Caminos de utopía*. México, Fondo de Cultura Económica, 1978, p. 77). Heinrich Koechlin explica así la admiración de Landauer por la Edad Media: “Su amor se orientaba al Medievo, ese Medievo anárquico que ciertamente conoció poderes, pero ningún poder central, reglamentador. La Edad Media no era solamente oscura. Conoció un tipo de libertad social que se perdió para los tiempos posteriores. Esta libertad se cristalizó en las asociaciones campesinas, las ciudades libres, las guildas artesanales, que arraigadas en lo local tendían hacia lo remoto [...]. La integración federalista de los pueblos cristianos en el Medievo fue uno de los grandes descubrimientos de la época del romanticismo. La mayoría de los románticos alemanes, debido a su oposición a un progresismo demasiado superficial y fácil, caían en un tradicionalismo estéril y reaccionario [...]. Para los románticos, como Gustav Landauer, el Medievo representaba una especie de paraíso

–feroces, aunque en algunos casos proféticas– a los medios que proponía el marxismo hegemónico de su época para la consecución del comunismo;² en sus elocuentes diatribas contra cierta fascinación por el progreso que alguna vez embarcara a Marx, Engels y sus seguidores en la justificación de cualquier hecho que, según ellos, quemaría etapas en la marcha hacia el comunismo, por más repudiable que esos sucesos históricos puedan parecernos, como la Conquista de América o la invasión estadounidense a tierras mexicanas a mediados del siglo XIX. La segunda razón es de carácter coyuntural: el

perdido. Hay en esto algo verdadero, pero al mismo tiempo la exageración de un entusiasmo que transforma una verdad interior y trascendente en una situación temporal e histórica” (Koechlin, Heinrich. “Prólogo”, en: Landauer, Gustav. *La revolución*, p. 9).

² Con respecto a las críticas de Landauer a Marx habría que hacer dos aclaraciones. En primer lugar, para 1911 y más aún en Alemania, marxismo era prácticamente sinónimo de socialdemocracia, es decir, una versión del marxismo muy positivista y evolucionista en lo teórico, y muy verticalista y reformista en lo político. El marxismo-leninismo –al que si bien podría acusársele de evolucionista y autoritario, no era reformista–, era por entonces una corriente marginal, incluso en la propia Rusia, donde los mencheviques a la sazón tenían mucho más adherentes y gravitación que los bolcheviques. El marxismo consejista es posterior (década del 20), y en cuanto a Rosa Luxemburg, también se trataba de una figura marginal, amén de que buena parte de su pensamiento antiautoritario lo plasmó en obras posteriores a 1911. Otro tanto puede decirse de Antonio Labriola. Los otros autores marxistas “heterodoxos” son todos posteriores a Landauer: Walter Benjamin, Ernst Bloch, los frankfurtianos, etc. Aun en los casos en que Landauer discute con Marx y no con sus epígonos, su mirada sobre Marx está fuertemente condicionada por la manera en que éstos interpretaron y difundieron el pensamiento de su maestro, hecho que se ve muy reforzado por el desconocimiento generalizado que había por entonces del Marx joven y tardío, incluso entre los marxistas. En segundo lugar, es improbable que Landauer conociera los textos de Marx en los que éste, de alguna u otra manera, parece matizar o incluso renegar de su concepción teleológica de la historia: los *Manuscritos de 1844*, los *Grundrisse* (1858), *La ideología alemana* (1845), algunas cartas como la enviada al consejo editorial de *Anales Patrios* de 1877 y la carta a Vera Zasulich de 1881, en donde vislumbra para Rusia la posibilidad de arribar al socialismo saltando la etapa capitalista: “Si la revolución [en Rusia] llega a tiempo [...] para asegurar el crecimiento sin obstáculos de la comuna rural, esta última pronto se desarrollará como un elemento regenerador de la sociedad rusa” (Marx, Karl. “Borradores de una respuesta”, en: Shanin, Teodor. *El Marx tardío y la vía rusa*. Madrid, Revolución, 1990, p. 152). (Agradezco a Federico Mare por sus aportes a la primera aclaración y a Ariel Petrucci por los suyos a la segunda, en especial por el borrador de un revelador trabajo sobre la teoría marxista de la historia titulado *Ciencia y Utopía*, que esperamos llegue a ser publicado pronto.)

acentuado interés que se observa en la nueva izquierda por el pensamiento de Walter Benjamin creemos que podría y debería extenderse a Gustav Landauer. El autor de las llamadas “Tesis de filosofía de la historia”, que conocía la obra del anarquista alemán por intermedio de su gran amigo Gershom Scholem, comparte con nuestro autor, además del rechazo a la idea de progreso que caracteriza al marxismo más ortodoxo, tanto una filosofía de la historia similar –que hace hincapié en el *sentido* que damos a la historia y que podríamos denominar como *filosofía de la memoria*³–, como así también un mesianismo judío secularizado que cifra sus esperanzas de salvación en una revolución que reúne dialécticamente dos dimensiones: una restauradora, la otra utópica. La primera se plantea como retorno a un pasado ideal, la segunda aspira a un futuro radicalmente nuevo.⁴

Dos grandes corrientes intelectuales confluyen en el pensamiento de Landauer. Por un lado, la tradición socialista, en especial en su vertiente anarquista: Proudhon y Kropotkin, Bakunin y Tolstoi principalmente. Por el otro, el romanticismo alemán: Goethe, Schiller, Hölderlin. También la mística del cristianismo y del judaísmo incide en su formación espiritual, fundamentalmente el Maestro Eckhart, de quien tradujo al alemán una colección de escritos. Se interesó, además, por otros grandes pensadores como Nietzsche y Spinoza. Su pasión por el humanismo lo acercó a Rousseau y Shakespeare.⁵ De Rousseau, Tolstoi y Strindberg, dice que representan una fusión armoniosa entre “revolución y romanticismo, pureza y fermentación, santidad y locura, violencia y mansedumbre, fuerza y disolución”.⁶

³ Ver nuestro ensayo “La historia de los movimientos sociales como una historia a contrapelo: hacia una filosofía de la memoria”, en: AA.VV. *El hilo de Ariadna. Filosofía de la memoria e Historia desde abajo*. Mendoza, La Hidra de Mil Cabezas, 2011.

⁴ Löwy, Michael. *Redención y utopía: el judaísmo libertario en Europa Central. Un estudio de afinidad electiva*. Bs. As, El Cielo por Asalto, 1997, p. 19. También Martin Buber, amigo íntimo de Landauer, caracteriza su pensamiento de la siguiente manera: “Una conservación revolucionaria: selección revolucionaria de los elementos del ser social dignos de ser conservados, idóneos para la nueva construcción” (Buber, Martin. *Caminos de utopía*, p. 72). Quizás en el caso de Benjamin, sólo en alguna de las etapas de su itinerario intelectual pueda rastrearse esta dimensión romántica de la revolución.

⁵ Ambos muy apreciados por el Romanticismo. Landauer fue un gran conocedor y admirador de Shakespeare, sobre quien escribió un libro homónimo en el que analiza algunos de sus más famosos dramas.

⁶ Landauer, Gustav. *Der werdende Mensch*. Postdam, Gustav Kiepenheuer, 1921, p. 136 (la traducción es nuestra).

Hombre de una inmensa cultura, dedicó varios ensayos a Tolstoi, Goethe, Hölderlin, Strindberg, Whitman y otros grandes escritores de su tiempo. Martin Buber y su renovada interpretación de la religión judía fue de gran importancia para el acercamiento de Landauer al judaísmo y su asimilación secularizada del mesianismo judío.

Landauer nos presenta el socialismo como una tendencia de la voluntad hacia el logro de la libertad y la igualdad de todos los hombres y las mujeres, fraternalmente reunidos para alcanzar los máximos frutos humanos: el amor, la amistad, el conocimiento, el arte. Para Landauer, las únicas condiciones necesarias para la instauración del socialismo son de orden espiritual. Espíritu es –parafraseando al autor– asociación y libertad, es poder, es alegría. El socialismo, según su parecer, no precisa de condiciones materiales específicas para su instauración, no depende de un determinado desarrollo de la técnica, sino tan sólo de la voluntad para crearlo. El socialismo es una aspiración a una sociedad mejor, y, como tal, puede darse en todo tiempo y bajo cualquier grado de desarrollo tecnológico. Esta concepción del socialismo se contraponen, deliberadamente, a la idea marxista según la cual aquél sólo puede alcanzarse en un determinado estadio del desarrollo de las fuerzas productivas. Landauer critica duramente la filosofía de la historia de carácter teleológico que subyace en buena parte de la obra de Marx, como así también cualquier otra concepción fatalista de la historia. Nuestro autor defiende, en cambio, una variante de *romanticismo revolucionario* que se inspira en el pasado, en las organizaciones comunitarias de la Edad Media, con sus tierras de propiedad comunal y su autonomía política. El socialismo no es una *fase superior* del devenir histórico, sino una forma de relación entre personas que puede surgir en cualquier momento, siempre que se lo desee y que se actúe en pos de su concreción. El socialismo es para Landauer una opción ética, y en base a esta idea le resulta absurdo plantear la existencia de un “comunismo científico”, como hicieran Marx y Engels.

La incitación de Landauer al socialismo es un llamado a forjar en nosotros el espíritu de asociación colectiva, terreno fértil en el que surgirán las semillas de una sociedad mejor, no por necesidad histórica ni por generación espontánea, sino por exigencias del orden de la voluntad, por imperativos éticos, y finalmente por

ese espíritu que brotará a partir de formas de relación libertarias. Landauer insta a agruparse en federaciones y poner el trabajo al servicio del consumo. “No será el espíritu el que nos ponga en camino, sino nuestro camino lo que lo hará surgir entre nosotros”.⁷ El socialismo será el fruto de ese espíritu y será ese espíritu. Porque para que la revolución *política*⁸ finalmente conduzca al socialismo –Landauer reconoce que éste es imposible sin aquélla– es necesario que ese espíritu esté vivo, que los hombres y las mujeres sepan convivir de manera comunitaria, es decir, que el proceso de revolución *social* –de alguna manera– se haya iniciado con anterioridad⁹. Podemos decir que, en cierta forma, la práctica del socialismo debe preceder al socialismo: “[...] Nosotros no esperamos la revolución para que comience el socialismo; sino que comenzamos a hacer realidad el socialismo, para que venga por ese medio la gran transformación”.¹⁰ Pues del éxito de esas islas de utopía y de lo sembrado en ellas depende –en palabras de Martin Buber– “que maduren [...] frutos socialistas en el campo de la revolución”.¹¹ El socialismo de Landauer no es un estado de cosas permanente al que se llega y

⁷ Landauer, Gustav. *La revolución*, p. 155.

⁸ Parafraseando a Proudhon, escribe Landauer: “La revolución social no tiene ninguna semejanza con la revolución política, y [...] si bien es cierto que aquella no puede cobrar vida y seguir viviendo sin revoluciones políticas de diversa índole, es empero una edificación pacífica, un organizar sobre la base de un nuevo espíritu y hacia un nuevo espíritu, y nada más [...]. Las revoluciones políticas despejaron el terreno [...]; pero al propio tiempo ya estarán preparadas las instituciones en las cuales puede vivir la liga de las sociedades económicas, liga destinada a rescatar el espíritu, prisionero del Estado.” (Landauer, Gustav. *La revolución*, p. 154).

⁹ “El Estado es una situación, una relación entre los hombres, es un modo de comportamiento de los hombres entre sí; y se lo destruye estableciendo otras relaciones, comportándose con los demás de otro modo.” A la forma de relación que sustituirá al Estado, Landauer la llama *pueblo*. “Es una unión entre hombres que existe de hecho, pero que no se ha convertido aún en asociación y federación, que no ha llegado a ser todavía un organismo superior” (Landauer, Gustav. En: Buber, Martin. *Caminos de utopía*, p. 67). Como observa Koechlin al contrastar y complementar la postura de Landauer con la del padre del anarquismo ruso, “Bakunin estaba en lo justo cuando decía que sin destruir era imposible crear nada. Pero no es menos cierto que sin crear lo nuevo es imposible destruir nada” (Koechlin, Heinrich. “Prólogo”, en: Landauer, Gustav. *La revolución*, p. 12).

¹⁰ Landauer, Gustav. “Die drei Flugblätter des Sozialistischen Bundes”, en: *Der Sozialist. Organ des Sozialistischen Bundes*, Jg. V (1913), n° 24, S. pp. 185-190. Extraída de: <<http://www.anarchismus.at/txt3/landauer6.htm>>.

¹¹ Buber, Martin. *Caminos de utopía*, p. 80.

en el que se permanece *ad infinitum*; el socialismo de Landauer no es el fin de la historia, sino que es renovación constante.

La rebelión como constitución, la transformación y la reforma como una regla establecida de una vez por todas, el orden a través del espíritu como propósito [...]. Eso es lo que necesitamos de nuevo: una nueva regulación y transformación por el espíritu, que no establecerá cosas e instituciones de manera definitiva, sino que se proclamará a sí misma permanente. La revolución tiene que llegar a ser un accesorio de nuestro orden social, la regla básica de nuestra constitución.¹²

Otro aspecto importante en el pensamiento de Gustav Landauer es el lugar que ocupa el *ideal* que guía a la *praxis* y la interacción que se da entre ambos. “El socialismo –dice el autor de *Llamamiento al socialismo*– es una aspiración a crear una nueva realidad con ayuda de un ideal”.¹³ Landauer, lector crítico de Hegel, había comprendido bien la riqueza de la dialéctica hegeliana, sin adherir por ello a su idealismo y su concepción teleológica de la historia, que la reduce a ser la realización de la *idea*, especie de razón supra-humana que conduce el devenir histórico. La relación entre ideal y realidad es dialéctica, no reduciéndose ésta a ser mera copia de aquél, ni aquél el arquetipo omnipotente de ésta. Podemos apreciarlo en la siguiente cita:

No es el ideal el que se convierte en realidad, pero es por el ideal y sólo por el ideal que nuestra realidad toma forma en estos tiempos nuestros. [...]. Desde el corazón de los individuos brota esa voz y esa aspiración indomable de manera igual y unificada; y así se crea esa nueva realidad. Será al fin de cuentas distinto a como era el ideal, parecido, pero no igual. Será mejor, pues no será ya un sueño de gentes llenas de presagios de anhelos y de dolores, sino una vida, una vida en común, una vida en sociedad de seres humanos vivos. Será un pueblo; será cultura, será alegría.¹⁴

En lo que podemos denominar “la filosofía de la historia” de Landauer –expuesta en su libro *La revolución* (1907)– la *utopía* es el motor de la historia. La utopía es, en cada momento, la

aspiración a una sociedad mejor que conduce invariablemente a una *topía*, es decir, a una sociedad dada. Cada nueva topía es la realización siempre imperfecta de la utopía que la precedió, *menos* lo que Landauer llama “las exigencias prácticas de la época revolucionaria”.¹⁵ A causa de esta imperfección y del carácter mutable de la voluntad humana que forja la utopía, el movimiento es infinito. “Damos el nombre de *revolución* –dice Landauer– al momento durante el cual ya no existe la vieja topía y todavía no se ha afirmado la nueva”.¹⁶ De esta concepción de la historia se desprende una *filosofía de la memoria* o una filosofía del sentido que atribuimos a la historia por medio de la memoria, porque la revolución es también “un principio que sin cesar avanza a través de largos períodos”¹⁷ y es justamente la memoria el soporte de este principio: “Cada utopía [...] se compone de dos elementos: de la reacción contra la topía de la cual se origina y del recuerdo de similares utopías anteriores conocidas. Las utopías están muertas sólo en apariencia, y al sacudirse su féretro –la topía–, surgen nuevamente a la vida”.¹⁸ Podemos observar aquí también una similitud con el pensamiento de Benjamin, quien plantea en el plano del sentido la existencia de un índice oculto entre pasado y presente.¹⁹ Landauer nos presenta una aparente paradoja:

... el pasado no es algo acabado, sino un ente sujeto al devenir. Ante nosotros sólo hay camino, sólo futuro: también el pasado es futuro, que con nuestra marcha adelante deviene, cambia, se transforma. [...] El pasado es aquello por lo que lo tomamos, y actúa en consecuencia.²⁰

¹⁵ “Las exigencias prácticas, que en definitiva tienen que impulsar a la creación de una nueva topía, están constituidas no sólo por la vida económica, perturbada por la revolución, sino también por las intervenciones, muy frecuentes, procedentes del hostil mundo circundante”. “Las exigencias prácticas de la vida colectiva en la época del estallido revolucionario traen consigo que, bajo la forma de la dictadura, la tiranía, el gobierno provisorio, el poder delegado a otros, etc., se forme la nueva topía durante la revolución” (Landauer, Gustav. *La revolución*, p. 30).

¹⁶ Landauer, Gustav. *La revolución*, p. 27.

¹⁷ *Ibidem*, p. 32

¹⁸ *Ibidem*, p. 29 (traducción ligeramente modificada).

¹⁹ Ver Benjamin, Walter. *Conceptos de filosofía de la historia*. La Plata, Terramar, 2007, p. 66.

²⁰ Landauer, Gustav. *La revolución*, p. 43.

¹² Landauer, Gustav. *Llamamiento al socialismo*, p. 170.

¹³ *Ibidem*, p. 49.

¹⁴ *Ibidem*, pp. 50-51.

Lo mismo ocurre con el “tiempo-ahora” de Benjamin que hace “saltar el *continuum* de la historia”.²¹ Tanto la *transformación* del pasado de Landauer como la ruptura del *continuum* de la historia de Walter Benjamin son operaciones que ocurren no sobre los acontecimientos ocurridos –y por lo tanto fácticamente irrecuperables–, sino en el ámbito del sentido y de la memoria. Esta recuperación simbólica del pasado tanto puede, *a posteriori*, dotar de sentido y –en términos de Benjamin– *redimir* lo perdido para la historia; como incidir y reforzar las utopías, las luchas del presente. La aparente paradoja se desvanece, pues, si comprendemos las afirmaciones de ambos autores no en el plano objetivo del *ser*, sino en el plano intersubjetivo del *deber ser* social.

Cabe, quizás, hacer una aclaración última para los lectores contemporáneos, alejados del horizonte epocal de Gustav Landauer. Nos referimos a su lenguaje cargado de simbología religiosa. Landauer, aunque de tradición judía y admirador de la figura de Cristo, era decididamente ateo. Al igual que sucede con Walter Benjamin, todo un “universo simbólico religioso se inscribe explícitamente en el discurso revolucionario y lo carga de una espiritualidad *sui generis* que parece escapar a las distinciones habituales entre la fe y el ateísmo”²². Como aclara Löwy, la dimensión religiosa del pensamiento de Landauer es asumida –en sentido hegeliano²³– en la “profecía utópica y revolucionaria”²⁴. En un primero momento, podemos pensar que Landauer utiliza metafóricamente el lenguaje religioso, aunque lo más acertado sería decir que nuestro autor recoge la dimensión estrictamente humana de la religión, despojándola de sus elementos metafísicos y místicos, para enriquecer su universo utópico. Hablar, como de hecho hace Löwy, de un ateísmo religioso²⁵ en Landauer no implica una contradicción en los términos, ya que

se trata de una posición atea que ha secularizado la dimensión humana implícita en la religión. Heinrich Koechlin, en su prólogo a la primera edición en castellano de *La revolución*, hacía la siguiente advertencia: “Gustav Landauer era un poeta, y sólo a quien le sea dado comprender el lenguaje poético le será posible imbuirse del espíritu de sus escritos”.²⁶ El lenguaje de Landauer no es el de un cientista social, no es un lenguaje cargado de tecnicismos con significados unívocos y referentes concretos, sino que se trata de un universo semántico rico en licencias poéticas y filosóficas. Conviene tener esto presente si queremos adentrarnos en la comprensión del pensamiento landaueriano; como así también dejar nuestros prejuicios de lado para apreciar la particularidad semántica que asumen en Landauer términos tan recurrentes y clausurados como “revolución”, “socialismo”, “utopía”, “ideal”, “espíritu” e incluso “Dios”²⁷ y “religión”²⁸.

Desde la publicación de *Llamamiento al socialismo* han transcurrido más de cien años. Mucha agua ha pasado bajo el puente. Llegó la guerra (1914) que Landauer previó, y la socialdemocracia y gran parte del pueblo alemán sucumbió al chovinismo; llegó la revolución de la que habla Landauer en su prefacio a la segunda edición: la Revolución rusa (febrero de 1917) y la Revolución alemana (noviembre de 1918) que –luego de ser saboteada por la socialdemocracia– pareció por un momento renacer del brote espartaquista²⁹, finalmente arrancado de raíz, y que dejó en el sur de Alemania un fruto efímero: la República de los Consejos de Baviera (abril-marzo de 1919). Allí Landauer se comprometió a hacerse cargo de las carteras de cultura y educación, responsabilidad que no alcanzó a asumir porque la auto-proclamada “vanguardia revolucionaria” –siguiendo el ejemplo bolchevique– arrasó con los consejos de obreros, campesinos y soldados, y, junto con ellos, con todo vestigio de organización popular de base. Finalmente, la socialdemocracia acabó con el

²¹ Benjamin Walter. *Conceptos de filosofía de la historia*, p. 73 (hemos modificado la traducción de *Jetztzeit* como “tiempo actual” por la de “tiempo-ahora”).

²² Löwy, Michael. *Redención y utopía. El judaísmo libertario en Europa Central. Un estudio de afinidad electiva*. Bs. As, El cielo por asalto, 1997, p. 137.

²³ El término *aufheben* en Hegel tiene el sentido de una superación de un estado previo que conserva en el nuevo estado los elementos del anterior.

²⁴ *Ibidem*.

²⁵ *Ibidem*.

²⁶ Koechlin, Heinrich. “Prólogo”, en: Landauer, Gustav. *La revolución*, p. 7.

²⁷ En un texto de su juventud, Landauer escribió que el único Dios en el que creía es “el Dios que queremos ser y el que seremos” (Landauer, Gustav. *Die religiöse Jugenderziehung*, cit. en: Löwy, Michael. *Redención y utopía*, p. 134).

²⁸ “La religión; no la fe en alguna potencia externa o superior, sino la fe en el propio poder y el perfeccionamiento del individuo en tanto viva” (Landauer, Gustav. *Llamamiento al socialismo*, p. 181).

²⁹ Nos referimos al “Levantamiento espartaquista” (enero de 1919).

AVATARES DE UN ANARQUISTA ROMÁNTICO BREVE BIOGRAFÍA DE GUSTAV LANDAUER

El corazón no se ha moldeado
según la pequeñez del mundo.
el papel del corazón es convertirse en himno

E. M. Cioran. *El ocaso del pensamiento*

fugaz gobierno del Partido Comunista Alemán y con la corta vida de la *Bayrische Räterepublik*, torturando y asesinando por igual a comunistas, anarquistas y socialistas independientes, entre otros al propio Landauer. Después de su brutal asesinato, la barbarie siguió su curso, imparable. Llegó el terror nazi y fascista, la Segunda Guerra, el terror estalinista, la consolidación del capitalismo. Y ningún comunismo surgió necesariamente de las “entrañas” de la sociedad burguesa. Pero se afianzaron los llamados regímenes de socialismo real en el Este, y triunfaron en Europa occidental los partidos socialdemócratas, mancillando ambos el término “socialismo”, que pasó a identificarse en un caso con sistemas totalitarios y en el otro con reformismos in-conducentes, que llegada la ocasión no dudaron en pactar con el capital, como sucede actualmente con los partidos “socialistas” de Europa. ¿Acaso el término “socialismo” no suena hoy en nuestros oídos de distinta manera a como lo hacía en tiempos de Landauer? Hagamos a un lado esas dos experiencias que nada tienen que ver con el socialismo del que nos habla nuestro autor y dejemos que su voz clara resuene en nuestro interior, para que germine en nosotros su sueño de una sociedad más justa:

La necesidad del socialismo existe; el capitalismo se derrumba; no puede continuar trabajando; la ficción de que el capital trabaja, se deshace como espuma.³⁰

El capitalismo no tiene que transformarse en socialismo, y no tiene forzosamente que sucumbir, ni el socialismo tiene forzosamente que venir; tampoco tiene que venir el socialismo proletario-estatal-capitalista de los marxistas, y no hay que lamentarlo. Ningún socialismo debe venir forzosamente [...].

El socialismo puede y debe venir –si lo queremos, si lo creamos–.³¹

Nicolás Torre Giménez

El intelectual alemán Gustav Landauer, una de las figuras más lúcidas que ha tenido el anarquismo en toda su historia, es –paradójicamente– una de las menos conocidas y valoradas, incluso en el seno mismo del movimiento ácrata. Sólo en las esferas libertarias de tradición germana y judía la figura de Landauer goza del prestigio debido. Su exuberante y compleja obra, alejada de los moldes doctrinales, irreductible a las clasificaciones simplistas, ha quedado excluida del canon anarquista clásico. Humanista y librepensador, autodidacta ejemplar, escritor y orador extraordinario, Landauer poseía una sagacidad intelectual y una cultura erudita verdaderamente extraordinarias, así como una intensa sensibilidad *Sturm und Drang* que hizo de él uno de los principales referentes del neorromanticismo alemán de finales del siglo XIX y principios del XX. Hombre multifacético en sus inquietudes, cultivó con igual fruición la filosofía y la germanística, la novelística y la dramaturgia, la crítica y la historia del arte, así como el periodismo y la propaganda política. Fue, además, un prolífico traductor y editor, un conferencista notable y un infatigable militante y propagandista del socialismo libertario.

Nació en la ciudad renana de Karlsruhe, al pie de la Selva Negra, un 7 de abril de 1870, en el seno de una familia judía asimilada de clase media. Karlsruhe era la capital del gran ducado de Baden, por entonces un Estado independiente, todavía al margen del proceso de unificación nacional, pero que, en menos de un año, habría de incorporarse al *Kaiserreich*, el nuevo Imperio Alemán³², que se instauraría bajo los auspicios y la hegemonía de la Prusia bismarckiana.

³⁰ Landauer, Gustav. *Llamamiento al socialismo*, p. 41.

³¹ *Ibidem*, pp. 103.

³² El primer *Reich* alemán había sido el Sacro Imperio Romano Germánico (962-1806).

Ya desde su adolescencia, siendo un colegial, Landauer demostró poseer un talento fuera de lo común, así como un elevadísimo sentido de su libertad y dignidad. Brillante y rebelde, el joven Gustav padecía grandemente la mediocridad del medio escolar, y no vacilaba en discutir y desobedecer la autoridad de sus progenitores y maestros. El Sr. Hermann Landauer, que aspiraba a que su segundo hijo siguiera la carrera de odontología, y que, en aras de ello, había inscrito en un colegio de orientación científica, tuvo finalmente que claudicar y cambiarle a un bachillerato, opción más acorde a los intereses humanísticos del joven.

En 1888 –que pasaría a la posteridad como el “año de los tres emperadores” (*Dreikaiserjahr*)³³, habiendo egresado del Bismarck-Gymnasium de su ciudad natal, Landauer se matricula en la universidad, donde durante un período de tres años habría de estudiar filosofía, germanística e historia del arte, primero en Heidelberg, luego en Berlín –la capital del Imperio– y finalmente en Estrasburgo. Nunca concluiría sus estudios superiores formales: la acentuación de su vocación autodidacta y su vuelco a la militancia socialista le alejarían irremediablemente de una academia a la que no puede ni quiere perdonar su filisteísmo burgués. Luego de abandonar la universidad de Estrasburgo, retorna a Berlín en busca de un ambiente cultural y político más adecuado a sus proyectos.

Allí frecuentará la bohemia de Friedrichshagen, trabará amistades con variadas personalidades de la cultura (intelectuales, artistas) y profundizará su conocimiento del anarquismo, concepción que, al cabo de un tiempo, abrazaría ardientemente. En la metrópoli alemana Landauer conoce a varios escritores del movimiento expresionista, muy especialmente a Georg Kaiser y Ernst Toller. También se relaciona con el intelectual Benedikt Friedländer, ácrata individualista que había adquirido cierta notoriedad

³³ El 9 de marzo de 1888, a los 90 años de edad, fallece Guillermo I, y le sucede como *Kaiser* de Alemania su hijo Federico III. Pero éste no dura mucho en el trono: el 15 de junio de ese mismo año, a sólo tres meses de iniciado su reinado, muere de un cáncer de laringe fulminante. Lo releva su hijo Guillermo II, quien regiría el imperio durante 30 años, hasta su derrumbe en 1918. Si se exceptúan los primeros 19 meses, que constituyen la etapa final del período bismarckiano (el todopoderoso Canciller de Hierro dimitió recién en marzo de 1890), este largo reinado recibe el nombre de *guillerminismo* o *era guillermina*.

por luchar contra la homofobia, crear una comunidad basada en el amor libre y divulgar las críticas del profesor Eugen Dühring al marxismo. Se relaciona, asimismo, con el escritor y pensador Fritz Mauthner, sintiéndose fuertemente atraído por su filosofía del lenguaje. Landauer colabora con la revista que aquel edita, al principio con artículos literarios y luego también con escritos de tono social y político.

Poco después, se suma a *die Berliner Jungen* (los Jóvenes de Berlín), un grupo de marxistas heterodoxos que habían sido expulsados del Partido Socialdemócrata de Alemania (SPD, por sus siglas en alemán). Landauer pronto se convertiría en el referente indiscutido de este movimiento, al que imprimiría una orientación libertaria cada vez más definida. En noviembre de 1891 sale el primer número de *Der Sozialist* (*El Socialista*), órgano de difusión del grupo. Landauer, que a la sazón tiene 21 años, asume la dirección. Bajo su influjo, el semanario –lejos de circunscribirse a la mera labor propagandística– habría de alcanzar cierto vuelo teórico y unos horizontes temáticos de notable amplitud: política, sociedad, economía y cultura en sus distintas expresiones (literatura, teatro, artes plásticas, historia, filosofía...).

Por entonces, conoce al anarquista Bruno Wille, propulsor del *Freie Volksbühne* (Teatro Libre del Pueblo), un promisorio emprendimiento de dramaturgia social que pretendía hacer asequibles las obras de Henrik Ibsen y otros exponentes del naturalismo al proletariado berlinés. Gustav Landauer se suma a la iniciativa con entusiasmo, pero un año después él y otros compañeros se alejan del proyecto a raíz de desavenencias ideológicas con la dirección y fundan el *Neue Freie Volksbühne* (Nuevo Teatro Libre del Pueblo). El intelectual badenés permanecerá ligado al mismo hasta su muerte. En este nuevo espacio de arte dramático conoce a Margarethe Leuschner, joven costurera con la que entabla una relación amorosa y habría de casarse pocos meses más tarde.

En 1893, asiste al Congreso Socialista Internacional de Zúrich. Pero August Bebel obstruye su participación. El líder socialdemócrata no les perdona a los Jóvenes de Berlín sus lacerantes críticas al parlamentarismo, reformismo y centralismo del partido. Esta amarga experiencia de marginación precipita

la conversión de *Der Sozialist* al anarquismo, y hace que Landauer encare la redacción de su primera novela, *Der Todesprediger* (*El predicador de la muerte*), obra animada por un acendrado espíritu antiautoritario y antidogmático. Pero en octubre de ese mismo año, el autor es arrestado, juzgado y condenado a prisión por incitar a la desobediencia civil. Permanecerá en la cárcel de Sorau (Silesia) durante dos meses.

Ya en libertad, Landauer reasume la dirección del *Sozialist*. Pero en enero de 1895 la reacción gubernamental, siempre insatisfecha, se ceba con la clausura del semanario. Se lo acusa de agitación sediciosa. Los manuscritos de la revista son confiscados, al igual que los modestos fondos reunidos a través de donativos, única fuente de retribución para los integrantes del *staff*.

Preocupado por la precariedad económica de su familia, Landauer intenta inscribirse en la carrera de medicina de la Universidad de Friburgo. Su solicitud es rechazada a causa de su prontuario. A lo largo del decenio de 1890, las fuerzas del orden no cejarán en su persecución política e ideológica. Acusado una y otra vez de redactar libelos subversivos, Landauer consumirá buena parte de su vida en cautiverio. Mas no será un tiempo perdido, sino una inmejorable oportunidad para el trabajo intelectual intensivo y prolongado. Escribirá su *Diario de Prisión*, y también su segunda novela, *Lebendig Tot* (*Muerto viviente*); preparará la edición de *Contribuciones a la crítica del lenguaje* de su amigo Mauthner; y traducirá al alemán moderno los sermones del Maestro Eckhart, un prominente místico germano de la Edad Media.

Luego de una breve y fallida experiencia periodística en la ciudad austríaca de Bregenz, vuelve a Berlín hacia agosto de 1895 y relanza su querido *Sozialist*. Por entonces nace su primera hija, Charlotte. La situación financiera de Gustav Landauer se vuelve más precaria que nunca, y la conflictiva relación con su pareja se agudiza, hasta desembocar, dos años más tarde, en la separación. No obstante, su fervor militante se mantiene intacto.

A comienzos de 1896 publica *El pionero mutualista*, opúsculo en el cual aboga por la creación de colonias cooperativistas por fuera del capitalismo y del Estado, en la convicción profunda –compartida por el viejo Tólstoi– de que al socialismo sólo se puede llegar si se lo deja de considerar una meta lejana, ulterior

a la revolución, y se lo empieza a construir *desde ahora*. Esta concepción es injustamente tildada de “reformista” y “pequeño-burguesa” no sólo por los marxistas, sino también por aquellos anarquistas –la mayoría– que cifraban todas sus esperanzas de redención social en la huelga general insurreccional.

En agosto de 1896 se celebra en Londres un nuevo congreso de la Internacional Socialista. Landauer asiste, pero por segunda vez la socialdemocracia alemana objeta la participación de los anarquistas. Merced a la intercesión de los laboristas independientes británicos, Landauer logra que se le ceda la palabra. Denuncia, una vez más, el autoritarismo y la intolerancia de sus detractores, y reclama la incorporación inmediata de los delegados ácratas al congreso. Todo resulta en vano. Él y todos los concurrentes de tendencia libertaria –entre ellos Piotr Kropotkin, Errico Malatesta, Elisée Reclus y Louise Michel– son expulsados del salón. Será la última vez que los anarquistas procuren participar de la Internacional Socialista.

En 1897 Landauer inicia una campaña de repudio contra los infames Procesos de Montjuïc que se desarrollan en Barcelona. Bajo el pretexto de castigar a los autores del cruento atentado cometido contra la procesión del *Corpus Christi* el 7 de junio de 1896 en la capital catalana, el gobierno español había ordenado el arresto de 400 anarquistas y su reclusión en el tristemente célebre presidio de Montjuïc –la “Bastilla catalana”–, donde 87 de ellos quedaron procesados. Sin más pruebas que un puñado de testimonios obtenidos mediante la tortura, el Tribunal Militar hallaría culpables a 24 de los acusados, aplicando la pena capital a cinco de ellos y al resto la pena de prisión; los 63 absueltos serían desterrados. Landauer, con su folleto *Los horrores de la Justicia en Barcelona*, logra que numerosos artistas e intelectuales alemanes manifiesten públicamente su rechazo a los Procesos de Montjuïc.

Por aquella época comienzan las desavenencias entre los hacedores del *Sozialist*. Se le reprocha a Landauer haber impreso a la revista un sesgo excesivamente teorizante y culturalista incompatible con las exigencias de la propaganda proletaria. Con el correr de los meses, el disenso se agrava. En diciembre de 1899 *Der Sozialist* deja de ser editado, y entra en un prolongado *impasse* de nueve años.

A comienzos del siglo xx, Gustav Landauer se suma a la *Neue Gemeinschaft* (Nueva Comunidad), una colonia libertaria y deísta fundada en las afueras de Berlín por los hermanos Heinrich y Julius Hart, escritores ligados al naturalismo. Landauer se emplea a fondo en la difusión de sus ideas dentro del grupo; mas los magros resultados obtenidos, sumados a la vacuidad pseudo-religiosa que impregna a la comunidad, hacen mella en su entusiasmo. Antes del año, Landauer decide abandonar la colonia. Pese a todo, la experiencia fue positiva. En efecto, durante su breve estadía en la *Neue Gemeinschaft* pudo conocer a su segundo gran amor, Hedwig Lachmann, joven poetisa y traductora oriunda de Krumbach (Suabia), y a otras tres talentosas individualidades con las que tejería una estrecha relación de camaradería y sobre las que ejercería una profunda influencia ideológica: el poeta Erich Mühsam, el dramaturgo Julius Bab y el filósofo Martin Buber. Merced a este último, Landauer habría de descubrir el jasidismo (una corriente heterodoxa de la religión judía con una fuerte impronta mística, comunitaria y utópico-mesiánica), además de hacerse conocido en los ambientes israelitas más progresistas.

Pero, hostigados por la policía, Landauer y su nueva compañera deciden exiliarse en Inglaterra. Luego de una corta estadía en Londres, la pareja se radica en Bromley, condado de Kent, a poca distancia de la capital. Era una buena excusa para conocer personalmente a Kropotkin, pensador por el que Landauer sentía una gran admiración –más allá de algunas discrepancias– y que por ese entonces se hallaba residiendo en dicha localidad. En casa del sabio ruso, la pareja alemana conoce al ingeniero Fernando Tarrida del Mármol, camarada cubano de ascendencia hispana que brega por la reconciliación entre las distintas tendencias del movimiento libertario, posición a la que él mismo denomina “anarquismo sin adjetivos”. Landauer simpatiza de inmediato con Tarrida del Mármol y su noble lucha contra el sectarismo. Durante su exilio en Gran Bretaña, conoce también a su compatriota Rudolf Rocker, llamado a ser uno de los mayores pensadores ácratas del siglo xx, y traba amistad con el historiador austríaco Max Nettlau, “el Heródoto del anarquismo”.

El cambio de siglo coincide con un viraje en el pensamiento económico de Gustav Landauer. Si en su juventud se había

identificado con el colectivismo de Bakunin y el comunismo de Kropotkin, en su madurez, hacia los 30 años de edad, adhiere fervorosamente al mutualismo del pensador francés Pierre-Joseph Proudhon. Simultáneamente, el intelectual badenés se vuelve cada vez más renuente al uso de la violencia, distanciándose tanto de los insurreccionalistas como de aquellos que practicaban la llamada “propaganda por el hecho” –la consumación de atentados contra gobernantes y otros personajes emblemáticos del *establishment*–. En este giro operan dos poderosas influencias: el pacifismo del escritor ruso Lev Tólstoi y el impactante *Discurso sobre la servidumbre voluntaria* del filósofo francés Étienne de La Boétie (1530-63), verdadero precursor de la resistencia pasiva a la opresión, también llamada desobediencia civil o no violencia. Sin embargo, Landauer –fiel en su adhesión al anarquismo sin adjetivos de su amigo Tarrida del Mármol– jamás daría la espalda a los ácratas que abogaban por un régimen económico diferente al mutualismo o que justificaban la violencia revolucionaria.

En junio de 1902, Landauer y su compañera regresan a Alemania. Se establecen en Hermsdorf, a muy corta distancia de Berlín. Hacia fin de año la pareja tiene su primera niña, Gudula. Por esta época el intelectual alemán, apremiado por su situación económica, comienza a dar conferencias sobre filosofía y literatura en salones privados. También comienza a trabajar en la librería de Axel Junker Nachfolger, quien antaño había editado varias de sus obras. Pero el novel librero está muy lejos de abandonar la pluma: en 1903 publica su ensayo *Escepticismo y mística*, obra filosófica con hondas raíces en la metafísica de Eckhart y la crítica del lenguaje de Mauthner.

Ese mismo año, Gustav Landauer se vincula a la *Deutsche Gartenstadt Gesellschaft* (Sociedad Alemana Ciudad-Jardín), la filial local del movimiento de renovación urbanística impulsado desde Gran Bretaña por el genial Ebenezer Howard. Emparentado a la estética neorromántica del *Arts & Crafts* de William Morris y John Ruskin, la Ciudad Jardín proyectaba ciudades pequeñas y acogedoras, con amplios espacios verdes en su interior e intermediaciones.

A lo largo de la primera década del siglo xx, Landauer publica una multitud de estudios literarios, traducciones y compilaciones: Kropotkin, Bakunin, Proudhon, La Boétie, William

Shakespeare, Oscar Wilde, Bernard Shaw, Walt Whitman... Muchas de las traducciones las lleva a cabo junto con Hedwig, su entrañable compañera. Entre 1907 y 1911 publica tres de sus obras capitales: las *Treinta tesis socialistas*, *La Revolución y Llamamiento al socialismo*. Finalmente, en enero de 1909 vuelve a editar, tras un paréntesis de casi un decenio, la revista *Der Sozialist*.

Pero esta ingente labor intelectual le parecía a Landauer insuficiente. Deseoso de llevar a la práctica su visión del socialismo como una posibilidad concreta y actual, funda en Berlín, hacia 1908, la *Sozialistischen Bund* (Liga Socialista). Invitado por los anarquistas y socialistas independientes a exponer públicamente su proyecto, Landauer hizo gala no sólo de su brillo intelectual sino también de su notable oratoria, convenciendo a muchos de las bondades de su iniciativa.

No obstante, la Liga Socialista nunca llegará a convertirse en una gran organización de masas. Los sectores anarcosindicalistas le dan la espalda. El proletariado urbano se mantiene dócil bajo el férreo yugo del SPD. Marginada y hostilizada a causa de sus ideas pacifistas y cooperativistas, así como de su distanciamiento crítico frente al obrerismo, la Liga consigue, de todos modos, afianzarse y multiplicarse. Hacia 1912 la federación estará integrada por dieciocho grupos: cuatro en Berlín; dos en Leipzig; uno en Múnich, Stuttgart, Hamburgo, Colonia, Oranienburg, Breslavia, Mannheim y Hof an der Saale; y cuatro más en Suiza. Varios de ellos, inclusive, lograrán convertirse en comunas anárquicas económicamente autogestionadas, donde convivirán armónica y solidariamente, en pie de igualdad, campesinos, artesanos e intelectuales.

De vital importancia en este proceso será la labor de la joven suiza Margarethe Faas-Hardegger. Sin su denodado concurso, la Liga Socialista nunca hubiese prosperado en tierras helvéticas. También *Der Sozialist* experimentó una renovación merced a sus colaboraciones en la redacción. Landauer y Faas-Hardegger mantuvieron en secreto una relación amorosa durante los primeros tiempos de su militancia en la Liga.

A finales de 1910, Gustav Landauer organiza una serie de protestas callejeras en Berlín y Berna contra la inminente ejecución de varios anarquistas japoneses acusados de complotar

contra la vida del emperador Meiji. La campaña es en vano: Shūsui Kōtoku y otros once militantes libertarios nipones son ahorcados en Tokio a comienzos de 1911, tras un juicio plagado de irregularidades bochornosas.

En 1914 se desata la Primera Guerra Mundial. Las tropas del *Reich* invaden Francia a través del territorio belga, a la vez que colisionan con las fuerzas rusas en la Prusia Oriental. El SPD, haciendo gala de su oportunismo, traiciona el ideal internacionalista y apoya activamente al belicoso gobierno germano.³⁴ Inmune al delirio chovinista, Landauer es uno de los pocos en oponerse a la conflagración. De hecho, hacía varios años que venía alertando a sus contemporáneos de la inminente barbarie y promoviendo sin descanso la causa antibélica. Lamentablemente, sus reiterados llamamientos a la paz son ignorados. La voracidad imperialista avanzaría implacable, como una aplanadora, sobre los principios de fraternidad y autodeterminación de los pueblos.

En marzo de 1915 el impresor del *Sozialist* se ve forzado a enrolarse en el ejército alemán. La revista no logra sortear este escollo, y ya no volverá a editarse. El monstruo de la guerra se devora también a esa bella pero frágil rosa que es la Liga Socialista. En 1917 Landauer y su compañera, huyendo de la amargura y la miseria, se mudan a Krumbach, la pequeña ciudad suaba donde antaño viviera Hedwig. La Revolución de Febrero en Rusia, así como el agravamiento de la situación socioeconómica en su país natal, hacen renacer en Landauer el optimismo. Juzgando inminente el estallido de una insurrección popular, se prepara para poner en práctica, en una escala mayor a la de la Liga Socialista, sus concepciones.

Pero le aguardan días aciagos en su vida familiar. Hedwig, su amada Hedwig, contrae neumonía. Fallecerá a comienzos del año siguiente. Será ésta la mayor tragedia en la existencia de Gustav Landauer. Su espíritu ya nunca podrá recuperar la alegría de antaño.

³⁴ Es preciso matizar esta afirmación: el ala izquierda del SPD se opuso a la guerra. Pero, al estar en franca minoría, no pudo enderezar el rumbo del partido. En marzo de 1916 las crecientes desavenencias decantaron finalmente en una escisión, la cual, un año después (abril de 1917), daría lugar a la fundación del Partido Socialdemócrata Independiente de Alemania (USPD, por sus siglas en alemán). Para evitar confusiones, el SPD "ortodoxo" pasó a denominarse a partir de entonces Partido Socialdemócrata Mayoritario de Alemania (MSPD).

Entretanto, los efectos de la Gran Guerra sobre el *Reich* se manifiestan con crudeza: millones de muertos y lisiados, incalculables pérdidas materiales, graves descalabros en la economía y tensiones sociales de magnitud explosiva. Las huelgas y las protestas se multiplican. Para agosto de 1918, los Aliados logran traspasar las líneas defensivas germanas. La derrota de Alemania es inminente. Berlín inicia las negociaciones de paz. El presidente estadounidense Woodrow Wilson exige la democratización del sistema político germano. El imperio de los Hohenzollern tiene los días contados.

En noviembre, los marineros de la flota de Kiel se amotinan, y siguiendo el reciente ejemplo de sus camaradas rusos, forman un *soviet* o consejo (*Rat* en alemán). La Revolución Alemana, la *Novemberrevolution*, ha comenzado. La ola insurreccional se propaga como fuego por todo el país. A los pocos días, el *Kaiser* Guillermo II presenta su abdicación y huye a Holanda. Se proclama entonces la República, y los socialdemócratas mayoritarios establecen un gobierno provisional que, inmediatamente después de firmar el armisticio con las potencias vencedoras, procura por todos los medios congelar la revolución en curso. La política reaccionaria impulsada por el nuevo canciller Friedrich Ebert hace prever nuevos estallidos insurreccionales.

En enero del 1919, la Liga Espartaquista –una agrupación marxista de tendencia revolucionaria– protagoniza una sublevación en la capital, Berlín. El nuevo gobierno reprime con ferocidad el alzamiento. Rosa Luxemburg y Karl Liebknecht, principales referentes del espartaquismo, son brutalmente asesinados.

El otro gran conato insurreccional se produce en Baviera, tres meses más tarde. La onda expansiva de la Revolución de Noviembre también había llegado al sur del país, acrecentada por poderoso impacto de la Revolución de los Crisantemos (Hungría). Luis III de Baviera, siguiendo los pasos del *Kaiser*, había abdicado y abandonado Múnich, la convulsionada capital del reino. Rápidamente, los insurgentes proclaman la República. Pero también aquí el nuevo régimen se esfuerza por contener la marea revolucionaria. No puede lograrlo.

Cuando en febrero del 19 el primer ministro Kurt Eisner –un socialista independiente– muere asesinado por el aristócrata Antón Arco-Valley, y Johannes Hoffmann –un socialdemócrata

mayoritario hostil a la revolución– es electo sucesor, el movimiento insurreccional recobra su vigor y el 6 de abril se constituye en Múnich un *Rat*. Lo integran socialistas *independientes* –como el escritor expresionista Ernst Toller–, comunistas y también anarquistas –como el economista germano-argentino Silvio Gesell, el poeta Erich Mühsam y el propio Gustav Landauer. Al calor de lo sucedido en la capital, proliferan *soviets* de obreros, campesinos y soldados por toda la región. Nace así la Bayrische Räterepublik (República Bávara de los Consejos). Entretanto, el primer ministro Hoffmann traslada la sede de su gobierno a la ciudad de Bamberg, al norte de Baviera, y solicita al gobierno federal que envíe tropas con el propósito de reprimir a los insurgentes.

Landauer toma a su cargo la cartera de Cultura y Educación, y se fija como meta la reestructuración total de la instrucción pública de Baviera a partir de las enseñanzas teóricas y prácticas suministradas por el movimiento internacional de Escuelas Modernas. La simpatía del intelectual nacido en Karlsruhe por la pedagogía libertaria de Francisco Ferrer y Guardia no es nueva. Ya había analizado, elogiado y difundido en *Der Sozialist* sus renovadores postulados: racionalismo humanista, laicismo y anticlericalismo, coeducación de sexos, pacifismo, visión holística de la subjetividad del niño, fundamentación de la pedagogía en la psicología evolutiva infantil, supresión de los métodos coercitivos, eliminación de los exámenes, repulsa del patriotismo (entendido como una nueva y funesta forma de religión), valoración de los aprendizajes prácticos y del trabajo manual, preocupación por el medio ambiente, rechazo del sistema de premios y castigos... De hecho, el malogrado pedagogo catalán le había ofrecido un decenio atrás que fuera el representante alemán de la Liga para la Educación Racional; tentador ofrecimiento que no pudo aceptar a causa de sus numerosos y absorbentes compromisos.

¿Cuál es la esperanzadora visión que anima a Gustav Landauer en su desempeño? Él mismo lo aclara: “Todo niño bávaro de diez años conocerá a Walt Whitman de corazón. Ésta es la piedra angular de mi programa educativo”.

También se interesa por la Universidad de Múnich. Proyecta eliminar todas las restricciones al ingreso, abolir los exámenes

y crear un *Rat* de estudiantes. Paralelamente, acaricia la idea de crear en Baviera un Teatro Libre del Pueblo similar al de Berlín.

Pero el 12 de abril de 1919, a tan sólo seis días de haberse creado la República Bávara de los Consejos, los comunistas –que hasta ese momento se habían rehusado a colaborar con la nueva administración con el propósito de desestabilizarla– deciden seguir el ejemplo de sus camaradas rusos; y aprovechando el pánico generado por un contragolpe de la derecha, asumen el rol de vanguardia revolucionaria e instalan una dictadura del proletariado. Landauer y los demás comisionados de la *Räterepublik* son despedidos. Indignado, el fundador de la antigua Liga Socialista denuncia las maniobras autoritarias de Eugen Leviné y sus hombres, comparándolas a las de los bolcheviques en Rusia; maniobras que –más allá de su eficacia práctica o no para desbaratar la reacción *blanca*– entran en conflicto con la democracia directa de los consejos obreros.

Pero las protestas y advertencias de Landauer no son escuchadas... El nuevo régimen comunista realiza expropiaciones y requisas, crea una Guardia Roja y persigue a los sospechosos de servir a la contrarrevolución. Su accionar, sin embargo, se circunscribe al sur de Baviera, ya que en el norte el gobierno de Hoffmann ha logrado capear el temporal revolucionario y consolidar su poder gracias al respaldo de la derecha bávara y el flamante gobierno nacional.

Finalmente, el ministro nacional de Defensa decide intervenir en Baviera y liquidar a la revolución. El socialdemócrata Gustav Noske ya tiene experiencia en estos asuntos: viene de ahogar en sangre la sublevación espartaquista de Berlín. Llega a Baviera acompañado de 9000 soldados de línea y 30.000 *Freikorps*, contingentes paramilitares que él ha sabido reclutar, organizar y poner bajo sus órdenes; veteranos de guerra resentidos por la derrota, ultraderechistas obcecados que culpan a los judíos y los *rojos* de todas las desgracias nacionales.³⁵

A comienzos de mayo, Noske y sus hombres derrotan a la Guardia Roja y ocupan Múnich. Cerca de mil defensores mueren en el transcurso de la refriega, y otros setecientos más durante el

terror *blanco* que le sigue, como resultado de los linchamientos y las ejecuciones sumarísimas. Leviné, “el Lenin de la revolución bávara”, es arrestado y fusilado. El 3 de mayo de 1919, cuando aún no había cumplido un mes de existencia, la República Bávara de los Consejos llega a su fin, y con ella, la Revolución Alemana.

Landauer sigue en Múnich. Pudo marcharse antes, luego de ser destituido por los comunistas, pero no quiso hacerlo. Sus amigos, temiendo por su vida, le habían alertado de cuán peligroso era, para un hombre como él, permanecer en una ciudad sitiada por Noske y sus feroces *Freikorps*; y le habían sugerido que buscara sin demora asilo en Suiza. No era para menos: por toda Alemania corría el rumor difamatorio de que el comisionado de Cultura y Educación de la *Räterepublik*, un anarquista “carente de moral”, había instituido en Baviera la “comunidad de mujeres”. Pero el intelectual badenés desoyó todas las advertencias y sugerencias que le hicieran, y permaneció en Múnich hasta el final.

El 1º de mayo es arrestado por una patrulla de paramilitares y trasladado a una cárcel situada fuera de la capital, en Starnberg. A la mañana siguiente es transferido a la prisión de Stadelheim, en Múnich. En la sala de interrogatorios, un oficial golpea su rostro y exclama: “¡Sucio bolchevique! ¡Acabemos con él!”. Una avalancha de culatazos se abate sobre su cuerpo. Landauer se levanta del suelo y les dice a sus agresores: “Yo no los he traicionado. Ustedes no saben cuán terriblemente se han traicionado a sí mismos”. El oficial, furioso, le propina un garrotazo. Landauer vuelve a erguirse e intenta hablar, pero recibe un disparo en la cabeza. Agonizante, es ultimado a puntapiés, desnudado y sepultado en una fosa común. De acuerdo a otro testigo, las últimas palabras del intelectual alemán habrían sido: “¡Matadme de una vez para que pueda pensar que sois seres humanos!”.

Cuatro años más tarde, a instancias de su hija Charlotte, los restos de Gustav Landauer serían inhumados en el cementerio muniqués de Waldfriedhof. En 1925, con el auxilio financiero del dramaturgo Georg Kaiser, la Unión Anarcosindicalista de Múnich le haría erigir en su honor un monumento. Pero en 1933 los nazis habrían de profanar la tumba y enviar la urna funeraria a la congregación judía de dicha ciudad, cargándole los

³⁵ Hago referencia a la *Dolchstoßlegende* o “leyenda de la puñalada por la espalda”, mito colectivo de amplia difusión en la Alemania de Weimar y del nazismo según el cual la derrota del *Reich* en la Primera Guerra Mundial no se debió a factores de orden geoestratégico sino al artero sabotaje *desde adentro* del “elemento judío” y el “izquierdismo”.

costos. Los restos fueron finalmente sepultados en el cementerio israelita muniqué de la Ungererstrasse.

Poco antes de morir, Gustav Landauer había escrito: “¿Qué hay en la vida? Morimos pronto, morimos todos; no vivimos. Nada vive sino lo que hacemos de nosotros mismos, lo que hicimos con nosotros; la creación vive; la criatura no, sólo el creador. Nada vive más que la acción de las manos honestas y la obra del espíritu verdaderamente puro”. Y tenía razón. Sus ideas, pletóricas de utopía, habrían de fecundar el pensamiento de numerosos intelectuales socialistas del siglo xx, desde los libertarios Rudolf Rocker, Martin Buber, Max Nettlau, Diego Abad de Santillán y Agustín Souchy, hasta los marxistas heterodoxos Walter Benjamin, Ernst Bloch y Michael Löwy. Sus concepciones habrían de florecer también en los primeros *kibutzim*, antes de que la implantación del Estado de Israel (1948) pervierta –con su lógica capitalista, su régimen de *Apartheid* étnico-religioso y su belicosa voracidad territorial– el sentido primigenio de la emigración israelita a Palestina, la *Aliyá*.

Federico Mare

BIBLIOGRAFÍA

Avrich, Paul. “Landauer”, en: *Bicicleta. Revista de comunicaciones libertarias*, nº 11, Valencia, s/f (ca. dic. de 1978). Edición digital en: *Almeralia. Portal Libertario*, disponible en <<http://www.almeralia.com/bicicleta/bicicleta/ciclo/11/33.htm>> (on line: marzo de 2008).

Broué, Pierre. *Revolución en Alemania (I). De la guerra a la revolución. Victoria y derrota del “izquierdismo”*. Barcelona, A. Redondo, 1973 (1971).

Buber, Martin. “Landauer”, en: *Caminos de utopía*. México, FCE, 1955 (1949), pp. 67-81.

Cappelletti, Ángel. “Gustav Landauer: el espíritu contra el estado”, en: *Utopías antiguas y modernas*. Puebla, José M. Cajica Jr., 1966, pp. 391-426.

Celma, Miguel. “El anarquismo de Landauer”, en: *Variantes sobre la anarquía*. Toulouse, Ediciones CNT, 1979, pp. 27-33.

Cohn, Jesse. “Gustav Landauer (1870-1919). Revolutionist, theorist, editor, martyr, Commissioner of Enlightenment & Education in the short-lived Bavarian Soviet Republic”. Disponible en: <<http://recollectionbooks.com/bleed/Encyclopedia/LandauerGustav.htm>> (on line: marzo de 2008).

Gambone, Larry. “For community. The Communitarian Anarchism of Gustav Landauer”. Disponible en: <http://dwardmac.pitzer.edu/anarchist_Archives/bright/landauer/landauerbioHorrox.html> (on line: marzo de 2008).

Goldman, Emma. *Viviendo mi vida*. Madrid, FAL, 1996 (1931), t. II, pp. 192-193.

Horrox, James. “Gustav Landauer (1870-1919)”. Disponible en: <http://dwardmac.pitzer.edu/anarchist_Archives/bright/landauer/landauerbioHorrox.html> (on line: marzo de 2008).

Koehlin, Heinrich. “Prólogo a la primera edición en castellano”, en: Landauer, Gustav. *La revolución*. Bs. As., Araucaria, 2005 (1907), pp. 7-16.

Leval, Gastón. “Una excepción: Gustav Landauer”, en: *Conceptos económicos en el socialismo libertario*. Bs. As., Imán, 1935, pp. 66-67.

Löwy, Michael. *Redención y utopía: el judaísmo libertario en Europa Central. Un estudio de afinidad electiva*. Bs. As., El Cielo por Asalto, 1997.

Muñoz, Vladimir. “Una cronología de Gustav Landauer”, en: *Reconstruir*, nº 57, Bs. As., nov. /dic. de 1968, pp. 45-50.

Nettlau, Max. *La anarquía a través de los tiempos*. Barcelona, Guilda de Amigos del Pueblo, 1935, p. 173 *et seq.*

–: “La vida de Gustav Landauer según su correspondencia”, en: Landauer, Gustav. *Incitación al socialismo*. Bs. As., Américalee, 1947 (1911), pp. 187-325.

Rocker, Rudolf. “Las luchas internas en el movimiento alemán”, en: *En la borrasca (años de destierro)*. Bs. As., Tupac, 1949, pp. 47-54.

–: “El fin de Gustav Landauer”, en: *Revolución y regresión (1918-1951)*. Bs. As., Tupac, 1952, pp. 79-86.

Schulze Schneider, Ingrid. *La Alemania de Bismarck*. Madrid, Arco, 1996.

Souchy, Agustin. *Landauer, el filósofo de la revolución*. Bs. As., Imán, 1934.

–: “Mühsam y la revolución bávara de los consejos”, en: *Erich Mühsam. Su vida, su obra, su martirio*. Barcelona, Ateneu libertario Al Margen (Valencia) *et al.*, 1999, pp. 22-34.

Stürmer, Michael. *El imperio alemán (1870-1919)*. Barcelona, Mondadori, 2003 (2000).

Toller, Ernst. “Revolución” y “República soviética bávara”, en: *Una juventud en Alemania*. Bs. As., Imán, 1937, pp. 125-178.

Volkman, Erich. *Revolución sobre Alemania*. Madrid, Ulises, 1931 (1930).

ADVERTENCIA

Enriquecemos la literatura revolucionaria en idioma español con unas páginas de pasión y de comprensión socialistas; fueron escritas hace veinte años, pero conservan la savia y el calor de las cosas imperecederas. Los problemas que el autor de este libro suscita, están ahí todavía en espera de solución; y las actitudes espirituales que recomienda se nos aparecen cada vez más como un amplio y seguro camino hacia el socialismo.

Gustav Landauer ha sido una figura de relieve en la literatura alemana, podemos calificarlo como una de las más brillantes y más puras personalidades de la revolución. De una rara inteligencia, de una vastísima cultura, de un sentimiento artístico privilegiado, era para el socialismo mundial una piedra angular extraordinariamente preciosa. No era un repetidor, era un creador; no transmitía en su propaganda ideas hechas, programas acabados, sino que elaboraba nuevas concepciones, presentaba nuevos complementos, abría nuevos horizontes a la visión y a la acción. Enamorado de la asociación libre, del trabajo alegre, de la cooperación voluntaria, de la comunidad y de la justicia, se ha levantado contra la civilización capitalista y contra el marxismo que quiere perpetuarla en nombre de una dogmática contradictoria. Surgió Landauer a la lucha social al finalizar la ley de excepción contra los socialistas en Alemania, allá por 1890, entre un grupo de jóvenes opositores a las ideas y métodos de la socialdemocracia, los llamados socialistas independientes. Ese núcleo, no en último lugar bajo la influencia de Landauer, redactor del órgano de prensa *Der Sozialist*, evolucionó hacia el anarquismo.

Tomó parte Landauer en los congresos socialistas internacionales de Zurich (1893) y de Londres (1896), donde se consagró la separación orgánica completa entre anarquistas y marxistas, y continuó luego actuando en Alemania con la palabra y con la pluma, porque si era un escritor brillante, era también un orador ameno y siempre instructivo, interesándose por cuantos matices de pensamiento y de realización eran susceptibles de abrir brechas hacia el futuro. Tradujo al alemán, aparte de numerosos trabajos literarios, de Oscar Wilde, por ejemplo, diversas obras

de Pedro Kropotkin, *El apoyo mutuo* entre ellas. Y desde 1909 a 1915 publicó un periódico, *Der Sozialist*, para la divulgación de sus ideas. Fue esta una hoja selecta, densa en pensamiento, escrita con elevación y con gusto literario, donde se hizo el ensayo de apartar a los hombres de la mentalidad capitalista y de llevarlos al camino de la nueva creación social. Sólo un pequeño número de amigos capaces de comprenderlo y de seguirlo pudo encontrar Landauer; sus proyectos de vida en común en pequeños núcleos independientes, lo más posible al margen del capitalismo y del Estado, no han tenido gran acogida. Los hombres y las mujeres de su tiempo preferían aún moverse a la voz de mando, obedecer en lugar de obrar con independencia. De cualquier modo, la actuación de Landauer nos ha dejado una afirmación irrefutable: que no se hará ninguna revolución social si no nace en los individuos la necesidad y el anhelo de salir del capitalismo, de apartarse del Estado, de crear nuevas formas de convivencia sobre la base de la libertad, la justicia y la voluntariedad.

Vino la guerra espantosa de 1914-18, que, entre otras cosas, devastó también el *Sozialist* de Landauer; pero vino después de la guerra la caída del imperio de los Hohenzollern. Se proclamó en Baviera la república de los consejos de obreros y soldados; Landauer acudió, llamado por Kurt Eisner, para poner al servicio del pueblo sus dotes excepcionales. Trabajó allí apasionadamente, se esforzó por encauzar la revolución por caminos más fecundos, por llevar a los trabajadores un poco de luz; todo en vano, la educación cincuentenaria del proletariado por el marxismo hizo que se estrellara su buena voluntad. Kurt Eisner fue asesinado por la reacción monárquica; Landauer le rindió el más elocuente tributo en un discurso memorable y se retiró, si no decepcionado, por lo menos con la conciencia de las dificultades insuperables que se oponían a una revolución de masas; se afirmó en sus viejas ideas e incluso escribió un nuevo prólogo para su *Incitación al socialismo*.

La república bávara de los consejos de obreros y soldados fue atacada militarmente por los nacionalistas y la socialdemocracia, reunidos en el interés común de suprimir un peligroso foco de contagio. El primero de mayo de 1919 comenzaron a entrar en Múnich las tropas de la reacción. Landauer, cuyo

nombre había circulado de boca en boca entre los enemigos de la revolución, fue detenido y asesinado vilmente por la soldadesca en un cuartel, el 2 de mayo, todavía en la plenitud de sus años y cuando más maduros podían ser los frutos de su gran inteligencia, de su experiencia y de su corazón.

Desde hace un par de lustros nos venimos preocupando por familiarizar a los trabajadores con el nombre y el pensamiento de Landauer. Al dar a luz este pequeño volumen, no hacemos más que continuar la tarea iniciada, con el propósito de hacer así menos trágico el vacío que ha dejado en nuestras filas la desaparición del pensador excelso que escribió las páginas que siguen.

Diego A. de Santillán, agosto de 1931

La revolución ha llegado de una manera que yo no había previsto; ha llegado la guerra, que sí había previsto; y vi muy pronto que en ella se preparaban, incontenibles, el derrumbe y la revolución.

Con una amargura verdaderamente ilimitada afirmo: se evidencia que tuve razón en todo lo esencial que dije hace mucho en este Llamamiento y en los artículos de mi revista Der Sozialist. Quedaba todavía por hacer en Alemania una revolución política; ahora la tenemos, y sólo la incapacidad de los revolucionarios en la edificación de la nueva economía, en primer lugar, y también de la nueva libertad y de la autodeterminación, podía ser culpable de que llegase una reacción y del afianzamiento de nuevos poderes privilegiados. Que los partidos socialdemócratas marxistas en todas sus variantes no están capacitados para la práctica política, para la constitución de la humanidad y de sus instituciones populares, para la fundación de un reino del trabajo y de la paz, y que son al mismo tiempo incapaces de una interpretación teórica de los hechos sociales, lo han demostrado ellos mismos en todas partes, del modo más terrible en la guerra, y antes y después de ella, desde Alemania hasta Rusia, desde el entusiasmo guerrero hasta el régimen espiritualmente estéril del terror, entre los cuales hay parentescos y hubo también la más rara alianza. Pero si es verdad —en favor de lo cual hablan algunas noticias y nuestra esperanza, que clama temblorosa por la felicidad y el milagro— que los bolcheviques rusos se han superado a sí mismos con un crecimiento similar pero todavía más explosivo que el que han mostrado Fritz Adler³⁶ en Austria y Kurt Eisner³⁷ en Alemania, y han superado también su doctrinarismo teórico y la vacuidad de su práctica; si

36 Friedrich Adler (1879-1960), político y revolucionario austriaco, muy amigo de Albert Einstein, fundador del Partido Socialdemócrata de Suiza, y representante del llamado austromarxismo. Asesinó en octubre de 1916 al presidente de Austria, conde Karl von Stürgkh. (Nota del revisor; de ahora en adelante, N. del R.)

37 Kurt Eisner (1867-1919), político y periodista alemán, amigo de Landauer. Jugó un papel fundamental en la revolución de noviembre de 1918 y fue nombrado presidente de la República Consejista de Baviera, y posteriormente, como Landauer, asesinado por la contrarrevolución. [N. del R.]

Der Sozialist. Organ aller Revolutionäre. Berlin, Sonnabend, den 12. Januar 1895. 5. Jahrgang. Genossen! Vergesst der Verfolgten nicht! Noch weiter haben wir's gebracht! Der Staatsoberste... Die Arbeiterbewegung... Die Sozialisten...

es verdad que en ellos el federalismo y la libertad han dominado sobre el centralismo y la organización militar-proletaria autoritaria, que han pasado a un proceso de creación y que el proletario industrial y el maestro de muerte ha sido vencidos en ellos por el *mujik* ruso, por el espíritu de Tolstói, por un espíritu eterno, eso no habla en verdad en pro del marxismo superado en ellos, sino en favor del espíritu celeste de la revolución que, bajo la garra atenazadora y la onda aceleradora de la necesidad, libera en el ser humano, incluso en el ser humano ruso, lo enterrado, y hace brotar como una fuente y a borbotones lo sagradamente escondido.

El capitalismo, por lo demás, no ha cumplido la amable demanda evolutiva de transformarse lenta y valientemente en socialismo; no ha hecho tampoco el milagro de parir en su ruidoso derrumbamiento el socialismo. ¿Cómo habría de hacer milagros el principio de lo malo, de la opresión, de la expoliación y de la rutina filistea? El espíritu que debe ser rebelión hace milagros en estos tiempos en que la apatía se convierte en una plaga maligna; los ha hecho cuando cambió en una noche la estructura del Imperio Alemán, haciendo de la forma estatal sagrada, inviolable, de los profesores universitarios alemanes un episodio pretérito de los *junkers* rurales y de los magnates del acero de Alemania. El derrumbamiento está ahí, la salvación sólo puede traerla el socialismo, que no ha crecido ciertamente como flor natural del capitalismo, sino que está, como heredero e hijo pródigo, ante las puertas tras las que se corrompe el cadáver de su padre antinatural; el socialismo, que no puede ser aplicado al cuerpo de la sociedad como un traje de fiesta en un punto culminante de la riqueza nacional y de la economía floreciente, sino que debe ser creado en el caos casi de la nada. En la desesperación he llamado al socialismo; por desesperación he abrigado la gran esperanza y una alegre determinación; la desesperación que yo y los que piensan como yo llevábamos en el alma, está ahí como realidad; ojalá no les falte esperanza, ganas de trabajar, conocimiento y una permanente fuerza creadora a aquellos que deben ponerse de inmediato manos a la obra en esa construcción.

Todo lo que aquí se dice sobre el derrumbamiento tiene validez por el momento sólo para Alemania y para los pueblos que, queriendo o no, han compartido su destino. No es el capitalismo el que se ha desmoronado como tal en su imposibilidad inmanen-

te, como se dijo; sino que el capitalismo ligado a la autocracia y al militarismo de un territorio ha sido arruinado por los capitalismo administrados de forma más liberal, más débiles en el plano militar, pero más fuertes desde el punto de vista del capital de otros dominios, en cooperación final con la cólera popular que estalló volcánicamente en el propio pueblo. No quiero prever nada sobre las formas en que llegará la bancarrota de los otros, de los representantes más inteligentes del capitalismo y del imperialismo, y en qué momento sucederá. Los motivos sociales para ello, sin los cuales no hay revolución en parte alguna, se dan por todas partes; pero la necesidad de liberación política, en virtud de la cual solamente la revolución se mueve hacia un objetivo y se convierte en algo más que sublevación, muestra diversos grados de fortaleza en cada uno de los países que han tenido sus revoluciones políticas democráticas. Hasta aquí creo ver por lo menos: cuanto más libre es en un país la movilidad política, cuanto mayor es la capacidad de adaptación de las instituciones de gobierno a la democracia, tanto más tarde y con mayor dificultad llega la revolución, pero tanto más horrible e infecunda será también la lucha cuando, finalmente, la miseria social, la injusticia y la indignidad susciten el fantasma de una revolución y, como parte de su cortejo, una guerra civil demasiado real, en lugar de avanzar hacia la construcción del socialismo. Los síntomas que se pusieron de relieve primero en Suiza –mezclándose ciertamente de manera repulsiva con la guerra, con el comercio de guerra, con el sucedáneo suizo de la guerra y con la corrupción de guerra no suiza– son bastante claros para cualquiera que pueda diferenciar la obra creadora de las atroces y espasmódicas crueldades.

Pues sólo puede darse una revolución política. No serviría para ayudar a las masas esclavizadas si no sacara de ellas el afán de rebelión contra el abatimiento social y la miseria económica; pero la transformación de las instituciones sociales, de las condiciones de la propiedad, del tipo de economía, no puede venir por el camino de la revolución. Desde abajo sólo se puede sacudir, destruir, abandonar; desde arriba, incluso por parte de un gobierno revolucionario, no se puede más que conservar y mandar. El socialismo debe ser construido, debe ser instituido, debe ser organizado con un nuevo espíritu. Ese nuevo espíritu se manifiesta poderosa y vehementemente en la revolución; las marionetas se

convierten en seres humanos; los filisteos oxidados se vuelven capaces de conmocionarse; todo lo que está firme –hasta las opiniones y las negaciones– oscila; de la razón que sólo se preocupaba por lo suyo nace el pensamiento racional, y millares de personas se sientan o se agitan sin descanso en su habitación y meditan por primera vez en su vida planes para conseguir el bien común; lo bueno se hace accesible a todos; lo increíble, el milagro, se acercan al dominio de lo posible; la realidad habitualmente oculta en nuestras almas, en las figuras y ritmos del arte, en las creencias de la religión, en el ensueño y en el amor, en la danza de los miembros y en el fulgor de la mirada, pugna por hacerse real. Pero el enorme peligro es que el caos y la imitación se apoderen también de los revolucionarios y los conviertan en filisteos del radicalismo, de la palabra sonora y de los gestos violentos; en que no sepan o no quieran saber que la transformación de la sociedad sólo puede operarse en el amor, en el trabajo, en la calma.

Todavía no lo saben, a pesar de todas las experiencias de las pasadas revoluciones. Éstas han significado todas una gran renovación, un burbujeo refrescante, la hora culminante de los pueblos; pero lo que han traído de perdurable ha sido mínimo; ha sido al fin y al cabo sólo una transformación en las formas del desheredamiento político. La libertad política, la mayoría de edad, el orgullo sincero, la autodeterminación y la ligazón orgánico-corporativa de las masas por parte del espíritu unificador, las uniones voluntarias en la vida pública, sólo pueden traerlos la gran nivelación, la justicia en la economía y en la sociedad, es decir, sólo el socialismo. En nuestra era, que afirma en las conciencias, por espíritu cristiano, la igualdad de todos los seres humanos en cuanto a origen, aspiración y destino, ¿cómo podría existir una vida pública libre, inspirada por el espíritu que todo lo abarca y todo lo mueve de seres humanos que avanzan fogosamente hacia adelante y de mujeres interiormente fuertes, si persisten, disfrazados de alguna manera, la esclavitud, el desheredamiento y la marginación sociales?

La revolución política, por la que el espíritu llega al poder, al fuerte imperativo y a la realización decisiva, puede abrir el camino al socialismo, a la transformación de las condiciones de acuerdo con un espíritu renovado. Pero por decreto no se podría, a lo sumo, más que poner en fila a los seres humanos

como parias del Estado en una nueva economía militar; el nuevo espíritu de la justicia debe entrar en acción por sí mismo y por sí mismo crearse sus formas de economía; la idea debe abarcar con su vasta visión las exigencias del momento y modelar con mano firme; lo que hasta aquí era ideal se convierte en realidad en virtud del trabajo de renovación nacido de la revolución.

La necesidad del socialismo existe; el capitalismo se derrumba; no puede continuar trabajando; la ficción de que el capital trabaja, se deshace como espuma; aquello que únicamente atrae a los capitalistas a esa especie de trabajo suyo, a arriesgar su patrimonio y a dirigir y administrar sus empresas, a saber, el beneficio, no les promete nada. El tiempo de la rentabilidad del capital, el tiempo del interés y de la usura ha pasado; los monstruosos beneficios de guerra fueron su danza macabra; si no queremos sucumbir en nuestra Alemania, si no queremos sucumbir real y literalmente, la salvación sólo puede venir del trabajo, del verdadero trabajo, inspirado, dirigido, organizado por un espíritu sin codicia, fraterno; del trabajo en nuevas formas y liberado del tributo al capital; del trabajo creador incesante de valores, de nuevas realidades, que conquista y transforma los productos de la naturaleza por el bien de las necesidades humanas. O emerge el periodo de la productividad del trabajo, o hemos llegado al final de todo. La técnica ha puesto al servicio de la humanidad fuerzas naturales conocidas desde tiempos inmemoriales o recientemente descubiertas; cuantos más seres humanos cultiven la tierra y transformen sus productos, tanto más nos ofrecerá; la humanidad puede vivir dignamente y sin preocupaciones, nadie necesita ser esclavo de nadie, ni ser rechazado o desheredado; su medio de vida, el trabajo, no tiene por qué convertirse en una plaga ni en un sufrimiento; todos pueden vivir para el espíritu, para el alma, para el juego y para el dios. Las revoluciones y su larga, penosa prehistoria nos enseñan que sólo la miseria extrema, sólo el sentimiento de que se acerca la última hora conduce a las masas de seres humanos a la razón; a la razón, que es en todo tiempo la naturaleza propia de sabios y de niños; ¿qué horrores, qué ruinas, qué miserias, qué plagas, pestes, incendios y horrores de atrocidad no debemos esperar si no llegan a los seres humanos, en este momento de su destino, la razón, el socialismo, guía del espíritu y adaptación al espíritu?

El capital, que fue hasta ahora el gozoso parásito y el amo, debe convertirse en servidor; sólo puede prestar servicios al trabajo un capital que sea comunidad, reciprocidad, igualdad en el cambio. ¿Estáis todavía indefensos ante una solución evidente y facilísima, sufrientes seres humanos? ¿Incluso en esta hora de miseria que fue para vosotros en lo político una hora de acción? ¿Seguís siendo los animales confiados al instinto que habéis sido durante tanto tiempo, idiotizados por el don de la razón? ¿No veis todavía el error que reside solamente en vuestra vanagloria y en vuestra pereza de corazón, que claman al cielo? Lo que hay que hacer es claro y sencillo; un niño lo entiende, los medios están ahí, el que observa a su alrededor lo sabe. El mandamiento del espíritu, que dirige la revolución, puede ayudar a través de grandes medidas y proyectos; ajustaos al espíritu, los pequeños intereses no deben impedirlo. Pero a la realización en todas sus dimensiones se le interponen las montañas de escombros que han caído, debido a la infamia de lo conseguido hasta ahora, sobre las condiciones y sobre las almas de los seres humanos; hay un camino libre, más libre que nunca, la revolución y el derrumbamiento ayudan: ¡Tú y los tuyos sois convocados a comenzar por lo pequeño y por lo voluntario, inmediatamente, en todas partes!

De lo contrario nos encontramos con el final; al capital se le quitarán las rentas, por las circunstancias económicas, por las exigencias del Estado, por los compromisos internacionales; la deuda de un pueblo con otros pueblos y consigo mismo se exterioriza siempre, desde el punto de vista político y financiero, en deudas. La Francia de la gran Revolución se ha repuesto magníficamente de las deudas del Antiguo Régimen y del propio caos financiero por la gran nivelación que se produjo debido a la partición de las tierras, y por el gusto por el trabajo y la empresa que nació de la liberación de las viejas cadenas. Nuestra revolución puede y debe en gran medida distribuir tierras; puede y debe crear un nuevo y renovado campesinado; pero no puede proporcionar al capital, ciertamente, ningún gusto por el trabajo y la empresa; para los capitalistas, la revolución sólo es el fin de la guerra: bancarrota y ruina. A ellos, a sus industriales y comerciantes, no sólo les falta la renta; les falta y les faltará la materia prima y el mercado mundial. Y está además el elemento

negativo del socialismo, que no puede ser extirpado del mundo por nada: la completa aversión, creciente de hora en hora, de los trabajadores, incluso su incapacidad psicológica para continuar alquilándose bajo las condiciones del capitalismo.

El socialismo debe por tanto construirse; en medio del derrumbe, a partir de estas condiciones de miseria, de crisis, de medidas momentáneas, debe ponerse en funcionamiento. A los cuatro vientos gritaré cómo se debe sacar de la mayor penuria la mayor virtud, cómo de la caída del capitalismo y de la precariedad de las masas humanas vivas se deben levantar nuevas corporaciones de trabajo; no me olvidaré de reprochar su estrechez de miras a aquellos que se tienen hoy más que nunca por los únicos trabajadores, los proletarios de la industria, y su salvaje estancamiento, la fragosidad y tosquedad de su vida espiritual y sentimental, su falta de responsabilidad y su incapacidad para llegar a una organización económica positiva y para la dirección de empresas; pues absolviendo a los seres humanos de culpa y declarándoles producto de las condiciones sociales no se hace a esos productos de la sociedad distintos a como son; no se debe edificar el nuevo mundo con las causas de los seres humanos, sino con los seres humanos mismos. No dejaré de hacer un llamamiento a los empleados del Estado, de las comunas, de las cooperativas y de las grandes fábricas, a los empleados y directores técnicos y comerciales, a los honrados y a los que aspiran a la renovación entre los muchos empresarios, juristas y oficiales que se han vuelto ahora superfluos en esas tareas; no dejaré de llamarles a la cooperación modesta, leal, celosa, impulsada por el espíritu de comunidad y de originalidad personal³⁸. Me volveré del modo más enérgico contra la falsificación

³⁸ Dedicamos póstumamente estas palabras a la memoria del director de minas Jokisch, que, alcanzado por el espíritu de la revolución, se ha entregado libremente a la muerte. Puede haber sido un conservador, puede haber creído actuar con su muerte contra el socialismo; lo que él hizo fue una obra revolucionaria en el sentido de que la revolución despierta lo mejor y más oculto de lo originariamente individual y lo entrega libre y heroicamente a lo eternamente común. La razón por la que se quitó la vida la manifestó ese hombre con claridad e íntima decisión en el testamento que sigue:

“A los mineros y fundidores de la Alta Silesia: Después de haberme esforzado en vano por enseñaros con palabras, he decidido intentarlo con un hecho. Quiero morir para probaros que las ocupaciones que imponéis sobre nuestra modesta existencia son peores que la muerte. Observadlo bien: sacrifico mi vida para enseñaros que pedís lo imposible. Las enseñanzas

de papel moneda por parte del Estado que llaman ahora sistema monetario, y también contra el subsidio de desempleo pagado con ese supuesto dinero, cuando cada cual que esté sano, no importa el oficio que haya desempeñado hasta ahora, debe participar en la construcción de la nueva economía, en la salvación ante el mayor peligro, donde hay que edificar y plantar tanto y tan bien como se pueda; recomendaré la utilización de la burocracia militar, en la actualidad completamente improductiva, para conducir a los desocupados del capitalismo a los lugares donde la economía de emergencia, que debe ser una economía salvadora, los necesita; apelaré a la más fuerte energía revolucionaria, que debe abrir a la salvación y al socialismo el camino hacia su realización. Llegados a este punto, resumamos de antemano: lo que he dicho en el llamamiento que sigue, y lo que he dicho siempre en mis artículos de la revista *Der Sozialist*, que les sirven de complemento (1909-1915), es que el socialismo es posible y necesario en cualquier forma de economía y de técnica: que no está ligado a la gran industria del mercado mundial, que necesita tan poco la técnica industrial y comercial del capitalismo como la concepción de donde ha surgido ese monstruo: que, dado que debe comenzar, y la realización del espíritu y de la virtud no llegan nunca de manera masiva y normal, sino sólo como sacrificio de unos pocos y floración de los precursores, tiene que despegarse de la estrechez de sus condiciones, mediante la pobreza y la alegría del trabajo; que nosotros, en su favor, para nuestra salvación y para el aprendizaje de la justicia y de la comunidad, debemos regresar al campo y a una unión de industria, agricultura y artesanado, y a lo que nos ha enseñado Piotr Kropotkin acerca de los métodos de cultivo intensivo de la

que os grito desde la tumba dicen: No maltratéis ni expulséis a vuestros empleados. Los necesitáis y no encontraréis otros que estén dispuestos a trabajar con locos. Los necesitáis porque no podéis llevar adelante la empresa sin directores. Si faltan los directores la empresa sucumbe y tendréis que morir de hambre. Con vosotros vuestras mujeres, vuestros hijos y centenares de millares de ciudadanos inocentes. La advertencia urgente que os dirijo os exhorta a realizar un trabajo intenso. Sólo si trabajáis más que antes de la guerra y sois más modestos en vuestras exigencias, podréis contar con la afluencia de medios de vida y con precios soportables. Como me he lanzado a la muerte por vosotros, proteged a mi mujer y a mis queridos hijos y ayudadles si caen en la penuria por culpa de vuestra locura. Borsigwerk, 11 de enero de 1919. Jokisch". [Nota de Landauer]

tierra y de la asociación del trabajo, también de la asociación del trabajo intelectual con el manual, en su libro, ahora de enorme importancia, *Campos, fábricas y talleres*; a las nuevas figuras de la cooperativa, del crédito y del dinero: todo eso hay que ponerlo a prueba ahora en momentos de máxima necesidad, puede ser puesto a prueba con un placer creador; la necesidad exige, voluntariamente, pero bajo la amenaza del hambre, un nuevo impulso y una nueva construcción, sin los cuales estamos perdidos.

Una última palabra todavía, la más seria. Ya que tenemos que crear la mayor virtud de la mayor miseria, y crear el incipiente socialismo a partir del trabajo de emergencia de la crisis y de la provisionalidad, nuestra vergüenza debe convertirse también en nuestro honor. Además nos queda el problema de cómo ha de persistir nuestra república socialista, que brota de la derrota y del derrumbamiento, entre pueblos victoriosos, entre reinos que están todavía adscritos al capitalismo. No mendiguemos, no temamos nada, no retrocedamos; comportémonos entre los pueblos como Job, que en el dolor pasaría a la acción; abandonado por Dios y el mundo para servir a Dios y al mundo. Construyamos nuestra sociedad y las instituciones de nuestra sociedad de manera que disfrutemos de nuestro trabajo duro y de nuestra vida digna; una cosa es segura: si nos va bien en la pobreza, si nuestras almas están satisfechas, los pobres y los honestos de todos los demás pueblos, de todos ellos, seguirán nuestro ejemplo. Nada, absolutamente nada en el mundo tiene la fuerza irresistible de atracción que tiene lo bueno. Habíamos quedado atrás en lo político, fuimos los lacayos más presumidos y provocadores; la desdicha que nos vino de ello por la necesidad del destino nos ha empujado a la rebelión contra nuestros amos, nos ha llevado a la revolución. Así hemos accedido de golpe, con el golpe que se nos ha dado, al liderazgo; debemos liderar el camino hacia el socialismo. ¿Y cómo habríamos de liderarlo si no es con el ejemplo? El caos está ahí; se nos anuncian más actividad y nuevas conmociones; los espíritus despiertan; las almas se elevan a la responsabilidad, las manos a la acción; ojalá llegue el renacimiento por la revolución; ojalá, ya que nada necesitamos tanto como seres humanos nuevos, puros, que se levanten de lo desconocido, de las tinieblas, de lo profundo; ojalá esos renovadores,

esos purificadores, esos salvadores no falten a nuestro pueblo; ojalá viva largamente la revolución y crezca y ascienda nuevos escalones en los años difíciles y maravillosos; ojalá fluya hacia los pueblos, partiendo de su tarea, de las nuevas condiciones, de lo eterno profundísimo y de lo incondicionado, el nuevo espíritu creador, que es el que establece nuevas realidades; ojalá nazca de la revolución la religión, religión de la acción, de la vida, del amor, que hace felices, que redime, que supera. ¿Qué importa en la vida? Morimos pronto, morimos todos; no vivimos en absoluto. Nada vive excepto lo que hacemos de nosotros mismos, lo que hacemos con nosotros; la creación vive; la criatura no, sólo el creador. Nada vive más que la acción de las manos honestas y el dominio del espíritu verdaderamente puro.

Múnich, 3 de enero de 1919
Gustav Landauer

ADVERTENCIA PRELIMINAR A LA PRIMERA EDICIÓN

En mi libro *La Revolución* (Fráncfort del Meno, 1907), he escrito: “Nuestro camino se dirige en esta dirección: a que los seres humanos que han llegado a la comprensión y a la imposibilidad interna de continuar viviendo así, se unan en alianzas y pongan su trabajo al servicio de su consumo. Pronto chocarán con las barreras que el Estado les opone: les falta la base. Ese es el punto en el que la revolución, de la que hemos hablado hasta ahora, va más allá, hacia una revolución de la que no se puede decir nada, porque está muy lejana todavía. Tampoco se puede decir nada aquí de la regeneración social, de la que sólo se dieron algunas señales; la estimación de los planteamientos y tendencias que existen ahora depende de las expectativas que se tengan de lo venidero; sin embargo, pienso retomar el hilo en otra ocasión y tratar la venida del socialismo en conexión con ellos”.

Como por el momento no he llegado a escribir el libro que había anunciado con esas palabras, contentémonos mientras tanto con la conferencia que sigue; pero que no se olvide en ningún momento que es una conferencia y no quiere ser otra cosa. En un texto tal deben decirse muchas cosas con brevedad y el tono fuerte debe suplantar a veces a la fundamentación detenida; el flujo del discurso quiere ir más allá. Aprovechese la ventaja de que es una conferencia impresa; piénsese que algunas de las frases ahí contenidas podrían exigir un libro para su fundamentación y su exposición; déjese a un lado a veces al autor para continuar reflexionando uno mismo sobre cada asunto particular; tal vez se encuentre entonces que lo que se ha dicho con rapidez no por ello carece de reflexión y de fundamento.

He elegido la forma de la conferencia porque entre las tareas del lenguaje estará siempre la de convocar a otros, y porque esta vez ha sido esa mi intención. Ciertamente hablo aquí de otro modo que en una asamblea, hablo ante amplios círculos indeterminados, que el solitario ve ante sí en sus horas de trabajo nocturno.

Cuando pronuncié la conferencia por primera vez –el 26 de mayo y el 14 de junio de 1908– resumí al final de la segunda sesión el contenido en los “Doce artículos de la Liga Socialista”, reproducidos aquí en su redacción originaria como apéndice.

Así se constituyó la Liga Socialista y los primeros que quisieron apuntarse a ella se inscribieron en esa misma reunión. Se formó pronto el primer grupo; el grupo de “trabajo” de Berlín. En este momento existen en Alemania y en Suiza diecinueve grupos expresamente constituidos y un gran número de grupos sin nombre. A comienzos de 1909 inició su aparición la revista quincenal *Der Sozialist*, en donde yo y otros continuamos exponiendo nuestras ideas y tratamos de probar su validez con respecto a las circunstancias y sucesos de los pueblos, de la vida de las comunidades, de las familias, de los individuos.

Hemos editado además, hasta ahora, tres manifiestos, que han aparecido en un folleto con un informe sobre la actividad desarrollada hasta ahora por la Liga.

Hermsdorf, cerca de Berlín, marzo de 1911
Gustav Landauer

I

Quien hace un llamamiento a favor del socialismo tiene que ser de la opinión de que el socialismo es una cosa que no existe o que es como si no existiera, que es algo que no existe todavía o que ya no existe más. Se podría objetar: “Naturalmente, el socialismo, la sociedad socialista no existen. No se dan todavía, pero se hacen esfuerzos para alcanzarla: ideas, conocimientos, doctrinas acerca de cómo ha de venir”. No, no nos referimos a ese socialismo cuando hacemos aquí un llamamiento. Entiendo por socialismo, más bien, una tendencia de la voluntad humana y una visión de las condiciones y caminos que llevan a su realización. Y añadido, sin embargo: ese socialismo no existe, apenas, y se encuentra en un estado más pésimo que nunca. Por eso hablo a todo el que quiera oírme y espero que mi voz llegue en última instancia a muchos, a muchísimos que no quieren oírme; y hago un llamamiento al socialismo.

¿Qué es el socialismo? ¿Qué desean los seres humanos que hablan de socialismo? ¿Y qué es eso que así es llamado hoy? ¿En qué condiciones, en qué momento de la sociedad –como se dice ordinariamente, de la evolución– puede llegar a ser realidad?

El socialismo es una aspiración a crear una nueva realidad con ayuda de un ideal. Eso hay que decirlo primeramente; pues también la palabra “ideal” ha caído en descrédito por causa de tristes hipócritas y de vulgares débiles de espíritu que se denominan gustosamente a sí mismos idealistas, y también por causa de filisteos y de mercachifles de la ciencia, que se denominan gustosamente a sí mismos realistas. En tiempos de decadencia, de incultura, de falta de espíritu y de miseria, los seres humanos que sufren no sólo exterior, sino sobre todo interiormente en ese estado de cosas que los rodea y que pretende subyugarlos hasta en su germen, en su vida, en su pensamiento, sentimiento y voluntad, esos seres humanos que se defienden contra eso deben tener un ideal. Comprenden lo indigno, lo opresor, lo humillante de su situación; experimentan asco indecible ante la miseria que los circunda como una ciénaga, tienen la energía que los impulsa hacia adelante y también un anhelo hacia lo mejor, y de ahí brota en ellos, en su gran belleza y perfección, la imagen

de una especie de convivencia buena, pura, saludable y alegre entre los seres humanos. La ven en sus grandes rasgos generales ante ellos, cómo podría llegar a ser si una parte pequeña, luego más grande y finalmente una gran parte de los seres humanos la deseara y la llevara a la práctica, si todo un pueblo, pueblos enteros albergaran ardientemente esta novedad en su interior y obraran en pro de su ejecución; y ahora ya no dicen: “Puede ser así”; dicen más bien: “Debe, tiene que ser así”. No dicen –si tienen una idea de la historia de la especie humana conocida hasta ahora–: “Ese ideal tiene que convertirse en realidad de forma tan pura, tan elaborada, tan calculada como está sobre el papel”. Lo saben muy bien: el ideal es lo último, lo que se encuentra en la cúspide de belleza y de alegría de vivir que su mente, que su espíritu pueden imaginar. Es un trozo de espíritu, es razón, es pensamiento. Pero la realidad nunca es completamente idéntica al pensamiento de cada ser humano particular; sería aburrido, si fuese así, si tuviésemos un mundo por duplicado: una vez en el pensamiento que anticipa, y otra vez en su réplica exacta en el mundo exterior. Nunca ha sido así y nunca lo será. No es el ideal el que se convierte en realidad, pero es por el ideal y sólo por el ideal que nuestra realidad toma forma en estos tiempos nuestros. Vemos algo ante nosotros, y tras ello no vemos nada más que sea posible, nada mejor; percibimos lo más extremo y decimos: “¡Eso es lo que yo quiero!”. Y entonces hacemos todo lo posible para crearlo; realmente todo. El individuo sobre el que cae esta especie de iluminación busca compañeros; los encuentra, existen otros, a cuyo espíritu, a cuyo corazón ha llegado ya como un sacudimiento, como una tempestad; hay algo en el aire para sus semejantes; encuentra a su vez a otros, otros más, que dormitaban ligeramente, sobre cuyo conocimiento había una especie de fina membrana, cuya energía estaba ligeramente anestesiada; están ya juntos, los compañeros buscan soluciones; hablan para muchos, para las masas de las grandes urbes, de las ciudades pequeñas, del campo; la penuria externa ayuda al despertar interno; el sagrado descontento se agita y se conmueve; algo así como un espíritu –espíritu es espíritu colectivo, espíritu es asociación y libertad, espíritu es alianza de seres humanos, lo veremos pronto con más claridad–; un espíritu llega a los seres humanos; y donde hay espíritu hay pueblo, donde

hay pueblo hay una cuña que penetra hacia adelante, hay voluntad; donde hay voluntad hay un camino; la palabra vale; pero sólo allí hay un camino. Y cada vez está todo más claro; penetra cada vez más hondo; el velo, la red, el entramado pantanoso de la apatía son levantados cada vez más alto; un pueblo se agrupa, despierta: ocurren hechos, se lleva a cabo una acción; supuestos obstáculos son reconocidos como nimiedades, por encima de las cuales se salta; otros obstáculos son eliminados con la fuerza de la unión; porque el espíritu es alegría, es poder, es movimiento que no se puede, que no se deja contener por nada en el mundo. ¡Hacia allí quiero ir! Desde el corazón de los individuos brota esa voz y esa aspiración indomable de manera igual y unificada; y así se crea esa nueva realidad. Será al fin de cuentas distinto a como era el ideal, parecido, pero no igual. Será mejor, pues no será ya un sueño de gentes llenas de presagios de anhelos y de dolores, sino una vida, una vida en común, una vida en sociedad de seres humanos vivos. Será un pueblo; será cultura, será alegría. ¿Quién sabe hoy lo que es alegría? El amante, cuando en el recogimiento de su amor contempla a su ser amado, con un sentimiento claro o impreciso, como la quintaesencia de todo lo que es vida y engendra vida; el artista, el creador, en raras horas a solas con el amigo, con el igual, o cuando en su mente o en la ejecución de su obra anticipa la belleza y la plenitud que serán algo vivo para el pueblo en el futuro; el espíritu profético, que se adelanta a los siglos y está seguro de la eternidad. ¿Quién más conoce hoy la alegría, quién más sabe lo que es alegría plena, grande, seductora? Nadie hoy día; desde hace mucho tiempo ya nadie; en algunos tiempos hubo pueblos enteros inspirados e impulsados por el espíritu de la alegría. Lo fueron en tiempos de revolución, pero no había claridad suficiente en su efervescencia; había demasiada oscuridad y lentitud en su ardor; querían algo, pero no sabían qué; y los ambiciosos, los politicastos, los abogados, los interesados lo han vuelto a corromper todo, y la estupidez de la codicia y el ansia de dominación han hecho desaparecer lo que el espíritu quería preparar, lo que deseaba hacer brotar para el pueblo. Hoy día también tenemos ese tipo de abogados, aunque no se llamen con ese nombre; los tenemos y ellos nos tienen y nos contienen. Tengamos cuidado; estamos prevenidos, prevenidos por la historia.

II

El socialismo es la tendencia de la voluntad de seres humanos unidos para crear algo nuevo guiados por un ideal.

Observemos por tanto qué es lo viejo, cómo se nos presenta lo existente hasta ahora, nuestro propio tiempo. No sólo nuestro tiempo en el sentido de ahora, de un par de años o de decenios; nuestro propio tiempo: cuatrocientos años al menos.

Pero sepámoslo, digámoslo ahora desde el comienzo: el socialismo es una cosa grande, de largo alcance; quiere ayudar a llevar a generaciones de seres humanos en declive nuevamente a las alturas, a la prosperidad, a la cultura, al espíritu y con ello a la unión y a la libertad.

Tales palabras suenan mal en los oídos de los profesores y de los autores de trataditos, desagradan también a aquellos cuyo pensamiento está impregnado por los corruptores que difunden estas enseñanzas: que los seres humanos, y también los animales todos, las plantas, el mundo entero están en un progreso continuo, en un movimiento hacia adelante desde lo más bajo hasta lo más alto; cada vez más y más lejos, desde los abismos más profundos a los cielos más altos. Y por ello el absolutismo, la servidumbre, la venalidad, el capitalismo, la miseria y la depravación, todo eso deben ser etapas, escalas del progreso en el camino hacia el socialismo. No nos adherimos aquí a ninguna de esas concepciones ilusorias pretendidamente científicas; vemos el mundo y la historia humana de otro modo; lo decimos de manera diferente.

Decimos que los pueblos tienen su época de florecimiento, su punto culminante de cultura, y que desde esa cima vuelven a caer. Decimos que nuestros pueblos de Europa y de América, desde hace mucho tiempo –aproximadamente desde el descubrimiento de América–, son pueblos en declive.

Los pueblos alcanzan periodos de prosperidad y se mantienen en ellos cuando son dominados por un espíritu. Esto suena mal a oídos de aquellos que hoy día se llaman socialistas y no lo son, a los que acabamos de ver de manera pasajera en su ropaje darwinista y que podríamos considerar ahora como partidarios de la llamada interpretación materialista de la historia.

Pero esto para más tarde; ahora tenemos que ir más allá, y al marxismo lo encontraremos en nuestros caminos y lo presentaremos y le diremos a la cara lo que es: ¡la peste de nuestro tiempo y la maldición del movimiento socialista!

Es el espíritu, el espíritu de los pensadores, el espíritu de los rendidos al sentimiento, de los grandes amantes, el espíritu de aquellos en quienes el amor propio y el amor a otros se funden en un gran conocimiento del mundo, es ese espíritu el que ha conducido a los pueblos a la grandeza, a la unión, a la libertad. Y surge del individuo, como una cosa natural, el deber perentorio de agruparse en comunidad con sus hermanos. Así apareció la sociedad de las sociedades, la comunidad basada en la voluntariedad.

¿Cómo ha llegado el ser humano a la inteligencia, al entendimiento –se preguntará alguno–, de que debe salir de su aislamiento, para agruparse con sus camaradas en pequeñas asociaciones, y luego en asociaciones mayores?

La pregunta es tonta y sólo puede ser formulada por profesores de épocas de decadencia. Pues la sociedad es tan vieja como el ser humano; es lo primero, lo dado. Dondequiera que ha habido seres humanos se han reunidos en hordas, en tribus, en clanes, en gremios; han emigrado juntos; han vivido juntos y han trabajado juntos. Eran individuos aislados mantenidos juntos por el espíritu común (también lo que llamamos instinto entre los animales es espíritu), que es una compulsión natural, pero no impuesta.

Pero esta compulsión natural de esa cualidad unificadora, del espíritu común, ha adoptado siempre hasta ahora, en la historia humana conocida, formas externas: símbolos religiosos y cultos, representaciones de la fe y rituales litúrgicos o cosas parcidas de la misma naturaleza.

Por eso el espíritu va siempre ligado en los pueblos a lo contrario del espíritu, el hondo pensamiento simbólico siempre unido a las opiniones de la superstición; por encima del calor y del amor del espíritu que unifica se superpone la rigidez y el frío del dogma; en lugar de la verdad que ha sido extraída de tan hondo, que sólo puede expresarse en imágenes, aparece el absurdo de la literalidad.

Y a eso se añade luego la organización externa: la iglesia y las organizaciones de la coacción externa de naturaleza mundana se fortifican y crecen en lo malo: la servidumbre, el feudalismo, las diversas autoridades y jefaturas, el Estado.

De este modo el espíritu en los pueblos, sobre los pueblos, decae más lento o más rápido, y también la naturalidad con que emana del individuo y lo lleva a asociarse. El espíritu se retira al individuo. Individuos poderosos interiormente, representantes del pueblo, fueron los que le dieron a luz para el pueblo; ahora vive en los individuos geniales, que se consumen en toda su potencialidad, pero que no tienen pueblo: pensadores aislados, poetas, artistas, que carecen de apoyo, están ahí como desarraigados, casi en el aire. Los domina a veces como un ensueño de tiempos remotísimos, y entonces, con un regio gesto de desprecio, arrojan la lira y echan mano a la trompeta, y hablan desde el espíritu al pueblo y acerca del pueblo por venir. Toda su concentración, todas las formas que viven en ellos con violento dolor y que a menudo son mucho más fuertes y más vastas de lo que su cuerpo y su espíritu pueden soportar, las incontables figuras y el colorido y el hormigueo y la turbamulta del ritmo y de la armonía; todo eso –atención, artistas– es pueblo muerto, es pueblo viviente que se ha reunido en ellos, que se ha enterrado en ellos y que resucitará en ellos otra vez.

Y junto a ellos surgen otros individuos, a quienes ha aislado una mezcla de espíritu y de falta de espíritu: déspotas, acaparadores de riquezas, alquiladores de seres humanos, ladrones de tierras. En tales comienzos del periodo de decadencia y de transición, como se nos presenta del modo más magnífico y ostentoso en el Renacimiento –o en el barroco inicial–, esos sujetos tienen todavía muchos rasgos del espíritu, que se ha dispersado y se ha reunido de nuevo en parte en ellos; y con todo su empuje y poder muestran todavía rasgos de melancolía, de rigidez y de extrañeza, de algo sobrenatural y visionario, y casi se podría decir, ante algunos de esos fenómenos, que también en ellos vive un algo espectral, más poderoso que ellos mismos, un contenido para el que el continente de la personalidad aislada es demasiado estrecho. Y rara, muy raramente despierta también uno de ellos como de un sueño salvaje, arroja a un lado la corona y asciende al monte Horeb³⁹ para echar una ojeada a su pueblo.

Y sobrevienen a veces las naturalezas mixtas, cuyas cunas ha mecido largo tiempo un hada: son los grandes conquistadores, grandes héroes de la libertad, genios del pensamiento y de la

³⁹ También conocido como Monte Sinaí [N. de E.]

fantasía errabunda o grandes comerciantes: hombres como Napoleón y Ferdinand Lassalle⁴⁰.

Y esos pocos seres aislados en los que se refugia el espíritu, el poder y la riqueza, corresponden a los muchos seres aislados unos de otros, atomizados, en quienes no ha quedado más que la ausencia de espíritu, la vacuidad y la miseria: las masas, a quienes se llama pueblo, pero que no son más que una aglomeración de desarraigados, de abandonados. Desarraigados, en melancólica extrañeza, se encuentran los individuos, los pocos en los que está enterrado el espíritu popular, aun cuando nada saben de él. Desarraigadas, dispersas en penuria y pobreza, están las masas en las que debe fluir de nuevo el espíritu cuando se reúnan otra vez éste y el pueblo, cuando revivan.

La muerte es la atmósfera que se extiende entre nosotros, pues donde no hay espíritu está la muerte; la muerte se ha arrastrado sobre nuestra piel y ha penetrado en la carne; pero en nosotros, en nuestro más secreto interior, en nuestro más grande misterio y en nuestra más grande profundidad, en nuestro sueño, en nuestro anhelo, en las figuras del arte, en la voluntad de los que quieren, en la honda visión de los que observan, en los hechos de los que hacen, en el amor de los que aman, en la desesperación y en la valentía, en la exigencia espiritual y en la alegría, en la revolución y en la unión: ahí está la vida, la fuerza y la magnificencia; ahí está oculto el espíritu, ahí se crea espíritu que brotará y producirá pueblo, belleza y comunidad.

Los tiempos de la especie humana que brillan del modo más bello en la posteridad son aquellos en los que esa tendencia a la filtración del espíritu desde el pueblo a las angosturas y cavidades de las personas aisladas ha comenzado ya, pero todavía no ha ido muy lejos; donde el espíritu común, la sociedad de las sociedades, la estratificación de las numerosas alianzas emanadas del espíritu se encuentran en la plenitud de su fuerza, y donde además

han surgido ya personalidades geniales, que están, no obstante, dominadas todavía, como es natural, por el gran espíritu del pueblo, que por ello no se deja impresionar banalmente por sus grandes obras, sino que las toma más bien como el fruto natural de la vida en común y se alegra de ellas con sentimientos sagrados, pero frecuentemente apenas transmite a la posteridad los nombres de los creadores.

La época dorada de la vida del pueblo griego fue uno de esos periodos, así como la Edad Media cristiana.

No se trataba en estos casos de ideal alguno: era la realidad. Y así vemos, junto a toda esta elevación, espontaneidad y espiritualidad, los restos de una anterior violencia, que son ya los comienzos de la violencia ulterior, de la brutalidad, de la coacción impuesta, del Estado. Pero el espíritu era más poderoso; pues con frecuencia penetró y embelleció incluso esas instituciones de la violencia y de la servidumbre que en los periodos de decadencia se convierten en abominación y en horror. No todo lo que los buenos historiadores llaman esclavitud era siempre enteramente esclavitud.

En esos casos no había ideal, porque estaba el espíritu. El espíritu da a la vida un sentido, un carácter sacro y santo; el espíritu crea, suscita y penetra el presente con alegría, fuerza y bienaventuranza; el ideal se aparta de lo presente, se dirige a lo nuevo; es anhelo de futuro, de mejoramiento, de algo desconocido. Es el camino de los tiempos de decadencia y de ruina en marcha hacia una nueva cultura.

Pero aquí hay aún algo que decir. Antes de esos tiempos de brillantes cumbres que están ya en un periodo de cambio, hubo otros periodos; no una sola vez dentro de la así llamada evolución, sino de manera recurrente en los ascensos y descensos de los pueblos que se disuelven y se mezclan sucesivamente. También en esos periodos había espíritu unificador, también había vida común voluntaria, por la compulsión natural de la reciprocidad. Pero ninguno de los chapiteles de las catedrales, centelleantes de belleza en todos sus detalles, fusionando armonía y singularidad, se elevaba hacia el cielo, y ningún salón de columnas reposaba en plácida seguridad contra la azul transparencia del firmamento. Se daban asociaciones sencillas; todavía no había personalidades de individualidad y subjetividad geniales como representantes del pueblo; era una vida primitiva, comunista. Hubo –y hay– largos siglos y a menudo milenios de

⁴⁰ (1825-1864) Abogado y político socialista de origen judío alemán, nacido en Breslau (actualmente en territorio polaco), impulsor del socialismo de Estado y fundador de la Asociación General de Trabajadores Alemanes [*Allgemeiner Deutscher Arbeiterverein*] que luego de su muerte se uniría con el Partido Obrero Socialdemócrata de Alemania [*Sozialdemokratische Arbeiterpartei Deutschlands*] para dar origen al Partido Socialista de los Trabajadores Alemanes [*Sozialistische Arbeiterpartei Deutschlands*], luego Partido Socialdemócrata de Alemania [*Sozialdemokratische Partei Deutschlands*]. [N. de E.]

relativo estancamiento. Estancamiento –atención, contemporáneos instruidos y liberales– es para aquellos tiempos, para esos pueblos que viven casi junto a nosotros, un signo de su cultura; el progreso, lo que ustedes llaman progreso, ese incesante ajeteo, ese rápido cansancio y esa neurasténica, asmática persecución de lo nuevo en cuanto nuevo; el progreso y las absurdas ideas vinculadas a él de los practicantes profesionales del desarrollo, y la costumbre maníaca de decir adiós a las cosas justo cuando apenas acaban de llegar; el progreso, ese incesante desasosiego y precipitación, esa impotencia para detenerse y esa fiebre de viajes, ese llamado progreso es un síntoma de nuestras condiciones anormales, de nuestra incultura; y necesitamos algo muy distinto a esos síntomas de nuestra depravación para salir de nuestra depravación; hubo y hay, digo, periodos y pueblos de vida floreciente, periodos de tradición, de epopeya, de agricultura y de artesanado rural, sin mucho arte sobresaliente, sin mucha ciencia escrita. Periodos menos brillantes, que erigen menos monumentos, menos tumbas que aquellas épocas de grandeza que son tan soberbias porque llevan consigo a sus propios herederos y consumen su maravillosa juventud con ellos: un periodo de vida más bien larga y holgada, que casi podríamos calificar de comfortable. No existe todavía el espíritu consciente de sí mismo, con su mágico poder conquistador, dispuesto a separarse y a extenderse por el mundo como un ilustre mensaje y a someter las almas a su conjuro. También hubo esos tiempos, también hay esos pueblos; y tales tiempos volverán.

En tales periodos el espíritu parece escondido; se lo reconoce, cuando se lo observa escrutadoramente, casi sólo en sus manifestaciones: por las formas de la vida social, por las instituciones económicas de la comunidad.

A esos primeros y primitivos comienzos, a los estadios preliminares de esos periodos han regresado siempre los seres humanos cuando se han salvado de los tiempos anteriores de declive, de falta de espíritu, de tiranía, de explotación y de violencia estatal, a menudo con ayuda de pueblos que se movieron lentamente sobre la tierra en ese estado de quietud fecunda hacia nuevos lugares, y desde las tinieblas de lo desconocido, de la lejanía irrumpieron en ellos, insuflando novedad y salud. Así los griegos y los romanos del periodo último del Imperio se sumergieron en ese baño de juventud y se volvieron niños, otra vez primitivos y maduros para el nuevo

espíritu que llegó al mismo tiempo de oriente sobre sus vidas. Para el que siente empatía por la humanidad, por su eterno ocaso y su eterna renovación, apenas hay algo más conmovedor y al mismo tiempo más penoso para el alma y que eleve a una confianza casi infantilmente piadosa, que las obras del arte prebizantino, que igualmente podría llamarse griego tardío. ¿Por qué descomposición y por qué enorme reconstrucción, por qué horror y por qué necesidad espiritual han atravesado las generaciones, hasta llegar desde el elegante formalismo y el frío mortal del virtuosismo hasta esa cordialidad casi espantosa, hasta esa sencillez infantil, hasta esa imposibilidad de ver exactamente todo lo corporal? El virtuosismo del ojo y de la mano se habría seguido heredando de generación en generación en el arte y en la artesanía si el alma no la hubiera escupido como inmundicia y amarga hiel. ¡Qué esperanzas, qué hondos consuelos hay en tal panorama penosamente reconfortante para nosotros, para todos los que podemos aprender de eso, al saber que ningún progreso, ninguna técnica, ningún virtuosismo nos traerán salvación y bendición! Sólo del espíritu, sólo de la profundidad de nuestra exigencia y de nuestra riqueza interiores surgirá el gran cambio que llamamos hoy socialismo.

Pero para nosotros no hay nada tan lejano, tan desconocido, no hay ninguna sorpresa repentina surgiendo de la oscuridad en parte alguna del mundo. Ninguna analogía con el pasado puede alcanzarnos ya por completo: nos es conocida la superficie de la tierra, ponemos la mano sobre ella y nuestra mirada recorre todos sus contornos. Pueblos que hace sólo decenios estaban separados de nosotros como por milenios –japoneses, chinos– se esfuerzan celosamente en cambiar su quietud por nuestro progreso, su cultura por nuestra civilización. En otros pueblos más pequeños hemos extirpado ese periodo o lo hemos depravado mediante el cristianismo y el alcohol. De nosotros mismos debe venir esta vez la renovación, aunque cabe todavía creer que pueblos de nueva mezcla como los americanos, pueblos de vieja ascendencia como los rusos, los hindúes, y tal vez también los chinos, nos ayudarán del modo más fecundo.

Los seres humanos que se elevaron de nuevo de un determinado estado de depravación y se refugiaron en los tiempos fabulosos y épicos de una cultura otra vez iniciada, del comunismo, no recibieron tal vez durante mucho tiempo las señales del nuevo espíritu en figura visible, tangible, expresable. No disfrutaron del

esplendor de una ilusión poderosa que los mantuviera bajo su hechizo. Pero dejaron atrás la superstición, el resto miserable, irreconocible ya, de sus tiempos anteriores de grandeza; no deseaban más que la felicidad terrenal; y así comenzó su vida de nuevo con el espíritu de la justicia, que llenó sus instituciones, su vida colectiva, su trabajo y su distribución de los bienes. El espíritu de la justicia, una actividad terrenal y una creación de uniones voluntarias, antes aún de las ilusiones celestes, que iluminó después la actividad terrestre en comunidad y luego la suscitó naturalmente.

¿Me refiero con estas palabras a los bárbaros de milenios pasados? ¿Hablo de los precursores de los árabes, de los iroqueses, de los groenlandeses?

No lo sé. No sabemos nada tampoco de las transformaciones y del desarrollo de esos llamados pueblos bárbaros de tiempos anteriores y de nuestros tiempos. Apenas tenemos de ellos ni tradiciones ni verdaderos puntos de referencia. Sólo sabemos que las llamadas condiciones primitivas de los supuestos bárbaros o salvajes no son iniciales en el sentido de que habría comenzado la humanidad con ellas, como sostienen muchos profesionales provistos de una instrucción que va más allá de su capacidad de pensar. No sabemos nada de un comienzo semejante; también las culturas de los bárbaros vienen de alguna parte, proceden de la hondura de lo humano; tal vez de una barbarie efectiva, semejante a aquella de la que queremos salir.

Pues yo me refiero a nuestros propios pueblos; hablo de nosotros mismos.

Somos el pueblo de la decadencia, cuyos pioneros y precursores están cansados de la estúpida violencia, del vergonzoso aislamiento y abandono del individuo. Somos el pueblo del deslizamiento hacia abajo, hacia allí donde no hay ya ningún espíritu unificador, sino sólo un resto desfigurado, el absurdo de la superstición, y su común sucedáneo, la coacción de la fuerza externa, del Estado. Somos el pueblo de la decadencia y por lo tanto de la transición, cuyos precursores no ven ningún sentido que señale por encima de esta vida terrestre, que no ven ante sí ninguna ilusión celeste en que poder creer y a la cual proclamar sagrada. Somos el pueblo que puede marchar hacia adelante de nuevo sólo a través de un espíritu único: el espíritu de la justicia en los asuntos terrenales de la vida comunal. Somos el pueblo que sólo puede ser salvado y sólo puede ser llevado a la cultura por el socialismo.

III

Así pues, nuestro tiempo se sitúa en medio de dos eras. ¿Cómo se nos presenta?

No existe un espíritu unificador –sí, sí; la palabra espíritu aparece muy a menudo aquí, tal vez porque los seres humanos de nuestro tiempo, y en especial los denominados socialistas, mencionan tan poco al espíritu como poco actúan conforme a él. No hacen espíritu y no hacen nada real y nada práctico; ¿y cómo podrían crear algo real si no piensan realmente?–; no existe un espíritu unificador, repito, que impulse a los seres humanos desde su interior a la colaboración en los asuntos de la comunidad, de la prudencia y la distribución de los bienes necesarios. No existe un espíritu que planee como el canto de la alondra por los aires o como una canción lejana, impetuosa, de invisibles coros, que se extienda sobre todo trabajo y sobre todo movimiento eficiente, el espíritu del arte, de la transfiguración de la actividad terrena. No existe un espíritu que llene con necesidad y libertad los objetos del consumo, los impulsos naturales, las satisfacciones, las fiestas. No existe un espíritu que ponga toda la vida en relación con la eternidad, que santifique nuestros sentidos, que haga celeste todo lo corporal, que convierta en alegría todo cambio y toda andanza en impulso, en salto, en vuelo.

¿Qué es lo que tenemos? Dios, que ha creado el mundo, y que tiene un hijo que redime ese mundo del pecado... Basta, basta de esos restos incomprendidos de un simbolismo que una vez tuvo sentido, restos que ahora son tomados literalmente y deben ser creídos a pies juntillas y al pie de la letra y con todas esas historias maravillosas, de modo que las llamadas almas o también los cuerpos puedan ser absolutamente felices después de haberse podrido. Basta. Ese espíritu es una monstruosidad; no tiene relación con la verdad ni con la vida. Si algo hay comprobablemente falso, son todas esas imaginaciones.

Y nuestras gentes instruidas lo saben. Si el pueblo, una gran parte del pueblo, ha caído en el espíritu de lo falso, de lo inexacto y de lo viciado, ¡cuántas de nuestras gentes instruidas se esconden tras el espíritu de la mentira y de la cobardía!

¡Y cuántos muchos otros, una vez más, en el pueblo y entre las gentes cultas, no se cuidan de ninguna clase de espíritu y

opinan que no hay nada más superfluo que preocuparse de tales cosas!

En la escuela los niños son educados con doctrinas que no son verdaderas, y los padres son forzados a dejar retroceder el pensamiento de sus hijos en dirección a lo falso. Un terrible abismo se abre entre los hijos de los pobres, mantenidos por la fuerza en la vieja religión, y los hijos de los ricos, a quienes se infunde por el camino toda suerte de semi-ilustración y de atenuada duda. Los hijos de los pobres deben ser torpes, obedientes, temerosos; los hijos de los ricos se vuelven incompletos y frívolos.

¿Cómo se trabaja en nuestro tiempo? ¿Por qué se trabaja?

¿Qué es, por lo demás, el trabajo?

Sólo pocas especies animales conocen lo que nosotros llamamos trabajo: abejas, hormigas, termitas y humanos. El zorro en su guarida y en la caza, el pájaro en su nido y en la búsqueda de insectos y de granos, todos deben esforzarse para vivir, pero no trabajan. Trabajo es técnica; técnica es espíritu común y previsión. No hay ningún trabajo donde no haya espíritu y previsión y donde no haya comunidad.

¿Cómo es el espíritu que determina nuestro trabajo? ¿Cómo funciona la previsión? ¿Cómo es la naturaleza de la comunidad que regula nuestro trabajo? Así son y ésta es su naturaleza: la tierra, y con ella la posibilidad de una habitabilidad, del taller, de la actividad; la tierra, y con ella las materias primas; la tierra, y con ella los medios de trabajo heredados del pasado, está en posesión de unos pocos. Esos pocos tienden al poder económico y personal en forma de propiedad de la tierra, riqueza monetaria y dominación sobre los seres humanos.

Hacen producir cosas que creen, según el estado de la eventual situación material, que el mercado puede recibir con ayuda de un gran ejército de agentes, viajantes de comercio (dicho claramente: charlatanes persuasivos), grandes y pequeños comerciantes, publicidad en los periódicos, carteles, fuegos de artificio y otros seductores envoltorios.

Pero aun cuando ellos saben que el mercado no puede digerir sus productos más que difícilmente, o al menos no al precio deseado, continúan bombardeando siempre con ellos: porque sus plantas de producción y sus empresas no se orientan según las necesidades de una clase humana orgánica, solidaria, de una

comunidad o de una asociación mayor de consumidores o de un pueblo, sino que responden sólo a las exigencias de su fábrica, a los millares de obreros atados como Ixión⁴¹ a la rueda, y no pueden hacer otra cosa que ejecutar en esas máquinas pequeñas labores parciales.

Es indiferente que fabriquen cañones para el exterminio de seres humanos, o medias con polvo tejido, o mostaza de harina de guisantes. Es igual que sus artículos sean utilizados o no, que sean útiles o absurdos, hermosos o feos, finos o vulgares, sólidos o frágiles; todo eso da igual, siempre que sean comprados, siempre que aporten dinero.

La gran masa de los seres humanos está separada de la tierra y de sus productos, de la tierra y de sus medios de trabajo. Viven en la pobreza o en la inseguridad; no hay ninguna alegría y ningún sentido en su vida; trabajan en cosas que no tienen ninguna relación con su vida; trabajan de un modo que les priva de alegría y los vuelve torpes. Muchos, masas enteras, con frecuencia no tienen ni techo sobre su cabeza, pasan frío, hambre y acaban muriendo.

Como se alimentan y se calientan de manera insuficiente, se vuelven tuberculosos o enferman de algún otro modo y mueren antes de tiempo. Y aquellos a quienes dejan sanos las presiones domésticas y la miseria, el aire viciado y el amontonamiento infecto, enferman a menudo por el exceso de trabajo, por el polvo corrosivo, por sustancias venenosas o por la polución de la fábrica.

Su vida no tiene vínculos con la naturaleza, o los tiene de forma muy reducida; no saben qué es la pasión, qué es la alegría, qué es la seriedad o la interioridad, qué es el estremecimiento y qué es lo trágico; no experimentan nada de eso; no pueden reír ni pueden ser niños; se soportan y no saben lo insoportables que son; viven, también moralmente, en la suciedad y en el aire corrompido, en una humareda de palabras feas y de diversiones repulsivas.

El lugar en que se reúnen y cultivan esa especie de comunidad no es la plaza libre del mercado, bajo el cielo, ni el elevado espacio con cúpula que simbolizaba la estrecha asociación bajo la libertad y la infinitud del cielo, ni es una sala comunal, ni unos pabellones gremiales o una casa de baños: su lugar común es la taberna.

⁴¹ De la mitología griega. Condenado por Zeus a permanecer amarrado con serpientes a una rueda ardiente que gira sin cesar. [N. de E.]

Allí se entregan a la bebida y con frecuencia no pueden continuar viviendo sin emborracharse. Se emborrachan porque nada les es tan esencialmente extraño como la embriaguez.

Es necesario y está predeterminado que muchos quieran trabajar y no puedan, que muchos que tengan la capacidad de trabajar no tengan la voluntad de hacerlo; que muchos embriones hayan muerto en el cuerpo materno y muchos niños después del nacimiento, que muchos pasen largos años de su vida en el presidio o en la casa de beneficencia.

Hubo que edificar prisiones y presidios, ha sido necesario levantar cadalsos. La propiedad y la vida, la salud, el cuerpo sano y la libertad de la elección sexual están amenazados siempre por miserables y depravados. No ya por rebeldes y malevos, pues ahora hay menos bandidos atrevidos que antes; sino por incontables ladrones, asaltadores de casas y estafadores, y homicidas ocasionales a los que se llama asesinos.

Los sacerdotes y los burgueses, domados por las costumbres, han conseguido que se hable de esos pobres como de animales, que por nuestra perversa inocencia son inocentemente culpables; se les llama ganado, puercos, cabritos y bestias. Ustedes, seres humanos, véanlos tal como son de niños y observen sus rasgos cuando yacen en la morgue, y luego profundicen en ustedes mismos. ¡Ahórrense esfuerzos, demasiado tiempo se han esforzado y demasiado hemos conservado nuestras ropas, nuestra piel y nuestro corazón delicado hasta la infamia! Vean a los pobres, a los miserables, a los caídos, a los delincuentes y a las prostitutas, obsérvenlos, buenos ciudadanos, jóvenes educados y mantenidos, muchachas púdicas y damas honorables; miren hacia allá y observen que la inocencia de ustedes es su propia culpa, que la culpa de ellos es la vida de ustedes.

Su culpa es la vida de los acomodados; sólo que tampoco estos son inocentes ni agradables de ver. La necesidad y la falta de espíritu engendran la fealdad, la privación y el hastío; el bienestar y la falta de espíritu van a la par del hastío, del vacío y de la mentira.

Y hay un punto, hay un lugar donde se encuentran ambos, el pobre y el mísero rico: confluyen en la miseria sexual. Las más pobres son las jóvenes que no tienen para vender más que su cuerpo. Los más míseros son los hombres jóvenes que

deambulan por las calles y no saben de dónde les viene el sexo y qué es lo que deben hacer con él. Ni la plaza del mercado, ni el alto espacio cupular, ni el templo ni la casa comunal son en nuestro tiempo el lugar de la comunidad para todos. Pero donde habitan el poder y el dinero, donde el espíritu podría estar en su casa, el placer ha desaparecido hasta el punto de que hay seres humanos que quieren comprarlo y seres que tienen que vender su repugnante sucedáneo. Allí donde el placer se ha convertido en una mercancía, no hay ya diferencia entre el alma de los superiores y la de los inferiores; y la casa de prostitución es la casa representativa de nuestro tiempo.

Para crear orden y la posibilidad de seguir viviendo en esa ausencia de espíritu, en ese absurdo, en esa confusión, en esa penuria y en esa perversión, está el Estado. El Estado con sus escuelas, sus iglesias, juzgados, presidios, casas de beneficencia; el Estado con sus gendarmes y su policía; el Estado con sus soldados, empleados y prostitutas.

Donde no hay espíritu y disciplina interna, intervienen la violencia externa, la reglamentación y el Estado.

Donde hay espíritu, hay sociedad. Donde no hay espíritu se impone el Estado. El Estado es la sustitución del espíritu.

Eso es así también en otro sentido.

Pues debe haber allí algo que parezca y obre como el espíritu. Los seres humanos vivientes no pueden vivir un momento sin espíritu; los materialistas pueden ser, por lo demás, gentes rectas, pero no comprenden casi nada de lo que constituye el mundo y la vida. ¿Qué suerte de espíritu nos permite estar vivos? El espíritu que regula nuestro trabajo se llama arriba dinero, abajo penuria, lo hemos visto. El espíritu que nos eleva sobre el cuerpo y la individualidad se llama abajo superstición, prostitución y alcohol; arriba, alcohol, prostitución y lujo. Y así existe una diversidad de espíritus. Y el espíritu que conduce a los individuos a la comunidad, al pueblo, se llama hoy día nación. La nación, como coacción natural de la comunidad nativa, es un espíritu arcaicamente hermoso e inextirpable. La nación, en su amalgama de Estado y de violencia, es una brutalidad artificiosa y una estupidez malvada; pero se ha convertido en un sustituto del espíritu, un sustituto que se ha vuelto indispensable para los seres humanos que viven hoy: como veneno habitual y medio de embriaguez: una bebida espirituosa.

Los Estados con sus fronteras, las naciones con sus contradicciones, son sucedáneos del espíritu de la comunidad y del pueblo, que no existe. La idea de Estado es un espíritu artificiosamente elaborado, un falso delirio, objetivos que no tienen nada que ver unos con otros, que no tocan tierra, como los hermosos intereses del idioma y de las costumbres comunes, y que apareja entre sí y con un determinado territorio los intereses de la vida económica (y hemos visto ya la clase de vida económica que se da hoy). El Estado, con su policía y todas sus leyes e instituciones reguladoras de la propiedad, existe por la voluntad de los seres humanos como miserable suplantación del espíritu y de las uniones para objetivos determinados; y los seres humanos deben existir, por añadidura, para el Estado, que simula ser algo así como una estructura ideal y un fin en sí mismo, es decir, de nuevo un espíritu. Espíritu es algo que mora de la misma manera en los corazones y en los cuerpos dotados de alma de los individuos; algo que, conforme a una necesidad natural, como una cualidad unificadora, brota de todos y lleva a todos a la unión. El Estado no mora nunca dentro de los individuos; no se ha convertido nunca en cualidad individual, no ha sido nunca algo voluntario. Pone el centralismo de la obediencia y la disciplina en lugar del centro que rige el mundo del espíritu; este centro es el latido del corazón y el pensamiento libre y propio dentro del cuerpo viviente de la persona. En otros tiempos hubo comunidades, asociaciones tribales, gremios, hermandades, corporaciones, sociedades, y todas se estratificaban formando una sociedad. Hoy en día existen la coacción, la letra de la ley, el Estado.

Y ese Estado, que por lo demás no es nada, y que, para ocultar esa nada, se viste engañosamente con el manto de la nacionalidad, y esa nacionalidad, que es una cosa delicada, espiritual entre los seres humanos, mistificadamente ligada a una comunidad de tierra, que no tiene nada de común y que no existe; ese Estado, pues, quiere ser un espíritu y un ideal, un más allá, un algo incomprendible, por el cual han de matarse entre sí millones de individuos de manera entusiasta y embriagados de muerte. Esa es la forma más extrema, la suprema forma de la falta de espíritu, que se ha instaurado, porque el verdadero espíritu de la asociación ha desaparecido y ha sucumbido; y digámoslo nuevamente: si los seres humanos no tuviesen esa horrible superstición en lugar

de la verdad viviente de la unión natural del espíritu, no podrían vivir, pues se ahogarían en la vergüenza y la infamia de esa caricatura de vida y de esa desunión, se convertirían en polvo como barro desecado.

Así es nuestro tiempo. Allí está, en medio de otros tiempos. ¿Los que escuchan mis palabras, y oyen con los oídos y con toda su humanidad, sienten que yo apenas podía hablar mientras hacía esa descripción?

¿Que hablé de esas cosas terribles realmente forzado, porque es asunto vuestro y algo de vuestro interés, y que he convocado en vuestra conciencia lo que yo no necesito hacer consciente en mí ya, porque todo esa ignominia del ambiente hace mucho que se ha convertido en un trozo de mis fundamentos, de mi vida, de mi actitud corporal y hasta de mis gestos? ¿Que estaba como contraído y casi sucumbía bajo una presión extraordinariamente poderosa, que se me cortaba la respiración y el corazón me latía con violencia?

Ustedes, todos los hombres que sufren bajo ese horror: permitan que penetre hasta el fondo de su ser, no sólo la voz que pronuncio y el tono de mis palabras. Perciban antes mi silencio y mi falta de tono, mi sofocación y mi miedo. Vean mis puños apretados, mis gestos descompuestos y la clara firmeza de toda mi actitud. Perciban sobre todo la insuficiencia de esta descripción y mi incapacidad de expresarme, pues quiero que me oigan seres humanos, que estén a mi lado seres humanos, que vayan conmigo seres humanos que ya no puedan aguantar más, como yo.

IV

El socialismo es la tendencia de la voluntad de seres humanos unidos para crear algo nuevo en pro de un ideal.

Ya hemos visto por qué ha de crearse lo nuevo. Hemos visto lo viejo; hemos puesto lo existente ante nuestra mirada horrorizada. Ahora no diré, como alguien podría esperar, cómo habría de crearse en su totalidad lo nuevo a que aspiramos; no doy una descripción de un ideal, no doy la descripción de una utopía. Lo que hay que decir sobre ello ahora lo he dejado ver y lo he llamado justicia. Se ha trazado un cuadro de nuestras condiciones, de nuestros seres humanos; ¿alguien cree que basta con predicar razón o decencia o amor, para que estos tengan lugar?

El socialismo es un movimiento cultural, es una lucha por la belleza, por la grandeza, por la plenitud de los pueblos. Nadie puede entenderlo, nadie puede guiarlo, a no ser alguien que comprenda que el socialismo viene desde hace centurias y milenios. El que no conciba el socialismo como un amplio camino de una larga y difícil historia, no sabe nada de él; y eso quiere decir –oiremos más sobre ello– que ningún político ordinario puede ser socialista. El socialista abarca el conjunto de la sociedad y del pasado; siente y sabe de dónde venimos y determina en consecuencia a dónde vamos.

Esa es la característica del socialista, en contraposición con el político: que va al conjunto; que abarca nuestras condiciones en su totalidad, en su transformación; que piensa lo general. Se sigue de ello que rechaza la totalidad de nuestras formas de vida, que no tienen en mente otro objetivo a realizar que el todo, lo general, lo fundamental.

No sólo lo que rechaza, no sólo lo que se propone alcanzar constituye para el socialista algo general y muy amplio; sus medios tampoco pueden aferrarse al individuo; los caminos por los que avanza no son caminos laterales, sino principales.

El socialista, pues, debe ser en el pensamiento, en el sentimiento y en la voluntad alguien que ve el todo, alguien que reúne lo múltiple.

Ya predomine en él el gran amor o la fantasía o la simple contemplación o el asco o la agresividad salvaje o el estricto

pensamiento racional o cualquiera que sea su motivación; ya sea un pensador, un poeta, un combatiente o un profeta: el verdadero socialista tendrá algo del género vital de lo universal dentro de sí; pero nunca podrá ser un profesor (se habla aquí de su esencia, no de su profesión diaria), un abogado, un contable, una persona obsesionada por los detalles, un aprendiz de todo y maestro de nada, un adocenado.

Este es el lugar donde hay que decir (porque ya se ha acabado de decir) que los que se llaman actualmente socialistas no son socialistas; lo que entre nosotros se califica como socialismo, no es en absoluto socialismo. También aquí, en este llamado movimiento socialista, como en todas las organizaciones e instituciones de estos tiempos, tenemos, en lugar del espíritu, un sustituto mísero y vulgar. Pero aquí el artículo equivalente falsificado es particularmente malo, se distingue por algo especial, singularmente ridículo para aquellos que están al tanto de ello, pero singularmente peligroso para los engañados. Ese sustituto es una caricatura, una imitación, una desfiguración del espíritu. Espíritu es comprensión del todo en lo general viviente, espíritu es asociación de lo separado, de las cosas, de los conceptos y de los seres humanos; espíritu es –en épocas de transición– entusiasmo, fuego, valentía, lucha; espíritu es acción y construcción. Lo que a día de hoy finge ser socialismo también quiere abarcar una totalidad, y quisiera subsumir las particularidades en categorías generales. Pero como no habita en él ningún espíritu viviente, como lo que él contempla no cobra vida alguna y como para él lo general no se convierte en algo creativo, como carece de intuición y de impulso, su universal no se convertirá en sabiduría verdadera alguna ni en voluntad auténtica. En lugar del espíritu nos presenta una superstición científica en extremo particular y cómica. No hay que maravillarse de que esa curiosa doctrina sea un travestismo del espíritu, y ya por su origen un travestismo del espíritu verdadero, es decir, de la filosofía de Hegel. El que ha manipulado esa droga en su laboratorio se llama Karl Marx. Karl Marx, el profesor. Superstición científica en lugar de conocimiento espiritual; política y partido en lugar de voluntad es lo que nos ha traído él. Pero como, según hemos visto, su ciencia está en contradicción con su política y con cualquier actividad del partido, está además en contradicción,

cada día de manera más notoria, con la realidad; dado que un universal imitado e ilegítimo desde sus fundamentos como esa ciencia no puede sostenerse nunca a la larga contra las realidades físicas, sensoriales y corporales cotidianas de los fenómenos particulares, se ha desarrollado en la socialdemocracia desde el comienzo, y no sólo desde que existe el llamado revisionismo, la rebelión de los luchadores políticos sin espíritu, de los obsesionados por el detalle y de los aprendices de todo y maestros de nada contra el travestismo de la ciencia. Pero aquí se mostrará que hay algo más y que ni unos ni otros son socialistas. Aquí se mostrará que el marxismo no es socialismo y el ropaje zurcido de los revisionistas tampoco. Aquí se mostrará lo que es y lo que no es el socialismo. Veamos.

El marxismo

Entre los dos elementos integrantes del marxismo –la ciencia y el partido político–, Karl Marx ha tendido un puente artificial, de modo que luego se tuvo la apariencia de que había llegado algo nuevo al mundo que antes no se había visto, es decir, la política científica y el partido sobre base científica, el partido con un programa científico. Esto era algo realmente nuevo y además algo particularmente moderno y adecuado al espíritu de los tiempos, y por otra parte adulaba a los trabajadores diciéndoles que ellos representaban la ciencia, la ciencia novísima; si quieres conquistar las masas, adúlalas; si quieres que se tornen incapaces para el pensamiento y la acción serios, si quieres hacer de sus representantes figuras primitivas de presunción vacía, que se pavonean con palabras medio comprendidas o no comprendidas en modo alguno, persuádelos de que son representantes de un partido científico; si quieres llenarlas con la malignidad de la tontería, edúcalas en las escuelas del partido. El partido científico, pues; esa ha sido la exigencia de las personas más avanzadas de todos los tiempos. Los que hasta ahora habían hecho política, por instinto o genialidad, eran simples diletantes, que participaban en política como quien camina, piensa, escribe poesía o se pinta, para lo cual, sin embargo, se requieren junto a la naturaleza y al talento, muchos conocimientos, mucho

aprendizaje, mucha técnica, pero ninguna ciencia. Y aquellos representantes de esa política que es una especie de ciencia han sido gentes humildes, desde Platón, pasando por Maquiavelo, hasta el autor del magnífico *Manual del demagogo*⁴², que en verdad habían ordenado y reunido con gran arte y fuerte visión simplificadora y unificadora los acontecimientos e instituciones particulares, pero a quienes no se les había ocurrido cultivar la acción y el obrar científicamente. Lo que la ciencia artística sería, si se llegase a imaginar que es el fundamento programático para la creación de los artistas, eso es el marxismo para los socialistas científicos.

En verdad el delirio científico del marxismo casa muy mal con la práctica política del partido; casa sólo para hombres como Marx y Engels, o como Kautsky⁴³, que reúnen en la misma persona al profesor y al que tira de los hilos. Sin duda alguna se puede querer, en puridad y con exactitud, sólo cuando se sabe lo que se quiere; pero eso –aparte de que tal conocimiento es algo distinto de la llamada ciencia– se acomoda malamente con la afirmación, por un lado, de que se sabe con exactitud cómo tienen que producirse necesaria e ineludiblemente las cosas en base a las llamadas leyes históricas de la evolución, que tendrían la fuerza de leyes naturales, sin que en esa predeterminación puedan modificar en lo más mínimo la voluntad o la acción de los seres humanos; y, por otro lado, con la afirmación de que es un partido político que no puede hacer otra cosa que querer, estimular, influenciar, hacer, transformar cuestiones particulares. El puente entre esas dos incompatibilidades es la presunción más descabellada que se haya visto en la historia humana; todo lo que los marxistas hacen o piden hacer (pues ellos no hacen, sino que piden hacer) es, precisamente en ese momento, un eslabón necesario de la evolución, algo determinado por la providencia, y sólo la exteriorización de la ley natural; todo lo que hacen los demás es inútil contención de lo que ha de venir por necesidad: las tendencias de la historia descubiertas y garantizadas por Karl Marx. O dicho de otra manera: los marxistas son,

en lo que respecta a lo que quieren, los órganos ejecutores de la ley de la evolución; son los descubridores y al mismo tiempo los vehículos de esa ley, algo así como la unión del poder legislativo y el poder ejecutivo del gobierno de la naturaleza y de la sociedad en una sola persona: los otros contribuyen ciertamente a la realización de esa ley, pero contra su voluntad; los pobres quieren siempre lo erróneo, pero tienen que ayudar con todos sus impulsos y su acción a la necesidad establecida por la ciencia del marxismo. Toda la presunción, todo el empecinamiento obsesivo, toda la intolerancia y la necia injusticia y la maligna naturaleza que se manifiestan continuamente en el corazón científico y partidista de los marxistas, procede de su amalgama singularmente absurda de teoría y de práctica, de ciencia y de partido. El marxismo es el profesor que quiere mandar; es pues el hijo legítimo de Karl Marx. El marxismo es una criatura que se parece al padre; y los marxistas se parecen a su doctrina. Salvo que la agudeza de espíritu, el conocimiento profundo y la capacidad combinatoria y de asociación tan dignas de fama del auténtico profesor Marx han sido suplantados muy a menudo por la erudición panfletaria, por la sabiduría de las escuelas del partido y por la repetitividad plebeya. Karl Marx se dirigió al menos a los hechos de la vida económica, al material documental de las fuentes y –muy a menudo incluso con bastante descaro– a las declaraciones de los grandes intuitivos; sus sucesores se contentan comúnmente con compendios y manuales confeccionados con la aprobación del rector de la Universidad de Berlín. Y como nosotros no tenemos por qué contribuir aquí a la adulación insensata y vil del proletariado; como el socialismo quiere suprimir al proletariado y, por consiguiente no necesita considerarlo una institución singularmente benéfica para el espíritu y el corazón de todos los afectados (para las naturalezas grandes y agraciadas traerá ciertamente consigo, como toda penuria y todo obstáculo, un cargamento de beneficios; y queda siempre la esperanza de que la privación y el vacío interior, que son una especie de disposición y de posibilidad de realización, de recarga de energía, conducirán a masas enteras, llegado el gran momento, al levantamiento unitario, a la genialidad de la acción), por eso debemos decirlo aquí una vez más: sobre el proletariado, como sobre cualquier pueblo, podrá caer el milagro, es decir el

⁴² *Manuel du démagogue* (1884), libro del periodista y ensayista francés Raoul Frary (1842-1892). [N. del R.]

⁴³ Karl Kautsky (1854-1938), teórico marxista y político socialdemócrata checo-alemán. [N. del R.]

espíritu, pero con el marxismo no le ha llegado ningún milagro de pentecostés ni ningún don de lenguas, sino la confusión de Babilonia y la flatulencia; y el profesor proletario, el abogado proletario y el jefe de partido son la verdadera caricatura de la caricatura llamada marxismo, la especie de socialismo que se tiene por científico.

¿Qué nos enseña esa ciencia del marxismo? ¿Qué afirma? Afirma que conoce el futuro; presume de tener una comprensión tan profunda de las leyes eternas de la evolución y de los factores condicionantes de la historia humana, que sabe lo que va a suceder y cómo marchará en lo sucesivo la historia, lo que surgirá de nuestras condiciones y de nuestras formas de producción y de organización.

Nunca se han malentendido de manera más ridícula el valor y el significado de la ciencia; nunca se han burlado tan vilmente de la humanidad, y sobre todo, de la humanidad desheredada, espiritualmente oprimida y atrasada, con una imagen distorsionada por un espejo deformador de esa naturaleza.

Aquí no se está hablando todavía del contenido de esa ciencia, de la supuesta marcha de la humanidad que los marxistas quieren haber descubierto; aquí se trata solamente de desenmascarar, escarnecer y rechazar la arrogancia desmedidamente torpe según la cual hay una ciencia que puede adivinar, calcular y determinar el futuro con seguridad a partir de los datos de las noticias del pasado y a partir de los hechos de las condiciones del presente.

He intentado aquí también indicar de dónde venimos, según lo que yo creo, y podría decir tranquilamente: según lo que yo sé –pues no temo, sino que incluso espero ser malentendido por los asnos–, y a dónde vamos, según mi más profunda convicción y conocimiento, a dónde tenemos que ir, y a dónde tenemos que querer ir. Pero esta necesidad no se nos ha impuesto ciertamente en forma de ley natural, sino de una obligación moral. Pues si digo saber algo, ¿lo sé en el sentido en el que en matemáticas se calcula un tamaño conocido a partir de uno desconocido? ¿O en el que se puede resolver un problema de geometría? ¿Lo sé de la manera en que se sabe que la ley de gravitación, la ley de la oscilación del péndulo, la ley de la conservación de la energía son válidas en todas partes? ¿O que se puede calcular el movimiento de un cuerpo que cae o es arrojado, si me son conocidas

las circunstancias pertinentes para la fórmula? ¿De la forma en que sé que H₂O es agua? ¿O como calculamos los movimientos de muchas estrellas y podemos predecir los eclipses del Sol y de la Luna? ¡No! Todos esos son acciones y resultados científicos. Son leyes naturales porque son leyes de nuestro espíritu. Pero hay también una ley natural, una ley de nuestro espíritu, una ley que forma parte de la gran ley de la conservación de la energía, que dice: lo que haremos de nuestro cuerpo y de nuestra vida, lo que será continuación de lo existente hasta ahora, el camino que tenemos por delante, la descarga de la comprensión, la activación de la disposición –todo eso que llamamos porvenir–, no puede sernos dado en la forma de ciencia, es decir, de hechos acabados y susceptibles de ser ordenados, sino sólo en la forma del sentimiento que acompaña a la disposición, en la forma de la presión interior y del deseo adecuados exactamente a la situación de equilibrio externo; y eso implica voluntad, deber moral, presentimiento que llegue incluso a profecía, visión y creación artística. La encrucijada en que nos encontramos no es comparable a un problema de cálculo o a un informe objetivo o a una ley de evolución; eso sería un escarnio a la ley de la conservación de la energía; el camino se puede comparar a una osadía. Saber es haber vivido, poseer lo que ha sido; la vida es vivir, crear y sufrir lo venidero.

Con eso no sólo se dice que no hay ciencia alguna sobre el futuro; se afirma también que sólo hay conocimiento vivo del pasado que aún vive, pero no una ciencia muerta de algo muerto y yacente. Los marxistas y también los moralistas de la evolución, los políticos de la evolución, tanto los que cumpulgan con la teoría de la evolución por catástrofes y transmutaciones repentinas, como los marxistas predarwinistas, o los que quieren establecer un progreso que avance con regularidad mediante la acumulación gradual y lenta de pequeños cambios, según los revisionistas darwinianos; estos y todos los representantes de la ciencia de la evolución, si son incapaces de renunciar al dominio de la ciencia, deberían investigar de manera verdaderamente científica el significado real que tienen esas magníficas palabras, relacionadas hasta el punto de formar una familia propia, y cuál es la verdad natural y espiritual que se expresa en ellas, en estas palabras: *sé, puedo, debo, me*

está permitido, quiero, debo, debería. Se volverían de inmediato científicamente más modestos, humanamente más agradables y más resueltos a la hora de actuar.

La historia, pues, y la economía política no son ciencias; las fuerzas que actúan en la historia no pueden ser formuladas científicamente; cualquier juicio sobre ellas será siempre una apreciación, que se podrá denominar con un nombre más elevado o más bajo, dependiendo de la naturaleza humana que contenga o que emita –profecía o palabrería profesoral–; será siempre una valoración que depende de nuestra naturaleza, de nuestro carácter, de nuestra vida, de nuestros intereses; y además los hechos a tener en cuenta para la aplicación de esos principios, aun cuando las fuerzas nos fuesen conocidas con toda seguridad, y debido a que se nos presentan informes, vacilantes, indefinidos y cambiantes, nos son indescriptiblemente mal conocidos. ¿Qué hechos externos se nos han dado para ser tratados científicamente de todo el pasado infinito de los seres humanos y del mundo? Muchos ciertamente, mucho ha sido lo que se ha cargado y descargado en los carros de esa así llamada ciencia; sólo que no son desgraciadamente más que escombros confusos y desolados y fragmentariamente entremezclados de un solo segundo de la llamada historia humana universal. Ningún ejemplo es lo bastante fuerte para poner de relieve lo poco que sabemos. Ciertamente, como dice el gran Goethe, a menudo un caso tiene el valor de mil y los contiene; pero para el genio intuitivo; sólo que para ese dominio entero del devenir biológico y de la historia humana no hay casos que sean ejemplos de fuerzas o leyes, sino, para hablar una vez más con Goethe, sólo el estírcol experimental de los coleccionistas de datos, darwinistas y revisionistas, y el estírcol dialéctico de los marxistas. Y por eso el genio para el que un caso representa a menudo mil, en los asuntos de la vida comunitaria de los seres humanos, no es un genio de la ciencia, sino un genio de la creación y de la acción; hay en ello conocimiento de la vida, pero no ciencia, por mucho que se base sobre ciencia grande y auténtica.

¡Y gracias a Dios, gracias al mundo que esto es así! ¡Y es evidente que es así! ¿Para qué vivir si la única posibilidad de vida fuese saber de manera efectiva todo lo que va a suceder? ¿Vivir no es renovarse? ¿Vivir no significa, siendo el ente seguro,

consciente de sí mismo y autosuficiente que somos, como un mundo cerrado en sí, como lo eterno, avanzar hacia lo nuevo, hacia lo incierto, a aquel otro mundo, que no somos nosotros, hacia lo nuevamente eterno, de puerta en puerta, de multitud en multitud? Cuando decimos que estamos vivos, ¿somos lectores o espectadores o seres arrojados por poderes bien conocidos a lo nuevamente conocido, impulsados de lo viejo a lo viejo? ¿O no somos más bien el paso que avanza y la mano que empuña, el que actúa y no lo actuado? ¿Y no nos es el mundo algo como blando, desconocido y sin forma cada mañana que despertamos del sueño, algo nuevo y otorgado que formamos y hacemos propio con la herramienta de nuestro yo? ¡Marxistas, si tan sólo tuvieran, quisieran y pudieran tener plenitud y alegría vital en su vida privada, no querrían hacer ciencia de la vida! ¿Y cómo se lo permitirían si supieran que su tarea como socialistas es contribuir a hacer de los seres humanos formas y comunidades del trabajo alegre, y una vida colectiva gozosa?

Por ello afirmo aquí, no resignado ni escéptico ni lamentándome, sino conforme y alegre: no sabemos nada de las diversas e indecibles formas de vida del pasado ni de las del futuro de los seres humanos y de los pueblos; y lo digo con el suficiente orgullo y coraje, bastante superior al de muchos otros, de saber, sentir y vivir en mi interior el destino de los milenios. Tengo una idea de lo que ha ocurrido, de lo que, por tanto, está en camino de ocurrir; tengo un sentimiento de nuestro destino y de nuestra ruta y sé adónde quiero ir, adónde quiero señalar, adónde quiero conducir a otros. Tengo el deseo de transferir a los muchos, a los individuos, a las masas mi comprensión, mi sentimiento ardiente, mi fuerte voluntad. ¿Pero hablo en fórmulas? ¿Soy un periodista disfrazado fraudulentamente de matemático? ¿Soy un flautista de Hamelín que lleva a los niños con la flauta de la ciencia al monte del absurdo y de la mentira? ¿Soy un marxista?

No. Pero diré lo que soy. No necesito esperar a que me lo digan los otros, los marxistas. He aprendido, investigado, acumulado conocimientos tan bien como cualquiera, y si hubiese una ciencia de la historia y de la economía política, habría tenido yo bastante cabeza para haberla aprendido. Pues verdaderamente ustedes, los marxistas, son gentes cómicas, y es asombroso que no se maravillen de ustedes mismos; ¿no es una cosa vieja y

segura que también las cabezas modestas pueden aprender los resultados de la ciencia una vez que están allí? ¿Qué es lo que quieren con sus disputas, polémicas y agitación, con todas sus exigencias y negociaciones, con todos sus discursos y argumentaciones? ¡Si tienen una ciencia, dejen lo superfluo, tomen el báculo en la mano y enséñennos, instrúyanos, déjenos conocer y ejercitarnos con aplicación en los métodos, las operaciones, los constructos, y hagan, por fin, como personas experimentadas, sabias y provista de infalible certeza, lo que ha intentado Bebel⁴⁴ como honesto diletante: dígnanos por fin las fechas exactas de la historia por venir, del futuro!

Yo he estudiado también, no como vosotros, sino mejor que vosotros, y os digo: no es ciencia lo que enseño. Que cada uno examine si su naturaleza, su verdadera vida lo lleva por el mismo camino que a mí, y que sólo entonces venga conmigo, pero que realmente venga conmigo. He aprendido mejor que ellos, porque tengo algo que a ellos les falta. Ciertamente arrogancia, lo que comúnmente se llama así, no tengo más que ellos; y me guardaría para mí la opinión modesta, es decir, conveniente, que tengo de mí mismo, como es habitual entre gentes de igual condición, si no fuese indispensable decir aquí quién es socialista y quién no lo es. Pues es preciso que sean escarnecidos y perseguidos las personas de mente fría del Nifelheim⁴⁵ que han usurpado el socialismo y que custodian *El Capital* como aquellos enanos el tesoro de los Nibelungos; el socialismo debe retornar a sus verdaderos herederos para que se convierta en lo que es: una alegría y un júbilo, un construir y un crear, un sueño soñado agradablemente hasta el final que debe realizarse ahora, en la acción, para todos los sentidos y para toda la vida plena. Y como los herederos dormitan aún y habitan en lejanos países del ensueño y del formalismo, y como al final alguien tiene que comenzar por poner la mano en la herencia, debo ser yo quien convoque a los herederos y el que se legitime como uno de ellos.

⁴⁴ August Bebel (1840-1913), político y parlamentario marxista alemán muy popular en su época, uno de los fundadores del SPD (Partido Socialista Alemán), y una de las cabezas del movimiento de los trabajadores junto a sus compañeros y amigos Karl Marx, Wilhelm Liebknecht y Ferdinand Lassalle. [N. del R.]

⁴⁵ Reino de la niebla y de la oscuridad de la mitología escandinava, donde los enanos guardaban el tesoro de los Nibelungos. [N. del R.]

¿De dónde procede toda la superstición científica de los marxistas? Ellos quieren reducir a un solo hilo, a un orden, a una unidad los múltiples, dispersos y confusos detalles de la tradición y de las condiciones objetivas. También tienen necesidad de simplificación, de unidad, de generalidad.

¿Hemos llegado otra vez a ti, grandiosa y redentora idea de Lo General y de Lo Uno, tan necesaria para el verdadero pensar como para la verdadera vida, que crea convivencia y comunidad y unidad y corporación, que eres la idea en la cabeza de los que piensan y la unión de uniones en la vida de todos los que viven en todos los reinos de la naturaleza? ¿Tú, al que denominamos con el nombre de espíritu?

Pero ellos no te tienen a ti, y por eso te suplantán. De ahí les viene la falsificación engañadora, el producto substitutivo de su chapucería histórica y de sus leyes científicas: sólo conocen una única cosa fascinante, sólo una cosa que dé forma, sólo una cosa que aglutine, que ordene los detalles, que unifique lo disperso, sólo un principio, sólo una cosa general: la ciencia. Y, sin embargo, la ciencia es espíritu, orden, unidad y unión, si es en verdad ciencia. Pero allí donde es mistificación y negocio sucio, allí donde el supuesto hombre de ciencia no es más que un periodista disfrazado y un mal disimulado autor de artículos de fondo, allí donde las acumulaciones de hechos estadísticamente formulados y las opiniones filisteas dialécticamente enmascaradas se quieren hacer pasar por una especie de altas matemáticas de la historia y en indicio infalible para la vida futura; allí esa así llamada ciencia es lo contrario del espíritu, es paralización del espíritu; un obstáculo que finalmente hay que destruir, que hay que extirpar con argumentos y con risas, con fuego y con rabia.

No conocen las otras formas del espíritu y por eso se han puesto la máscara de profesores delante de sus caras de abogados, excepto cuando son realmente profesores que quieren hacer de profetas, como aquel otro profesor, su santo patrón, que quería tocar el laúd, pero no sabía.

Pero nosotros sabemos lo que es el espíritu, y lo hemos dicho aquí muchas veces: tenemos una universalidad, una coherencia en el curso de la humanidad de otra especie, de un origen diferente, tenemos nuestro conocimiento junto con nuestro gran sentimiento fundamental y nuestra fuerte voluntad; somos...

(Pero antes, pobres marxistas, tomen una silla, siéntense y agárrense, pues viene algo terrible; viene algo insolente, algo que les hubiera encantado reprocharme en tono despreciativo y que les evito decir, anticipándome).

Somos poetas; y queremos eliminar a los mistificadores científicos, a los marxistas, a los fríos, a los vacíos, a los sin espíritu, a fin de que la contemplación poética, la creatividad artística, el entusiasmo y la profecía encuentren el lugar desde donde han de continuar haciendo, creando, construyendo; en la vida, con cuerpos humanos, para la convivencia, el trabajo y la coexistencia de los grupos, de las comunidades, de los pueblos.

Sí, en efecto. Lo que ha sido hasta ahora y durante bastante tiempo sueño de poetas y melodías y líneas fascinantes y esplendor de luminosos colores debe convertirse en realidad plena y verdadera; nosotros los poetas queremos crear en lo viviente, y queremos ver quién es más práctico y quién lo es en mayor grado: ustedes, que afirman saber y no hacen nada, o nosotros, que llevamos dentro de nosotros la imagen viva y el sentimiento seguro y la voluntad que va más allá, y que queremos hacer todo lo que pueda hacerse; que queremos hacerlo ahora, queremos hacerlo ahora mismo y siempre e incesantemente; que queremos reagrupar a los seres humanos que están con nosotros y transformarlos en una cuña que abra un camino hacia adelante, en la acción permanente, en la construcción, en el desescombro; sin cesar, por encima de ustedes con risas y argumentos y rabia; sobre los obstáculos más enojosos, atacando y luchando. No traemos ninguna ciencia ni ningún partido; y menos todavía una alianza espiritual, tal y como ustedes la comprenden, pues cuando nosotros hablamos de algo así, ustedes piensan en lo que llaman instrucción, y nosotros semieducación y forraje panfletario.

El espíritu que nos anima es una quintaesencia de la vida y crea realidad efectiva. Ese espíritu tiene otro nombre: unión; y lo que poetizamos, lo que queremos embellecer, es la práctica, el socialismo, es la unión de los seres humanos que trabajan.

Aquí tenemos de manera manifiesta ante nuestros ojos, y podemos tocarla con nuestras manos, la razón de por qué los marxistas, en su famosa interpretación de la historia que denominan materialista, han excluido el espíritu. Podemos dar en este momento

una explicación mejor que aquella que pudieron presentar otros excelentes refutadores de los marxistas. Los marxistas han excluido de sus explicaciones e interpretaciones el espíritu por motivos materiales muy naturales: porque no tienen espíritu.

Pero ¡si al menos fuera verdad que su manera de exponer la historia puede llamarse materialista! Esa sería una empresa gloriosa, incluso poderosa; ciertamente una empresa cuyo organizador no habría podido salir adelante sin espíritu propio: la tentativa de describir el conjunto de la historia humana sólo en forma de acontecimientos físicos, de procesos corporales, de un infinito intercambio entre los acontecimientos materiales del resto del mundo y los procesos fisiológicos del cuerpo del ser humano. Por los motivos que he indicado, esto podría no ser una ciencia cimentada en leyes, podría llegar a ser sólo un esbozo ingenioso y casi fantástico de ella; pero sería algo en que uno podría casi poner su vida; y tal vez llegue alguna vez alguien que emprenda tal cosa, aunque sólo sea para encontrar el fundamento y la base lingüística para transformar esa construcción rígida en una imagen fluida y completa, y emprender la gran inversión: describir la totalidad de la historia humana, con exclusión de toda corporeidad, como un acontecimiento psíquico total, como un intercambio de corrientes espirituales. Pues quien es capaz de pensar el materialismo así hasta sus últimas consecuencias sabe que sólo es la otra cara del idealismo; quien es un verdadero materialista de esta manera no puede venir más que de la escuela de Spinoza. Pero basta ya de esto. ¿Qué entienden de esto los marxistas? Los marxistas que, si se menciona a Spinoza, piensan en el muñeco de trapo en que le han convertido sus autores de panfletos y los autores de panfletos darwinistas monistas.

Basta ya de esto; aquí sólo es necesario decir que lo que los marxistas llaman interpretación materialista de la historia no tiene lo más mínimo que ver con cualquier materialismo racionalmente concebido: al final consideraron incluso que era una contradicción concebir racionalmente el materialismo, y seguramente no estarían equivocados. En todo caso a la interpretación materialista que ellos enseñan la denominan económica; su verdadero nombre, como se ha dicho, es interpretación *desprovista de espíritu* de la historia.

Afirman en efecto haber descubierto que las condiciones políticas, las religiones, las corrientes espirituales en su conjunto, sin exceptuar, claro está, su propia doctrina y toda su agitación y politiquería, son sólo la superestructura ideológica, como una especie de fenómeno duplicado de las condiciones económicas y de las instituciones y procesos sociales. El hecho de que mucho de lo perteneciente al orden del espíritu y de lo psicológico se confunde inextricablemente con lo que llaman económico y social; y que la vida económica no es, ante todo, más que una parte de la vida social y ésta no se puede separar de las grandes y pequeñas estructuras y movimientos de la vida colectiva, inquieta muy poco a esos superficiales, cuya característica es demostrar en todas sus declaraciones que son ágiles oradores y charlatanes sin remedio y que no han experimentado jamás la necesidad de ir al fondo de sus propias palabras. Y si lo hubieran hecho alguna vez, se habrían quedado completamente callados, pues se habrían ahogado en sus contradicciones e incompatibilidades.

Ese abuso contradictorio de las palabras ha perturbado a los marxistas, pero sólo en la medida en que se pueden irritar los que no van al fondo de las cosas: los unos se acomodan a la contradicción por error y por falta de carácter y los otros por otro desatino y otra deformación, y así surgieron diversas corrientes entre ellos y hubo toda suerte de tirantezas y escisiones; los unos concluyen de la doctrina que el marxismo proclama una actitud apolítica y casi antipolítica, pues la política casi es sólo un reflejo irrelevante de la economía; lo que importa no es la política, la legislación, las formas del Estado, sino las formas económicas y las luchas económicas (pero naturalmente esas luchas han sido también introducidas de contrabando en la doctrina pura; pues una lucha, aun cuando sea económica, es una cosa perfectamente espiritual y se confunde fuertemente con la vida del espíritu; pero basta de esto, pues, como se ha dicho, el que va hasta el fondo de cualquier punto del marxismo choca siempre con la imposibilidad y con la componenda y con el contrabando); los otros quieren, a pesar de todo, actuar sobre los asuntos económicos con ayuda de la política y añaden las componendas, las escapatorias y los laboriosos remiendos de la realidad, que es totalmente distinta a las exudaciones profesoras que ellos plasman en el papel; agregan a esos disimulos que están obligados a

hacer todos, algunos nuevos. Poco importa esto, y nosotros no nos detendremos más tiempo en estas disputas. ¡Que las ventilen los político-marxistas con sus hermanos, los sindicalistas, o con los así llamados anarcosocialistas, que dan un uso miserable a dos nobles nombres!

Pues toda su doctrina es falsa y no resiste puntada ni hilo, y como verdadero y valioso queda sólo este hecho que se ha detectado en Inglaterra y en otras partes mucho antes de Karl Marx: no hay que ignorar, en la consideración de los acontecimientos humanos, la gran importancia de las condiciones y transformaciones económicas y sociales. Esa observación se hizo evidente en el gran movimiento que se debería denominar el descubrimiento de la sociedad en oposición al Estado, un descubrimiento que es uno de los primeros y más importantes pasos hacia la libertad, hacia la cultura, hacia la asociación, hacia el pueblo, hacia el socialismo. Algo singularmente saludable y prometedor se encierra en esos grandes escritos de los economistas políticos, de los brillantes publicistas del siglo XVIII, de los primeros socialistas del siglo XIX. Pero el marxismo ha hecho de eso sólo una caricatura, una falsificación, una corrupción. La sedicente ciencia que han creado de ello los marxistas es, en sus consecuencias objetivas, una tentativa deplorable y funesta (pues ninguna supuesta ciencia es tan torpe como para no atraer a masas instruidas e ignorantes y no en último lugar a profesores universitarios, si es construida de manera demagógica, o simplemente popular); el marxismo trata, pues, de hacer volver al Estado y a la ausencia de espíritu todas nuestras instituciones de vida común, y mover con ello la corriente en favor de los molinos de politicastro ambiciosos.

Debemos analizar esto todavía con más detalle, pues sólo hemos pelado dos capas de la lacrimógena cebolla marxista; hemos de penetrar más en su interior, aun cuando al hacerlo tengamos que llorar. Hemos de continuar diseccionando esta monstruosidad, y prometo algo: habrá siempre un poco de resoplido y de estornudo y alguna risa. Hemos visto lo que hay en la ciencia y lo que hay en el materialismo de los marxistas. ¿Qué clase de discurrir histórico del pasado, del presente y del futuro es el que han descubierto, el que les ha crecido desde la realidad material a la superestructura espiritual, probablemente en su glándula pineal cartesiana?

Hemos llegado al momento en que el profesor, que transforma la vida en pseudociencia y los cuerpos humanos en papel, se transmuta en un profesor de otra especie, con otras artes de transformación. Profesores se llaman ya ordinariamente los artistas de la transformación, los prestidigitadores, los encantadores que exhiben su habilidad en los juegos de manos y su versatilidad en las ferias anuales. Los capítulos más famosos, los más decisivos de Karl Marx, me han recordado siempre a los profesores magos de esa especie. Uno, dos, tres: no hay aquí truco alguno.

En consecuencia, según Karl Marx, la carrera progresiva de nuestros pueblos desde la Edad Media a través del presente hacia el futuro, una marcha que debe realizarse con el carácter necesario de un proceso natural (según el texto inglés, que es más claro: con la necesidad de una ley natural), y además con una velocidad ascendente: en la primera etapa, la ínfima, la del tendero, donde sólo hay seres humanos del promedio, mediocres, pequeñoburgueses y demás gente mezquina, muchos tienen, cada uno, una pequeña propiedad. Viene el segundo estadio, el salto hacia el progreso, el primer proceso de desarrollo, el camino hacia el socialismo, llamado capitalismo. Ahora el mundo tiene otro aspecto totalmente diferente: unos pocos tienen cada uno una gran propiedad, y la masa no tiene nada. La transición a esa etapa era difícil y no se produjo sin violencia y sin hechos odiosos. Pero en esa etapa se aproxima uno cada vez más y con más facilidad a la tierra prometida sobre los rieles bien engrasados de la evolución: gracias a Dios se proletarian cada vez más masas, gracias a Dios hay cada vez menos capitalistas, que se expropián mutuamente, hasta que no quedan más que masas de proletarios, numerosas como los granos de arena del mar, frente a gigantescos empresarios aislados, y es entonces cuando el salto a la tercera etapa, al segundo proceso de evolución, al último paso hacia el socialismo, se convierte en un juego de niños: “Tocan campanas de muerte para la propiedad privada capitalista”. Dentro del capitalismo se ha llegado, dice Karl Marx, a la centralización de los medios de producción y a la socialización del trabajo. Llama a eso un modo de producción que ha florecido bajo el monopolio del capital: ¡con qué facilidad cae siempre en la inspiración poética cuando canta las últimas bellezas del

capitalismo, inmediatamente antes de convertirse en socialismo! Pero el momento ha llegado: “La producción capitalista engendra, con el carácter necesario de un proceso natural, su propia negación”: el socialismo. Pues la “cooperación” y la “propiedad común de la tierra” son, dice Karl Marx, una “conquista ya de la era capitalista”. Las grandes, enormes, casi infinitas masas humanas, las proletarianizadas, no tienen realmente casi nada más que hacer por el socialismo. Sólo deben esperar su llegada.

Pero ¿no es eso cierto? ¿Estamos lejos de haber alcanzado el punto, señores de la ciencia, en el que el capitalismo nos haya traído la cooperación y la propiedad común de la tierra y de los medios de producción? Signifique lo que signifique la propiedad común, al menos está claro, por muy diversas que sean las formas de la propiedad común que puedan existir, que tiene que ser algo distinto de la usurpación, del privilegio, de la propiedad privada. ¿Se observa ya signo alguno de esa propiedad común, que debería venir ya en la era del capitalismo y que debería tener el mayor parecido con el socialismo? ¿Sí o no? Nos encantaría saber cuánto tiempo más podría durar ese proceso natural. ¡Muéstrénnos su ciencia, por favor!

¡Pero quién sabe, quién sabe! Tal vez Karl Marx haya visto desarrollarse ya a mediados del siglo XIX los rastros o los comienzos visibles de la propiedad común de la tierra y de los medios de producción a partir del monopolio capitalista. Pues por lo que a la cooperación respecta, la cosa es completamente inequívoca si se observa con más detalle. Para mí, no obstante, cooperación significa actuar juntos y trabajar en común, y a no ser que uno sea un loco que llame cooperación y trabajo común al arrastre en común de un arado de una vaca y de un caballo, o a la labor común, según la localización o la división del trabajo, de los esclavos negros en una plantación algodonera o en un campo de caña de azúcar... ¿Pero qué estoy diciendo? Karl Marx es precisamente ese loco. ¿Qué porvenir? ¿Qué desarrollo ulterior del capitalismo? El estudioso inteligente se aferra al presente. A la forma de trabajo que ha visto en la empresa capitalista de su tiempo, al sistema fabril, al trabajo de millares en un espacio reducido, a la adaptación de los trabajadores a las máquinas-herramientas y a la división del trabajo que resulta de

ello en la elaboración de los productos para el mercado mundial capitalista: a eso es a lo que Karl Marx ha llamado cooperación, que debería ser un elemento del socialismo. Él afirma sin reservas que el capitalismo se basa ya efectivamente en la función social de la producción.

Es cierto, uno se resiste ante un absurdo tan ejemplar, pero esa es indudablemente la verdadera opinión de Karl Marx: el capitalismo desarrolla enteramente al socialismo a partir de sí mismo; el modo socialista de producción “florece” a partir del capitalismo; ya tenemos la cooperación, ya estamos por lo menos en el camino de la propiedad común de la tierra y de los medios de producción; finalmente no hace falta más que expulsar al par de propietarios que queden todavía. Todo lo demás ha florecido a partir del capitalismo. Pues el capitalismo, que es el progreso, que es la sociedad, es también el socialismo. El verdadero enemigo son “las clases medias, los pequeños industriales, el pequeño comerciante, el artesano, el campesino”. Pues esos trabajan por sí mismos y tienen, a lo sumo, un par de ayudantes y de aprendices. Esa es la chapuza, la empresa enana; pero el capitalismo es la uniformidad, el trabajo de millares en un solo lugar, el trabajo para el mercado mundial, y eso es la producción social y el socialismo.

Esa es la verdadera doctrina de Marx: cuando el capitalismo ha vencido enteramente sobre los restos de la Edad Media, el progreso queda sellado y el socialismo está, por decirlo así, ya ahí.

¿No es significativo, desde el punto de vista simbólico, que la obra básica del marxismo, la biblia de esa especie de socialismo, se llame *El Capital*? A ese socialismo capitalista oponemos nuestro socialismo y decimos: el socialismo, la cultura y la unión, el intercambio justo y el trabajo alegre, la sociedad de sociedades sólo podrá venir cuando despierte un espíritu, un espíritu como el que han conocido el periodo cristiano y el periodo precristiano de los pueblos germánicos, y cuando ese espíritu termine con la incultura, la disolución y la ruina, que, hablando económicamente, se llama capitalismo.

Así se encuentran dos cosas opuestas una frente a la otra en toda su crudeza.

A un lado el marxismo, a otro lado el socialismo.

El marxismo: la ausencia de espíritu, la flor de papel en el amado ramo de espinas del capitalismo.

El socialismo: lo nuevo que se eleva contra la corrupción; la cultura que se eleva contra la alianza de falta de espíritu, penuria y violencia, contra el Estado moderno y el capitalismo moderno.

Y ahora se podría comprender lo que quiero decir a esa cosa no menos moderna, lo que quiero decir en la cara al marxismo: que es la peste de nuestro tiempo y la maldición del movimiento socialista. Y ahora hay que decir aún con mayor claridad que es así, por qué es así y por qué el socialismo sólo puede surgir de una oposición a muerte al marxismo.

Pues el marxismo es, ante todo, de los filisteos. El filisteo mira despectivamente todo lo pasado, llama presente o comienzo del futuro a todo aquello donde se siente en casa, cree en el progreso, prefiere 1908 a 1907, espera de 1909 algo extraordinario, y de una fecha tan lejana como 1920 ya casi un milagro o algo definitivo.

El marxismo es de los filisteos, y por eso es el amigo de lo masivo y de lo extenso. Algo así como una república de ciudades de la Edad Media o un mercado aldeano o un *mir* ruso⁴⁶ o un *allmend* suizo⁴⁷ o una colonia comunista no pueden tener para él la más mínima similitud con el socialismo; pero un vasto Estado centralizado se parece ya en cierto modo a su Estado futuro. Si se le muestra un país de una época en la que florece un artesanado artístico, en la que hay poca miseria, tuerce despreciativamente la nariz; y ninguna injuria peor creían inferir Karl Marx y sus sucesores al más grande de todos los socialistas, a Proudhon, que la de llamarle socialista pequeñoburgués y pequeñocampesino, lo cual no era una falsa apreciación, pero tampoco una injuria, pues justamente Proudhon ha mostrado soberbiamente a los seres humanos de su pueblo y de su tiempo, y de manera predominante a pequeños campesinos y artesanos, cómo habrían podido llegar al socialismo de inmediato, sin esperar el progreso del gran capitalismo. Tal cosa no quieren escucharla los creyentes de la evolución, no quieren que se hable de una posibilidad que existió una vez y que no obstante no se convirtió en realidad; y los marxistas y los infectados por ellos no quieren, por tanto, que se

⁴⁶ Comunidad campesina rusa previa a la revolución soviética cuyas tierras eran de propiedad común. [N. del R.]

⁴⁷ El *allmend* o *allmeind* es el nombre de una forma de bien comunal nacido en la Edad Media que se ha perpetuado en el tiempo hasta la actualidad en algunas zonas de la Suiza alpina y en otros lugares. [N. del R.]

hable de un socialismo que habría sido posible antes del movimiento descendente que ellos llaman movimiento ascendente del bendito capitalismo. Pero nosotros no separamos una evolución fabulosa y un proceso social de lo que los seres humanos quieren, hacen, habrían querido hacer y habrían podido hacer. Sabemos que la determinación y la necesidad de todo lo que acontece y también de la voluntad y de la acción tienen validez ciertamente de un modo espontáneo y tienen validez sin excepción: pero se puede establecer sólo *a posteriori*, cuando existe ya una realidad que es también una necesidad; si no sucedió nada es porque no era posible, porque, por ejemplo, los seres humanos a los que se apeló con todo el derecho y a los que se predicó con gran necesidad la razón de ello, no quisieron o no pudieron entrar en razón. “¡Ajá!”, exclamarán los marxistas con gesto triunfal, “pero Karl Marx ya había previsto que no había posibilidad alguna de ello”. Sin duda, respondemos nosotros, y por ello ha recaído sobre él una cierta parte de la culpa, y si no se llegó a eso ha sido, en ese momento y más aún después, porque él fue uno de los obstaculizadores y de los culpables. Pues para nosotros la historia humana no se compone de procesos anónimos ni tampoco sólo de acumulación de muchos pequeños acontecimientos e inacciones de las masas; para nosotros, los inspiradores de la Historia son personas, y para nosotros hay también culpables. ¿Alguien se cree, acaso, que Proudhon, como todo profeta, como todo Juan, con más fuerza que ninguno de los fríos observadores científicos, no ha tenido con frecuencia, en los grandes momentos, el sentimiento de la imposibilidad de llevar a los seres humanos de su época a lo que él veía como la más hermosa y la más natural de las posibilidades? Conoce mal a los apóstoles y guías de la humanidad el que sostiene que la fe en la realización es parte de sus grandes gestas, de su comportamiento visionario y de su inaplazable creatividad. La fe en su sagrada verdad pertenece a ello, ¡pero también la desesperación ante los seres humanos y el sentimiento de imposibilidad! Allí donde la humanidad ha experimentado algo grandioso e imponente, la transformación y lo nuevo, ha sido lo imposible y lo increíble precisamente lo que de manera natural ha producido el cambio.

Pero el marxismo es filisteo y señala siempre con escarnio y triunfalmente los fracasos y las tentativas fallidas, y tiene un

miedo infantil a las derrotas. Contra nada expresa más desprecio que contra lo que llama experimentos o creaciones frustradas. Es una vergüenza y un signo de decadencia infamante, especialmente para el pueblo alemán, al que ese miedo al idealismo, a la pasión y al heroísmo se ajusta tan mal, que tales llorones tengan que ser los jefes de sus masas esclavizadas. Pero los marxistas son para las pobres masas exactamente lo mismo que los nacionalistas han sido, desde 1870, para las saciadas clases populares: adoradores del éxito. Llegamos aquí a otro sentido, más acertado, del término “concepción materialista de la historia”. Sí, los marxistas son materialistas en el sentido ordinario, vulgar, popular de la palabra, y se han esforzado, exactamente igual que los nacionalistas, por rebajar y extirpar el idealismo. Lo que el burgués nacionalista ha hecho de los estudiantes alemanes, lo han hecho los marxistas de amplios círculos del proletariado: gentecilla cobarde sin juventud, sin ardor salvaje, sin osadía, sin placer de experimentar, sin sectarismo, sin herejía, sin originalidad y sin individualidad. Pero nosotros necesitamos todo eso; necesitamos tentativas, necesitamos la expedición de los Mil de Sicilia⁴⁸, necesitamos esas maravillosas naturalezas garibaldinas, y necesitamos fracaso tras fracaso y la naturaleza tenaz que no se deja asustar por nada, que se mantiene firme y se pone siempre a la obra hasta que sale triunfante, hasta que se impone, hasta hacerse invencible. El que no tiene presente el peligro de la derrota, de la soledad, del fracaso, no llegará a la victoria. ¡Ah, marxistas! Yo sé lo mal que suena en sus oídos todo esto, y que nada temen más que lo que llaman cogotazos de la fortuna; la palabra corresponde a su tesoro lingüístico particular y tal vez con razón, pues muestran al enemigo más el cogote que la frente. Yo sé lo hondamente odiosas, lo repulsivas y desagradables que les resultan a sus temperamentos secos y librescos esas naturalezas de fuego como la de Proudhon en el dominio de la construcción, como las de Bakunin o Garibaldi en el dominio de la destrucción y de la lucha, cuán penoso es para ustedes todo lo románico, todo lo celta, todo lo que parece aspirar al aire, al salvajismo y a la iniciativa. Se han esforzado lo suficiente por privar al partido, al movimiento, a las masas,

⁴⁸ La expedición de los Mil (o de los camisas rojas) tuvo lugar en 1860, durante el *risorgimento* italiano, cuando más de mil hombres al mando de Garibaldi conquistaron el Reino de las Dos Sicilias. [N. del R.]

de toda libertad, de todo lo personal, de toda juventud, de todo aquello a lo que llaman estupideces. Ciertamente habría sido mejor para el socialismo y para nuestro pueblo si tuviésemos, en lugar de la estupidez sistemática a la que llaman ciencia, las estupideces fogosas de los ardientes, de los impetuosos y de los desbordantes de entusiasmo a los que no pueden tolerar. Sí, en efecto, queremos hacer lo que llaman experimentos, queremos probar, queremos crear y hacer de todo corazón, y queremos, si ha de ser así, naufragar y sufrir derrotas hasta obtener la victoria y ver tierra.

Seres de ceniza, bobalicones y filisteos gobiernan sobre ti, pueblo. ¿Dónde están los seres humanos como Colón, que preferían salir en frágiles barquichuelos a alta mar y hacia lo incierto antes que esperar los frutos de la evolución? ¿Dónde están los jóvenes, los despiertos, los triunfantes, los rojos que comiencen a reírse de esa gente gris? Los marxistas no oyen con gusto tales palabras, tales ataques, tales apasionamientos y cosas anticientíficas, lo sé, y por eso me complace tanto habérselas dicho. Los argumentos que empleo contra ellos son buenos y consistentes, pero me quedaría igualmente satisfecho si, en lugar de refutarlos con argumentos, los hiciese rabiarse hasta morir con burlas y con risas.

El filisteo marxista es demasiado inteligente, demasiado avisado, demasiado precavido como para caer en la idea, cuando el capitalismo está ya en pleno ocaso, como en tiempos de la revolución de febrero en Francia, de intentar combatirlo con una organización socialista, lo mismo que prefiere liquidar las formas de comunidad viva de la Edad Media que se han salvado en Alemania, Francia, Suiza, Rusia, sobre todo en momentos de decadencia, y ahogarlas en el capitalismo antes que reconocer que en ellas se encuentran los gérmenes y los cristales de vida de la cultura socialista futura; pero si se les muestra las condiciones económicas, digamos de Inglaterra a mediados del siglo XIX, con su sistema fabril, con la devastación de la tierra, con la uniformización de las masas y de la miseria, con las economías destinadas al mercado mundial y no a las necesidades efectivas, encuentra allí producción social, cooperación, comienzos de propiedad común: se siente a gusto ahí.

El marxista auténtico, si no se ha vuelto vacilante y no ha comenzado a hacer concesiones (hoy en día esos individuos

colapsados llevan haciendo todas las concesiones hace ya mucho tiempo), no quiere saber nada de cooperativas campesinas, de cooperativas de crédito, de cooperativas obreras, aun cuando prosperen y lleguen a tener grandes proporciones; le entusiasman más, por el contrario, los grandes almacenes capitalistas, en los que se ha aplicado tanto espíritu de organización para lo improductivo, para el robo y la usurpación, para la venta de inutilidades. ¿Pero se ha ocupado alguna vez un marxista de este problema grande y decisivo: qué se produce para el mercado mundial, qué se guarda para los consumidores? Siempre fija su mirada en las formas externas, superficiales, accesorios de la producción capitalista, a las que llama producción social, y de las que tenemos que hablar ahora.

El marxismo es filisteo, y el filisteo no conoce nada más importante, nada más grandioso, nada que le sea más sagrado, que la técnica y sus progresos. Colóquese a un filisteo ante Jesús, que en su riqueza, en la generosidad de su figura inagotable, y que, además de lo que significa para el espíritu y para la vida, también es un gran socialista; colóquese a un filisteo ante el Jesús viviente en la cruz y ante una nueva máquina para impulsar el movimiento de seres humanos o cosas: si es honesto y no es un hipócrita culto, encontrará que el Hijo del Hombre crucificado es un fenómeno totalmente inútil y superfluo y correrá tras la máquina.

¡Y, sin embargo, cuánto más ha movido en verdad esa grandeza tranquila, silenciosa, doliente del corazón y del espíritu que todas las máquinas en movimiento de estos tiempos!

Y, sin embargo, ¿dónde estarían todas las máquinas en movimiento de nuestros tiempos sin esa grandeza callada, tranquila, doliente en la cruz de la humanidad?

Era de rigor decir esto aquí, aun cuando sólo lo comprenderán con facilidad aquellos que ya lo sabían antes.

La veneración sin límites del compadre amante del progreso ante la técnica nos ilumina sobre la procedencia de ese marxismo. El padre del marxismo no es el estudio de la historia, no es tampoco Hegel, no es Smith, ni Ricardo, ni ninguno de los socialistas anteriores a Marx; tampoco es una coyuntura temporal democrático-revolucionaria; menos todavía la voluntad y el deseo de cultura y de belleza entre los seres humanos. El padre del marxismo es el vapor.

Hay ancianas que hacen profecías con la borra del café. Karl Marx hizo profecías con el vapor.

Lo que Marx consideró como algo semejante al socialismo, como la etapa preparatoria inmediata al socialismo, no era otra cosa que la organización de la planta productiva suscitada por las exigencias técnicas de la máquina de vapor dentro del capitalismo.

Allí se encontraron, pues, dos formas completamente distintas de centralización: la centralización económica del capitalismo: el rico, que absorbe hacia sí como centro todo el dinero, todo el trabajo posible; y la centralización técnica de la empresa: la máquina de vapor, que tiene que tener próximas a ella el centro de fuerza, tanto las máquinas de trabajo como los seres humanos que trabajan, y por eso ha creado las grandes empresas fabriles y una sofisticada división del trabajo. La centralización económica del capitalismo no necesita en sí –salvo algunas excepciones aisladas– ninguna centralización de la empresa técnica; en todas partes donde la fuerza humana de trabajo o las máquinas sencillas movidas con la mano o con el pie son más baratas que la utilización de las máquinas de vapor, el capitalista prefiere la industria doméstica, dispersa por el campo, por las aldeas y granjas, a la fábrica. Las necesidades técnicas de la máquina de vapor, pues, fueron las que produjeron los grandes cuarteles fabriles y las grandes ciudades llenas de cuarteles fabriles y de cuarteles de habitación.

Esas dos formas de centralización al principio separadas y completamente distintas se fusionaron luego, naturalmente, y han ejercido el más fuerte de los influjos la una sobre la otra; gracias a la máquina de vapor el capitalismo ha hecho progresos enormemente rápidos; y, por otra parte, el capitalismo –que ahora tiene sus instalaciones y sus rutinas técnicamente centralizadas, que ante todo ha sacado a los obreros del campo y los saca cada vez de forma más absoluta– impide la transmisión eléctrica de la fuerza del vapor y del agua, que según su naturaleza tendría que tener un efecto descentralizador; impide que esa acción se ejerza como debería ser el caso; aunque no hay que negar que esa transmisión eléctrica de la fuerza ha provocado la explotación capitalista en pequeños talleres, separados entre sí, por ejemplo la industria de la cuchillería en Solingen, y también ha reforzado actualmente la pequeña industria y el artesanado,

y los fortalecerá y estimulará más en el futuro; hay ahí un amplio campo abierto para la producción cooperativa de energía y de motores.

Esta combinación de la centralización de la técnica y del capital ha traído como consecuencia otras centralizaciones capitalistas o las ha fortalecido mucho: centralizaciones del comercio, de la banca, de los negocios al por mayor y al por menor, de las industrias de transporte, etcétera.

Y todavía hay una tercera centralización, completamente independiente de las otras dos, que ha prosperado en nuestros tiempos: la centralización del Estado, de la burocracia, del ejército. Y así, junto a los cuarteles fabriles y a los cuarteles de habitación, se han levantado en las grandes ciudades otros cuarteles: los cuarteles de los burócratas, donde, en cada uno de esos edificios públicos, hay cien pequeñas habitaciones, y en cada habitación una, dos o tres mesas, y tras cada mesa uno, dos o tres empleados subalternos bostezando con la pluma tras la oreja y el desayuno en la mano; y los cuarteles de los soldados, donde millares de jóvenes vigorosos tienen que dedicarse al deporte inútil –el deporte debería existir sólo como entretenimiento después del trabajo útil– y con ello al aburrimiento y a toda suerte de estupideces y de obscenidades sexuales.

Y con tanta incultura, amontonamiento de seres humanos, distanciamiento de la tierra y de la cultura, con tanto derroche de trabajo, sobrecargo de trabajo improductivo y de holgazanería, con tanta insensatez y miseria como aportan todas esas formas de centralismo, los nuevos cuarteles de nuestro tiempo se vuelven cada vez más numerosos y vastos: las casas de beneficencia, las prisiones y los presidios y los lupanares donde se acuartela a las prostitutas.

Lo que es verdad, y los marxistas han de reconocerlo cuando se defienden contra la afirmación de que su doctrina es simplemente un producto de la centralización técnica de las empresas y fábricas, es que todas esas formas de centralismo vacío, afeador, uniformador, restrictivo y opresor han sido para el marxismo hasta cierto punto ejemplares, han tenido influencia en su desarrollo, en su formación y en su difusión. No en vano los ingleses, los pueblos románicos o latinos, los suizos y alemanes del sur se revuelven cada vez más contra el marxismo como contra

algo que tiene una semejanza desesperante con la esencia de lo burocrático y lo militar; no en vano casi sólo se encuentran hoy en día auténticos y verdaderos marxistas en los países donde dominan el mariscal de campo, los funcionarios subalternos y los *tchinownik*⁴⁹: en Prusia y en Rusia. No en vano no se percibe en ninguna parte tanta disciplina, ni se oye hablar tanto de ella, y de la brutalidad y del autoritarismo que le son inseparables, como en el ejército prusiano y en la socialdemocracia pruso-alemana. Pero a pesar de todo, ninguna de esas centralizaciones está constituida de tal forma que pueda producir un engendro al que se pueda llamar verdadera y efectivamente socialismo, a excepción de la centralización técnica del vapor.

Nunca florecerá el socialismo a partir del capitalismo, como ha cantado tan líricamente el poco poético Marx. Pero su doctrina y su partido, el marxismo y la socialdemocracia, han surgido de la energía del vapor.

¡Vean cómo los obreros y artesanos y los hijos y las hijas de los campesinos emigran, y son reemplazados por ejércitos de trabajadores y jornaleros! ¡Vean cómo por la mañana millares y millares de trabajadores entran en las fábricas y son arrojados de allí nuevamente por la noche!

“Obligación de trabajar para todos; organización de ejércitos industriales, particularmente en la agricultura”, han dicho ya Marx y Engels en su *Manifiesto comunista*; pero no como descripción y previsión de las próximas magnificencias del capitalismo, sino como una de las medidas que propusieron en los países más avanzados para el comienzo de su socialismo. ¡Es verdad! Ese tipo de socialismo brota de la evolución ininterrumpida del capitalismo.

Si se agrega a ello la concentración capitalista, que parecía indicar que el número de capitalistas y de fortunas iba a decrecer; si se añade además el ejemplo de la omnipotencia estatal del Estado centralizado de nuestros tiempos; si se añade también, finalmente, el perfeccionamiento cada vez mayor de las máquinas-herramientas, la división progresiva del trabajo, la substitución de los obreros especializados por operarios de máquina cualesquiera –y todo ello de manera completamente exagerada y caricaturizada; pues todo eso tiene otra cara, y no

es nunca una evolución que progrese de manera esquemática y lineal, sino una lucha y un equilibrio entre diversas tendencias; pero el marxismo simplifica y caricaturiza hasta lo grotesco todo aquello que analiza–; si se añade, para acabar, la esperanza en que el trabajo humano puede requerir cada vez menos tiempo, de que el trabajo de la máquina se puede volver cada vez más productivo: tenemos entonces ya listo el Estado del futuro. El Estado futuro de los marxistas: la joven flor en el árbol de la centralización estatal, capitalista y técnica.

Habría aún que añadir que el marxista, cuando sueña sus quimeras con particular valentía –pues nunca se ha soñado más vacía, más secamente, y si hay fantasiosos sin fantasía, esos son los marxistas–, extiende su centralismo y su burocracia económica más allá de los Estados actuales y habla de una autoridad mundial para organizar y dirigir la producción y la distribución de los productos. Ese es el internacionalismo de los marxistas. Como antes en la Internacional, donde todo era regulado y determinado por el Consejo General de Londres, y como actualmente en la socialdemocracia, donde todo debe ser regulado y establecido por Berlín, esa autoridad de la producción mundial vendrá a meter las narices en todas las cacerolas y anotará en su libro mayor de contabilidad la cantidad de aceite refrigerante necesaria para cada máquina.

Otra capa más de esa cebolla y habremos acabado con nuestra descripción del marxismo.

Así pues, las formas de organización de lo que esas personas llaman socialismo florecen completamente dentro del capitalismo; sólo que esas organizaciones, esas empresas que se vuelven, gracias al vapor, cada vez más gigantescas, están aún en manos de empresarios particulares, de explotadores. Hemos visto ya que el número de estos deberá reducirse de manera progresiva debido a la competencia. Hay que comprender bien lo que esto significa: primero cientos de miles, luego un par de millares, luego un par de cientos, luego unos setenta o cincuenta, luego un par de monstruosos empresarios gigantescos.

Y frente a ellos están los trabajadores, los proletarios. Se hacen cada vez más numerosos, desaparecen las clases medias, y con el número de los trabajadores crece el número y la intensidad de las máquinas, de manera que no sólo se acrecienta el número de

⁴⁹ *Tchinownik* o *chinownik*: burócrata del gobierno de los zares rusos. [N. del R.]

obreros, sino también la cifra de los desempleados, del llamado ejército industrial de reserva. Según esa descripción no está muy lejos, pues, el fin del capitalismo, y además la lucha contra él, es decir contra el par de capitalistas que habrán quedado, será cada día más fácil para las incontables masas de los desheredados bajo su dominio, interesadas en el cambio. Pues también debemos tener presente esto en la doctrina del marxismo: en él todo es inmanente, como dice la expresión extrapolada de otro ámbito y empleada falsamente. Eso equivale a decir: no se requiere ningún esfuerzo especial ni un entendimiento perspicaz; todo marcha por sí mismo al hilo del proceso social. Las llamadas formas de organización socialista se encuentran ya de forma inmanente dentro del capitalismo; inmanente es también en los proletarios la falta de interés ante las condiciones actuales, es decir: la tendencia al socialismo, la ideología revolucionaria es un elemento integrante del proletario. Los proletarios no tienen nada que perder; tienen un mundo que ganar. ¡Qué hermosas, qué poéticas son realmente esas palabras (que no proceden de Marx ni de Engels) y cuánta verdad contienen! Y, sin embargo, la afirmación de que los proletarios son revolucionarios natos, no es más verdadera que aquella otra que aquí se expone: que los proletarios son filisteos natos. El marxista habla despectivamente del pequeñoburgués; pero todo lo que puede llamarse pequeñoburgués en lo referente a rasgos de carácter y de hábitos de vida es propio del proletario medio, y hasta en las prisiones y los presidios la mayor cantidad de celdas se encuentran ocupadas, desgraciadamente, por filisteos. Con ese “desgraciadamente” que se me ha escapado aquí no lamento, naturalmente, que estén en libertad los no filisteos; pero es desconsolador que a esos pobres diablos, víctimas de las condiciones sociales, que tuvieron que romper las convenciones legalmente establecidas de la misma manera en que suceden las cosas inexorables, no se les haya impuesto esa necesidad por el hecho de que ese convencionalismo no viva en su interior, sino que habría sido suplantado por la intención delictiva. Pero las convenciones que tuvieron que romper viven, sin embargo, en su corazón, en sus opiniones, en el modo en que maltratan a veces a sus compañeros de penurias y a veces a sí mismos, casi siempre de forma tan firme como en la mayoría del resto de los seres humanos.

Hablamos aquí del filisteísmo del proletario como una de las razones por las cuales el marxismo –ese filisteísmo elevado a sistema– ha encontrado tan buena acogida en el proletariado. Sólo hace falta aplicar un barniz completamente superficial –con un poco de instrucción añadida– sobre la lengua, aplicación que ahora se verifica del modo más rápido y barato en las policlínicas llamadas escuelas de partido, para hacer de un proletario promedio sin ninguna cualidad excepcional un jefe de partido utilizable.

Esos y los otros jefes de partido consideran natural la doctrina marxista según la cual el proletariado es revolucionario por necesidad social, al menos aquella mínima parte de él necesaria para superar el capitalismo, que se compone de un número de personas cada día menor y que se enmohece cada vez más. Pues a lo ya mencionado se agrega todavía algo más para forzar al capitalismo a la bancarrota; hay en él algo inmanente: las crisis. Como dice de manera tan hermosa y marxística el programa de la socialdemocracia alemana (por lo demás se le ha agregado ya algunos elementos impuros, lo que los elaboradores de ese programa llaman revisionismo en sus adversarios); las fuerzas productivas sobrepasan las capacidades de la sociedad actual. Ahí se contiene la doctrina auténticamente marxista de que en la sociedad actual las formas de producción se han vuelto cada vez más socialistas, y que a esas formas sólo les falta la forma de propiedad justa, es decir la propiedad estatal; ellos la llaman, es verdad, propiedad social; pero cuando ellos llaman al sistema fabril del capitalismo producción social (no sólo lo hace Marx en *El Capital*, también los actuales socialdemócratas llaman en su programa “trabajo social” al trabajo en sus distintas formas dentro del actual capitalismo), sabemos lo que significa su propiedad social: del mismo modo que consideran formas de trabajo socialistas las formas de producción de la técnica del vapor en el capitalismo, también consideran como propiedad social al Estado central para la organización socialista de la sociedad y a la propiedad estatal burocráticamente administrada. Esas personas no tienen instinto alguno para la sociedad. No sospechan en lo más mínimo que la sociedad sólo puede ser una sociedad de sociedades, sólo unión, sólo libertad. Por eso no saben que el socialismo es anarquía y federación. Creen que el socialismo es Estado, mientras que los sedientos de cultura quieren crear

el socialismo porque quieren elevarse hacia la sociedad de las sociedades y de la voluntariedad desde la descomposición y la miseria, desde el Estado y la pobreza que le es consubstancial, desde la falta de espíritu y la violencia que sólo es el reverso del individualismo económico, es decir, porque quieren salir del Estado.

Dicen los marxistas: como el socialismo está ya bajo el régimen de propiedad privada de los empresarios, que producen salvajemente; como ellos están ya en posesión de las fuerzas de producción socialistas (léase: la energía del vapor, las máquinas-herramientas perfeccionadas y las masas proletarias que se ofrecen en número excesivo), porque pasa con esto como con la escoba en manos del aprendiz de brujo⁵⁰, tiene que llegarse a la superabundancia de productos, a la superproducción, a la confusión, en una palabra, a las crisis que, según se explicará en detalle, se producen en todo caso, según la opinión de los marxistas, porque la regulación por parte de una autoridad estatal mundial que controle y dirija estadísticamente es necesaria al modo social de producción que, según su torpe punto de vista, existe ya. Mientras ésta falte, el “socialismo” no es completo, y todo irá manga por hombro. Las formas de organización del capitalismo son buenas; pero falta el orden, el régimen, la férrea centralización. El capitalismo y el Estado deben confluir, y después –ahora, diríamos nosotros–, después es el capitalismo de Estado el que se impone; aquellos marxistas opinan: el socialismo se impondrá. Pero como en ese socialismo suyo se vuelven a encontrar todas las formas del capitalismo y de la reglamentación, y como ellas hacen progresar hasta su perfección última la tendencia que existe hoy a la uniformidad y a la nivelación, el proletariado es trasvasado también a su socialismo. Del proletario de la empresa capitalista ha surgido el proletario de Estado, y la proletarización, cuando ese Estado comienza su socialismo, alcanzará realmente, como se ha previsto, proporciones gigantescas: todos los seres humanos sin excepción serán pequeños funcionarios económicos del Estado.

El capitalismo y el Estado deben confluir: ese es en verdad el ideal del marxismo; y si no quieren oír hablar de ideal, les decimos: esa es la tendencia de desarrollo que han descubierto,

y que ellos quieren apoyar. No ven que la enorme violencia y la vacuidad burocrática del Estado son necesarias sólo porque nuestra vida colectiva ha perdido el espíritu, porque la justicia y el amor, las asociaciones económicas y la multiplicidad floreciente de los pequeños organismos sociales han desaparecido. No ven nada de toda la honda ruina de estos tiempos nuestros; el progreso es su alucinación; la técnica progresa; lo hace naturalmente en la acción; lo hace en muchas épocas de cultura, aunque no siempre –hay también culturas sin progreso técnico– y lo hace en particular en los tiempos de decadencia, de individualización del espíritu y de atomización de las masas; y por eso decimos que el verdadero progreso de la técnica, junto con la abyección efectiva de estos tiempos, son –para hablar otra vez de manera marxista a los marxistas– el fundamento material y efectivo de la superestructura ideológica, es decir, de la utopía del socialismo evolutivo de los marxistas. Pero dado que no es sólo la técnica progresiva la que se refleja en su pequeño espíritu, sino también las demás tendencias de la época, el capitalismo es para ellos progreso, el Estado central es para ellos progreso. No es mera ironía que apliquemos aquí el idioma de su así llamada interpretación materialista de la historia a los propios marxistas. Ellos también han tomado de otra parte esa consideración histórica, y nosotros estamos en disposición, ahora que la hemos llegado a conocer, de decir con más claridad que nunca dónde la encontraron, a saber: absolutamente en ellos mismos. Sí, lo que los marxistas dicen acerca de las relaciones entre la estructura espiritual y el pensamiento y las circunstancias de la época vale en realidad para todos los contemporáneos, entre los que hay que entender aquí sólo a aquellos que son hijos y expresión de su tiempo, que no tienen dentro de sí nada de creativo, nada de resistente, nada de propio y de espiritualmente personal. Estamos otra vez frente al filisteo, estamos otra vez frente al marxista, y para él es perfectamente válida la afirmación de que su ideología es sólo la superestructura de la vileza de nuestro tiempo. En los tiempos de decadencia domina en realidad lo contrario del espíritu, que es la expresión de la época. Y por eso hoy día dominan los marxistas. Y no pueden saber que los tiempos de cultura y de plenitud no se desarrollan a partir de tiempos de decadencia –que ellos llaman progreso–,

⁵⁰ Alude a la balada de J.W. von Goethe, que Paul Dukas convirtió más tarde en poema sinfónico. [N. del R.]

sino que brotan del espíritu de aquellos que por su constitución nunca han pertenecido a su época. No pueden saber y no comprenden que lo que se llama historia no está protagonizada, en los grandes momentos de transformación, por los filisteos y los contemporáneos, ni tampoco por procesos sociales –que quiere decir lo mismo–, sino por los solitarios, los aislados, que están aislados precisamente porque en ellos se han refugiado, como en su casa, el pueblo y la comunidad.

No hay duda de que los marxistas creen que si el anverso y el reverso de nuestra degradación, las condiciones de producción del capitalismo y del Estado estuvieran en el mismo lado y se hubieran entremezclado una con el otro, se habría llegado al final de la evolución del progreso y se habrían instaurado la justicia y la igualdad; su vasto Estado económico, bien sea el heredero de los Estados existentes hasta ahora o bien su Estado mundial, es una formación republicana y democrática, y creen realmente que las prescripciones de un tal Estado velarían por la salvación de todas las gentes humildes que compondrían ellas mismas el Estado. Se nos estará permitido ahora estallar en una interminable carcajada sobre esas fantasías de filisteo, las más miserables de todas. Tal contrafigura de la utopía del pequeño-burgués sólo puede ser en realidad un producto surgido del desarrollo ininterrumpido dentro del laboratorio del capitalismo. Tampoco nos detendremos más en ese ideal perfecto del periodo de decadencia y de la incultura vacía de personalidad, es decir, en ese Estado de homúnculos; veremos pronto que la verdadera cultura no es algo vacío, sino algo pleno; que la verdadera sociedad es una multiplicidad de pequeñas solidaridades reales, que brotan de las cualidades unificadoras de los individuos, del espíritu, una construcción de comunidades y una unificación. Ese “socialismo” de los marxistas es una escrófula gigante que debe desarrollarse; pero no tengamos miedo, pronto veremos que no se desarrollará más. Pero nuestro socialismo debe crecer en los corazones y en el espíritu de los pertenecientes a la misma comunidad. No hay alternativa: socialismo de homúnculos o socialismo de espíritu; pues vemos pronto que si las masas siguen al marxismo o incluso al revisionismo, el capitalismo permanece, ya que no muestra ninguna tendencia en absoluto a transformarse en el “socialismo” de los marxistas ni a desarrollarse

tampoco en el “socialismo” de los revisionistas, denominado así muchas veces aunque sólo con voz tímida aún. La decadencia, en nuestro caso del capitalismo, tiene en nuestros tiempos tanta fuerza vital como en otros tiempos la cultura y la prosperidad. Decadencia no quiere decir nulidad ni tendencia al colapso o a un cambio drástico. La decadencia, las épocas de hundimiento, de ausencia de pueblo, de ausencia de espíritu pueden durar centurias y milenios. La decadencia, en nuestro caso del capitalismo, tiene en nuestros tiempos una fuerza vital de la que carecen la cultura y el auge. Tiene el mismo volumen de energía y fuerza que nos falta a nosotros para el socialismo. La elección que tenemos ante nosotros no es: una forma de socialismo o la otra, sino simplemente: capitalismo o socialismo; Estado o sociedad; espíritu o lo contrario del espíritu. La doctrina del marxismo no nos saca del capitalismo. Y la doctrina del marxismo es además falsa, porque dice que el capitalismo sería capaz de superar al barón de Munchausen⁵¹, que pudo salir de un pantano extranjero tirando de su propia trenza, mientras que, según esa profecía del capitalismo, se debe salir del propio pantano de la mano de la propia evolución.

Más tarde mostraremos con más detalle que esa doctrina es falsa. Para demostrar que no es immanente al capitalismo la tendencia a desarrollarse hacia cualquier forma de socialismo debemos librarnos del engendro al que los marxistas llaman socialismo. El capitalismo no se desarrolla ni hacia ese socialismo ni hacia ningún otro. Y para mostrarlo tenemos que responder a algunas preguntas.

Preguntemos pues: ¿es verdad que la sociedad se parece a eso que nos presentan los marxistas? ¿Que su desarrollo avanza, o debe avanzar o incluso probablemente avanzará así? ¿Es verdad que los capitalistas se devoran recíprocamente, como los treinta patos de un corral en el que dieron a comer primero un pato descuartizado a los restantes veintinueve patos, y al día siguiente veintiocho patos devoraron a un compañero, y en el que se habría de continuar así, hasta que finalmente un pato gigante bien cebado haya concentrado y acumulado en sí los treinta

⁵¹ Karl Friedrich Hieronymus (1720-1797), barón alemán, que combatió contra los turcos a las órdenes de Rusia. Sus memorias, pródigas en relatos de peripecias extraordinarias, dieron pie a una serie de relatos de aventuras extravagantes que lo tienen como protagonista. [N. de E.]

patos, conforme a ese raro relato que comienza de manera tan absolutamente creíble como una auténtica doctrina de la evolución y, aun cuando aparentemente sigue del mismo modo y siempre gradualmente, conduce sin embargo a algo tan increíble y prodigioso? ¿Es verdad? ¿Sólo tendrá que quedar un pato? ¿Es verdad que las clases medias desaparecen, que la proletarización aumenta sin excepción a gran velocidad y que el final está a la vista? ¿Que el desempleo se vuelve cada vez peor y que, dada esa la evolución, resulta imposible que persistan tales condiciones? ¿Y que existe una acción espiritual sobre los desheredados, de manera que tienen que despertar, que levantarse, convertirse en revolucionarios debido a una ineludible necesidad natural? ¿Es verdad, por último, que las crisis se vuelven cada vez más vastas y devastadoras? ¿Que las fuerzas productivas deben sobrepasar la capacidades del capitalismo y llegar a crecer, superándolo, hasta alcanzar el así llamado socialismo?

¿Es todo eso verdad? ¿Qué es lo que hay en verdad en todo ese complejo de observaciones, de advertencias, de amenazas y de profecías?

Estos son problemas que debemos presentar ahora, que hemos presentado siempre los anarquistas, desde el comienzo, desde que existe el marxismo, pues mucho antes de que existiera el marxismo, existió un verdadero socialismo, existió sobre todo el socialismo del más grande de los socialistas, Pierre-Joseph Proudhon, que luego fue sofocado por el marxismo; pero nosotros lo volvemos a sacar a la luz. Estos son nuestras preguntas; y son también las preguntas que formulan, desde otro punto de vista –veremos desde cuál– los revisionistas.

Tan sólo después de haber dado respuesta a esas preguntas que hemos tocado de paso aquí y allí con nuestra descripción del marxismo, tan sólo después de habernos confrontado con la imagen real de nuestras condiciones objetivas y con el curso que ha tomado aquí el capitalismo, sobre todo desde la aparición del *Manifiesto comunista* y de *El Capital*, con la simplificación ideológico-temporal y con la caricatura dialéctica que nos presenta el marxismo, podremos ir más allá, podremos decir lo que es nuestro socialismo y nuestro camino hacia el socialismo. Pues el socialismo –digámoslo justamente ahora, los marxistas deben oírlo, mientras flote aún en el aire el tufo nebuloso de su propio

vaho de filisteísmo progresista– no depende, en lo que respecta a su posibilidad de realización, de ninguna forma de la técnica y de la satisfacción de las necesidades. El socialismo es posible en todos los tiempos, si lo quiere un número suficiente de seres humanos. Sólo que tendrá siempre un aspecto distinto, un comienzo distinto, una continuación distinta según el estado de la técnica y según la técnica disponible en cada momento, es decir, según la cifra de seres humanos que quieran iniciarlo y también según los medios que aporten o puedan tomar de la herencia del pasado (puesto que nada empieza de la nada). Por eso hemos afirmado antes que no se dará aquí una descripción de un ideal, no se dará la descripción de una utopía. Primero tenemos que ver con más claridad cómo son nuestras condiciones y estados espirituales; sólo después podremos decir qué socialismo invocamos, a qué seres humanos nos dirigimos. El socialismo, marxistas, es posible en todos los tiempos y con cualquier tipo de técnica, y es imposible con todo tipo de técnica y en todos los tiempos. Es posible en todos los tiempos, aun con técnica muy primitiva, para seres humanos justos; y es imposible en todos los tiempos para seres humanos injustos, aun con una técnica mecánica espléndidamente desarrollada. No sabemos de ningún género de evolución que vaya a traerlo; no sabemos nada de esa necesidad de una ley natural. Ahora mostraremos que estos tiempos nuestros, que ese capitalismo nuestro que ha florecido hasta la categoría de marxismo, no se parecen en nada a eso que nos han contado. El capitalismo no tiene que transformarse en socialismo, y no tiene forzosamente que sucumbir, ni el socialismo tiene forzosamente que venir; tampoco tiene que venir el socialismo proletario-estatal-capitalista de los marxistas, y no hay que lamentarlo. Ningún socialismo *debe venir forzosamente*: esto hay que decirlo desde ahora.

El socialismo puede y debe venir –si lo queremos, si lo creamos–; también eso lo mostraremos.

Las afirmaciones de los marxistas rezan así:

1) La concentración capitalista en la industria, en el comercio, en el sistema monetario y en el crédito es una etapa previa, es el comienzo del socialismo.

2) El número de los empresarios capitalistas –o al menos de las empresas capitalistas– se reduce cada vez más; la magnitud de los establecimientos se extiende; la clase media se restringe y queda condenada a la desaparición; el número de los proletarios crece de manera desmesurada.

3) La cantidad de esos individuos proletarizados es tan grande que tiene que haber siempre entre ellos desempleados; ese ejército de reserva industrial pesa sobre las condiciones de vida; aparece la superproducción por el hecho que se produce más de lo que se puede consumir. De este modo las crisis periódicas son inevitables.

4) La desproporción entre la enorme riqueza en manos de unos pocos y la penuria y la inseguridad de las masas será finalmente tan grande, se producirá una crisis tan terrible y crecerá tanto el descontento en las masas obreras, que tiene que llegar la catástrofe, la revolución, durante la cual la propiedad capitalista puede y debe ser transformada en propiedad social.

Estos principios del marxismo han sido criticados de diferentes maneras por investigadores anarquistas, por burgueses y en última instancia especialmente por investigadores revisionistas. Nos resulte más grato o más ingrato, en honor a la honestidad no se puede negar que quedan en pie los siguientes resultados de esa crítica.

No se debería hablar en ningún modo de los empresarios capitalistas y suponer con ello que la existencia de la sociedad capitalista depende singularmente del número de esos empresarios. Se debería hablar más bien de aquellos que tienen intereses en el capitalismo, de aquellos a los que, en lo que respecta a

su nivel externo de vida dentro del capitalismo, les va relativamente bien y gozan de seguridad; de aquellos que, en tanto que no son excepciones sino personas del montón, dependen de sus intereses en el capitalismo en lo referente a sus opiniones, aspiraciones y convicciones, da lo mismo si son empresarios autónomos, agentes bien situados, altos funcionarios y empleados, accionistas, rentistas o lo que fuere. Y al respecto sólo puede decirse, en base a la estadística de los impuestos y a otras observaciones que no tienen vuelta de hoja, que la cifra de esas personas no ha disminuido, sino que ha aumentado un poco de manera tanto relativa como absoluta.

Hay que cuidarse en este ámbito particularmente de dejarse llevar por sentimientos y querer deducir conclusiones generalizadoras de pequeñas experiencias personales y de observaciones parciales. Todo el mundo puede ver, ciertamente, que los grandes almacenes, y en algunos lugares también las sociedades de consumo, eliminan eficazmente a medianos y pequeños comerciantes. Tampoco hay que tomar en consideración solamente a los comerciantes arruinados y que tienen que cerrar las tiendas, sino más bien a aquellos que nunca encuentran el coraje y los medios para independizarse. La cuestión es sólo saber dónde hay que clasificar a una gran parte de esos dependientes, si son o no proletarios. De ellos hablaremos después, cuando investiguemos qué es lo que ha de entenderse por proletario. Pese a todas esas experiencias personales y a las percepciones individuales de diletante, no hay que negar que la cifra de los interesados en el capitalismo no decrece, sino que incluso aumenta.

Por lo que se refiere a la cifra de empresas capitalistas y de fábricas, se puede admitir que decrece; hay que añadir que ese decrecimiento en conjunto es insignificante y no muestra en modo alguno una tendencia a una progresión rápida, por lo que el fin del capitalismo, si hubiera de depender realmente de ese decrecimiento, no se vería en milenios.

El problema de la nueva clase media ha sido muy discutido. Pero no hay que negar que existe. No está escrito en ninguna parte que por clase media haya que entender sólo a artesanos independientes, comerciantes, pequeños campesinos y rentistas.

Podemos unir la cuestión de quién pertenece a la clase media con aquella otra de quién es un proletario. A los marxistas les

gusta quedarse en eso, aferrarse a ello con toda violencia, como a la última tabla de salvación, diciendo: un miembro de la clase propietaria es independiente y está en posesión de sus medios de trabajo y dispone de su propia clientela; proletario es el que es dependiente, el que no está en posesión de sus medios de trabajo y no es independiente frente a los que reciben sus productos. Esa explicación es insostenible; lleva a resultados enteramente grotescos. Hace años discutí con Clara Zetkin⁵² sobre este aspecto del problema en un mitin público que tuvo lugar en una de las más grandes salas de Berlín, y le pregunté: el propietario de esta sala es probablemente, como la mayoría de los propietarios de tales establecimientos, por completo dependiente de la cervecería que le entrega la cerveza; esa cervecería tiene hipotecas sobre su finca; está comprometido por ello a despachar durante años enteros sólo su cerveza: las mesas, las sillas, los vasos, son propiedad de la cervecería; sus ingresos ascienden anualmente a 30.000, a 40.000, a 50.000 marcos⁵³; han surgido en esta era capitalista funciones para las cuales no bastan las denominaciones usuales; no es un empleado, no es un agente; es un autónomo, pero no es independiente; no es propietario de sus medios de trabajo, pero ¿es un proletario? No todos lo querrán creer de inmediato, pero de verdad que he recibido esta respuesta: sí, efectivamente, es un proletario; lo que importa no es el nivel de vida y tampoco la posición social, sino sólo la propiedad de los medios de trabajo y la seguridad; pero la existencia de ese individuo privado de sus medios de trabajo es absolutamente insegura. Yo me había permitido entonces decir, llanamente y no propiamente en un lenguaje científico, que un proletario es el que vive en un nivel de vida proletaria. Se dan, naturalmente, todas las graduaciones posibles; desde la miseria más grande, pasando por una existencia que siempre alcanza el mínimo indispensable, hasta el obrero que puede vivir más o menos bien con su familia, que sobrevive a periodos de desempleo, que, en general, y sin saberlo, ve reducida su vida o al menos la intensidad de su vida

⁵² De soltera Clara Eisner (1857-1933). Fue una luchadora por los derechos de la mujer. Militó en el Partido Socialdemócrata alemán hasta 1917 cuando ingresó a la Liga Espartaquista, ala izquierda del Partido Socialdemócrata Independiente de Alemania (USPD) que luego formaría el Partido Comunista de Alemania (KPD). [N. de E.]

⁵³ Cantidad muy alta para la época. [N. del R.]

y de las de sus descendientes a causa de la desnutrición, y no llega nunca a disfrutar de un modesto sobrante, sin el cual no es posible participar del arte, de la belleza, de la libre diversión. Así entiende todo el mundo la palabra proletario y así la entendemos también nosotros. Pero hay más: así y no de otro modo la entienden también los marxistas y no pueden hacerlo de otra manera. Esos proletarios son los únicos que no están interesados en el capitalismo, sino en una transformación de las condiciones (si conciben su interés desde el punto de vista de la totalidad), sólo de esos proletarios se puede decir que no tendrían nada más que perder que sus cadenas, y que tendrían un mundo que ganar.

Ya en las capas superiores de la clase obrera hay oficios que no corresponden completamente al proletariado. A algunas categorías entre los obreros de las artes gráficas, a algunos obreros de la construcción, no obstante sus salarios proporcionalmente elevados y las jornadas de trabajo favorables, tendríamos que incluirlos todavía entre los proletarios, a causa de la inseguridad de su posición y del desempleo siempre amenazante, si no fuese porque se han procurado su forma de sobrevivir a esos periodos de miseria mediante sus propias instituciones, los sindicatos, nunca bastante estimados para sus fines de defensa dentro del capitalismo. Pero hay que confesar que ese es un caso fronterizo; y en caso de peligro, en los casos de accidentes, de invalidez y de vejez, no están suficientemente bien asegurados ante las privaciones; se les puede contar todavía entre los proletarios.

En cambio, es preciso decir que hay en otros estratos personas que son mucho más pobres, pero que no deberían ser llamadas proletarias. A esa categoría pertenecen los escritores y artistas pobres, los médicos, los oficiales y otros por el estilo. A costa de duras privaciones ellos mismos o sus padres les aseguraron una forma de cultura, que a menudo no los protege del hambre ni del pan duro ni de la comida de la beneficencia; pero por sus hábitos externos de vida y su riqueza interior los distinguen de los proletarios y constituyen, ya sean aislados, ya estén organizados o sean como los gitanos, una pequeña clase en sí, que por lo demás parece aumentar más rápidamente que el grueso del proletariado. Algunos de ellos se hunden a veces, cuando han perdido su sostén interior, en las capas más bajas del proletariado, se convierten en vagabundos, en rufianes, en estafadores o en delincuentes habituales.

Así pues, entre las vastas capas de aquellos que son dependientes en alguna forma se encuentran muchos que no son, en modo alguno, proletarios. No cabe duda de que entre los empleados de comercio, por ejemplo, se encuentran muchos que no se distinguen ni exterior ni interiormente del proletariado. Esto es aplicable sobre todo a muchos dibujantes, técnicos y demás. Los empleados subalternos constituyen una categoría aparte; interiormente se les puede llamar más bien esclavos que proletarios. No sabríamos decir a qué categoría pertenecen los empleados de los sindicatos del partido; se los tiene en cuenta más por su influencia que por su número.

Pero tenemos un gran número, creciente, de gentes que constituyen sin duda una nueva clase media, en tanto que no forman parte de las clases acomodadas. Empleados de comercio, directores de sección y de sucursal, directores y directores generales, ingenieros e ingenieros jefes, agentes, representantes: todos ellos pertenecen a esa categoría. Participan de tal manera en el capitalismo que no hay que contar con su proletarización ni con que se vuelvan revolucionarios en base a su situación material y a las convicciones determinadas por ella. Pero sólo de tales proletarios se puede tratar para el marxismo; el hecho de que haya personas excepcionales o masas de seres en una condición excepcional, en la que no hay absolutamente ninguna relación directa, mecánica, entre la forma de pensar y la voluntad y la situación externa, es precisamente lo que el marxismo desatiende, y debe ser remarcado nuevamente por nosotros.

Sobre la inseguridad... Debemos decir que la inseguridad existe para todos aquellos que forman parte de una sociedad capitalista, pero hay que distinguir según el grado. Pero hablamos también de determinados estratos interesados particularmente en el capitalismo y a los que en lenguaje abreviado llamamos capitalistas, mientras que en realidad todos nosotros, sin la menor excepción, en tanto que exista el capitalismo, participamos en él, estamos encadenados a él y actuamos en verdad de manera capitalista, sin excluir a los proletarios. Así pues, en lo relativo a la seguridad tenemos que hacer distinciones laxas y no trazar fronteras definidas, sino imprecisas, pues no se trata de creaciones abstractas, sino de realidades históricamente dadas. Para los muchos que incluimos –a pesar de su independencia,

a pesar de que no disponen de medios propios de trabajo y de clientela propia— en la nueva clase media o en los estratos de los acomodados, la inseguridad existe normalmente sólo de manera teórica, como una posibilidad que no hay que negar, pero que sólo excepcionalmente se convierte en un hecho real. Pero como los marxistas en verdad no son dados a sutilezas ni a exponer conceptos, sino que quieren dar a sus previsiones sobre el destino y la conducta de determinados estratos sociales una expresión general adornada con lenguaje científico, no podrían, si no quieren engañarse y engañar sus propios deseos y defender hasta el final teorías falsas, después de las declaraciones que se les han atribuido, no podrían, repetimos, negar que hay un número considerable, lentamente creciente, de dependientes y de subordinados que, sumado todo en su conjunto, nunca correrán el riesgo de convertirse en proletarios.

Parece ya, pues, que las profecías de los marxistas quedan en mal lugar. Y, sin embargo, puede admitirse que en algún momento eran tan verdaderas como pueden serlo las palabras de un profeta. Karl Marx fue un legítimo profeta, aun cuando empleara sólo en raros momentos de elevación el verdadero idioma de los poetas y los profetas, utilizando en general el lenguaje de la ciencia y no pocas veces el malabarismo científico, en los momentos en que concibió sus pensamientos y los expuso en base a su análisis del joven capitalismo. Pero eso quiere decir que era alguien que lanzaba advertencias. Anunciaba el futuro que habría llegado si se hubiera estancado en lo que él vio ante sí. Y también fue un verdadero profeta, uno de aquellos que no sólo lanzan advertencias, sino que actúa, pues él mismo contribuyó considerablemente a que las cosas no se quedasen donde las vieron sus ojos, y sus advertencias tuvieron consecuencias y ha llegado algo distinto. Sus palabras decían, sin que él lo supiera: “¡Capitalistas, si continúa la explotación rabiosa, la rápida proletarización, la salvaje competencia entre ustedes, si continúan devorándose unos a otros, si se enfrentan con el proletariado y reducen el número de fábricas aumentando la magnitud de las que quedan, entonces la cosa llegará pronto a su final!”.

Pero eso no ha ocurrido. El capitalismo ha creado una multiplicidad tan ramificada de necesidades; ha tenido que satisfacer lujos estériles tanto caros como de precio medio y baratos;

las grandes industrias han creado una necesidad tal de industrias auxiliares que ninguna forma de técnica se ha hecho superflua; han surgido nuevos tipos, por ejemplo, de industrias rurales y domésticas, de fábricas pequeñas y medianas, e incluso tampoco se ha reducido la cifra de los vendedores ambulantes y de los detallistas, y si los negocios especiales, los locales de venta pequeños y medianos han sido desbancados ciertamente en algunas comarcas, en cambio encuentran nuevas posibilidades en otras partes.

Con la competencia no se ha ido cada vez peor, según auspiciaban el esquema abstracto o la desesperación poéticamente elevada; estamos en medio del gran movimiento de *trustificación* y de sindicalización, que sin duda priva a algunas pequeñas empresas de su clientela y de su existencia, pero que en cambio procura que muchas otras empresas medianas, grandes y gigantes hayan reconocido su complementariedad y se alíen contra los consumidores, en lugar de esforzarse locamente por correr en competencia en busca de ellos. Y vemos también cómo los pequeños aprenden de ellos y forman sus asociaciones y cooperativas para poder sostenerse. Las asociaciones de los carpinteros independientes poseen grandes locales de exposición y hacen la competencia a los grandes empresarios; los pequeños comerciantes se agrupan en grupos de venta o para la fijación de precios unitarios. El capitalismo conserva en todas partes su vivacidad; y en lugar de traspasar sus formas al socialismo, utiliza al contrario la forma legítimamente socialista de la cooperativa y de la reciprocidad para sus fines de explotación de los consumidores y del monopolio del mercado.

También desde los dominios de la legislación estatal se ha procurado que el capitalismo cobre pujanza y vida en los diferentes países. De la misma manera en que los sindicatos capitalistas se preocupan en cada país de que no se produzcan la oferta a bajo precio y la competencia desleal, la política aduanera se preocupa a su vez de que el capitalismo de un país no pueda abatir al de otro; cada vez es más evidente la tendencia de las legislaciones aduaneras nacionales y de los acuerdos internacionales a procurar la igualdad de las condiciones en el mercado mundial. Esa igualdad de las condiciones sólo existió de manera aparente en el sistema del libre-cambio, porque las poblaciones, el nivel de los salarios, las culturas, las técnicas, las condiciones naturales y los

precios y cantidades de las materias primas disponibles no son idénticas en cada país; la política aduanera tiene la tendencia a nivelar desigualdades efectivas por medio de regulaciones artificiales. Esto está ahora en sus comienzos; por el momento se procede con verdadera barbarie en ese dominio; cada Estado trata de aprovechar su poder momentáneo; pero se advierte ya claramente hacia dónde va la tendencia.

El Estado, por lo demás, se ha preocupado más o menos en todas partes de que se limasen las peores aristas del capitalismo. Se llama a eso política social. Es incontestable que las leyes de protección obrera han creado ciertas seguridades contra los ataques más furiosos del capitalismo, la explotación de los niños y de los jóvenes; y también se ha mejorado la situación de los proletarios en el capitalismo mediante la intervención, la reglamentación y la previsión estatales, y con ellas la situación del capitalismo. Precisamente ese efecto han tenido también las leyes relativas a la seguridad social, sobre todo para el caso de enfermedad.

Pero más importante todavía que esos efectos reales para el capitalismo han sido los resultados morales de esa legislación. Ha borrado para la masa, no sólo de los proletarios, sino también de los políticos, la diferencia entre su Estado futuro y el Estado presente. El Estado y su policía conquistaron una nueva esfera de poder: la inspección de las fábricas, la mediación entre obreros y patronos; la atención de los proletarios enfermos, viejos, inválidos; la defensa contra los peligros de la fábrica, y no sólo eso, sino también contra los peligros de la situación de dependencia y de inseguridad. La actitud patriarcal del Estado, la confianza infantil en el Estado y su legislación han salido fortificadas y aumentadas. El sentimiento revolucionario en las masas y en los partidos políticos se ha debilitado esencialmente.

Lo que hicieron los patronos mismos, lo que hizo el Estado, lo fomentaron también los propios proletarios, no sólo por su colaboración política en la legislación estatal, sino también por las instituciones que se crearon para su propia solidaridad. No en vano Marx y Engels no querían al principio saber nada de los sindicatos. Consideraban las asociaciones profesionales como restos inútiles, dañinos, del periodo de la pequeña burguesía. Presintieron también el papel que podía desempeñar, en beneficio de la seguridad de la existencia capitalista, la solidaridad de los

trabajadores como productores. Pero no pudieron hacer de ningún modo que los trabajadores se comportasen como redentores elegidos por la providencia y realizadores del socialismo, sino como personas que tienen sólo una vida y quieren que esa vida que están forzados a llevar dentro del capitalismo se organice lo mejor posible. Así se protegen pues los trabajadores con sus cajas contra la privación para el caso de desempleo, de cambio de residencia, de enfermedad, a veces también de vejez y de muerte repentina. Se procuran una colocación profesional rápida y conforme a sus intereses allí donde pueden valerse de las oficinas de trabajo de los patronos o de los municipios o de agencias de empleo privadas. Han comenzado a crear relaciones seguras entre patronos y obreros mediante contratos que ligan a ambas partes por plazos más largos. Se han dejado llevar por la realidad y por las exigencias del presente y no consintieron en apartarse de ello por ninguna suerte de teorías y de programas partidistas. Los programas partidistas y las teorías han tenido que seguir más bien los medios de información que ha creado la realidad de las condiciones capitalistas de trabajo. Toda suerte de doctrinarios y de idealistas, de diversos campos, quieren impedir a los trabajadores que hagan frente a su presente mísero y vacío utilizando los medios convenientes; pero eso, naturalmente, no puede tener ningún éxito. A la masa de trabajadores le gusta que se la llame la clase revolucionaria, con palabras halagadoras y de adoración; pero con eso no se la hace revolución. Sólo hay revolucionarios en masa cuando hay una revolución; uno de los peores errores de los marxistas, llámense socialdemócratas o anarquistas, lo constituye la opinión de que a través de los revolucionarios se puede llegar a la revolución, cuando lo contrario es lo correcto: sólo por el camino de la revolución se llega a los revolucionarios. Querer crear en un par de decenios cultivos puros de revolucionarios, aumentarlos y mantenerlos unidos para tenerlos en número suficiente y seguro en caso de revolución, es una ocurrencia puramente alemana, infantilmente pedante y dogmática. No hay que temer que falten los revolucionarios; surgen realmente, en una especie de generación espontánea, cuando viene la revolución. Pero para que la revolución venga, es decir, una innovación reformadora, hay que crear unas nuevas condiciones. Quienes mejor crean esas nuevas condiciones son los ingenuos, aquellos a quienes se llama

optimistas (aun cuando no es necesario que lo sean), aquellos que no dan todavía por hecho, en modo alguno, el que la revolución tenga que venir, los que están tan llenos de la necesidad y de la justicia de su nueva causa que no ven como insuperables e ineludibles los obstáculos y los peligros. Aquellos que no quieren la revolución, que es en el mejor de los casos un medio, sino una determinada realidad, que es su verdadero objetivo. La memoria histórica puede producir un efecto negativo si los seres humanos se disfrazan de antiguos romanos o de jacobinos, cuando tienen tareas muy distintas que resolver; pero peor aún es esa especie de ciencia histórica que ha traído el marxismo hegelianizado. ¡Quién sabe cuánto tiempo hace que tendríamos tras nosotros la revolución si no hubiésemos pensado en una revolución precedente! El marxismo nos ha traído una especie de marcha que no recuerda a ninguna de las maneras de andar existentes, ni siquiera a la procesión danzante de Echternach⁵⁴, en la cual se dan dos pasos adelante y uno hacia atrás, con lo cual, lógicamente, siempre hay un movimiento de avance. Pero en el marxismo se hacen, de manera consciente, movimientos aparentes hacia el objetivo de la revolución mientras uno se aleja cada vez más de ella. Resulta que la consideración de la revolución en sus resultados equivale siempre a tenerle miedo. Es de aconsejar que cuando se actúa no se piense en lo que puede suceder, sino en lo que hay que hacer. Hay que cumplir con la exigencia del día; y deben hacerlo precisamente aquellos que quieren construir de manera amplia, bien cimentada y radical la obra de su corazón, de su anhelo, de su justicia y de su fantasía.

Sin duda deben construir otra cosa muy distinta a los remiendos del capitalismo, tal y como los hemos constatado en las últimas décadas, como tentativas de los patronos, del Estado y de los obreros mismos, y tal y como lo hemos presentado de manera rápida en su contexto.

Y en ese contexto corresponde hablar también de la lucha de los obreros en sus organizaciones de productores, en los sindicatos, para la mejora de su situación y de sus condiciones de trabajo. Hemos visto cómo los obreros, en tanto que productores, mediante sus cajas, intervienen de manera normalizadora en lo que los

⁵⁴ Procesión del martes de Pentecostés en la villa de Echternach, en Luxemburgo, en la cual los participantes avanzan y retroceden dando pequeños saltitos al son de la música. [N. del R.]

marxistas califican de fatal e ineludible. Pero al mismo tiempo es siempre una tarea principal de los sindicatos luchar por salarios mayores y por la reducción de la jornada por el camino de la negociación y de la huelga.

En el caso de la lucha por el aumento de salarios se trata en realidad de la lucha de algunos productores, aunque sean muchos y estén cohesionados de cara al exterior, contra la totalidad de los consumidores; y dado que cada cual interviene de vez en cuando en esa lucha de productores, hablamos en realidad de la lucha de los trabajadores contra ellos mismos. Los trabajadores y sus organizaciones están inclinados, de forma absolutamente diletante, a tomar el dinero, el salario que reciben, como una magnitud constante, absoluta. No cabe duda de que cinco marcos son más que tres marcos; y hay que comprender y sentir empatía ciertamente por el hecho de que los trabajadores se alegren si ayer recibían tres marcos diarios y desde hoy reciben cinco marcos de salario. El problema es sólo si dentro de un año, de tres, de cinco, de diez años, tendrán el mismo motivo para sentirse satisfechos. El dinero es sólo la expresión de las relaciones de los precios y los salarios entre sí: lo que importa es la fuerza adquisitiva del dinero.

Obviamente los aumentos de salario, lo mismo que los demás impuestos y tarifas, aumentan también los precios de los artículos. Naturalmente el obrero que construye pianos se inclina a argumentar así: “¡Qué me importa a mí que los pianos se encarezcan! Yo recibo un salario mayor y no compro pianos, sino pan, carne, ropa, vivienda, etc.”. Y también el tejedor, por ejemplo, puede decir: “Aun cuando los materiales que debo comprarme se encarezcan, se habrá encarecido sólo una parte pequeña de lo que necesito, pero he aumentado mi salario, con el que cubro todas mis necesidades”.

Se puede dar la respuesta a esas y a todas las objeciones del egoísmo privado en la versión básica y extensiva que debemos a Proudhon: lo que es válido en los asuntos económicos para el individuo privado ordinario, se vuelve falso en el momento en que se quiere extender a toda la sociedad.

Los trabajadores se comportan en sus luchas por el salario tal y como tienen que comportarse en tanto que participantes de la sociedad capitalista: como egoístas que luchan a codazos, y, como no pueden hacer nada solos, como egoístas organizados, unidos.

Están organizados y unidos como compañeros de oficio. Todas esas asociaciones profesionales juntas constituyen la totalidad de los trabajadores en su papel de productores para el mercado capitalista de productos. En ese papel llevan a cabo una lucha contra los empresarios capitalistas, según creen, pero en realidad contra sí mismos en su realidad como consumidores.

El llamado capitalista no es una figura sólida, palpable; es un intermediario, al que ciertamente se le puede reprochar mucho, pero los golpes que el obrero militante quiere asestarle como productor no le alcanzan. El trabajador arremete una y otra vez contra un espejismo transparente y se golpea a sí mismo.

En las luchas dentro del capitalismo sólo pueden obtener victorias reales, es decir, beneficios duraderos, los que luchan como capitalistas. Si un ingeniero, un director o un empleado comercial logra hacerse indispensable a su jefe o a su sociedad anónima por su capacidad personal o su saber en torno a los secretos del negocio, puede decir un día: hasta ahora he tenido 20.000 marcos de sueldo, dame 100.000 o me paso a la competencia. Si impone esa condición, tal vez obtenga una victoria definitiva para toda su vida; ha procedido como capitalista; el egoísmo ha luchado contra el egoísmo. Así puede hacerse indispensable también un obrero, mejorar su nivel de vida o penetrar en el ámbito de la riqueza. Pero cuando los trabajadores luchan en sus sindicatos, se convierten en números, cada uno de los cuales carece de importancia a nivel personal. Aceptan con ello su papel de engranajes dentro de la máquina, actúan sólo como partes y la totalidad reacciona contra ellos.

Los obreros provocan, con su lucha como productores, un encarecimiento en la producción de todos los artículos. Ese encarecimiento, aun cuando se trate en parte de artículos de lujo, condiciona sin embargo un aumento de los precios, sobre todo en los artículos de primera necesidad. Y no un aumento proporcional, sino desproporcionado. Con el aumento de los salarios aumentan los precios desproporcionadamente; con la reducción de los salarios, sin embargo, se reducen los precios de forma desproporcionada, lenta y escasa.

Resulta de ahí que a la larga y en conjunto la lucha de los obreros en su papel de productores tiene que perjudicar necesariamente a los trabajadores en su realidad como consumidores.

No se afirma aquí en absoluto que el extraordinario encarecimiento del costo de la vida y el agravamiento de las condiciones de vida de muchos haya que cargarlos totalmente o en lo principal en la cuenta de los propios trabajadores. Muchos factores han contribuido a ello, y el egoísmo fue siempre el culpable, ya que no conoce ninguna economía general y por consiguiente ninguna cultura. Uno de esos factores fue la lucha de los productores, que a través de ella han mostrado expresamente ser miembros del capitalismo, pero en su categoría más baja. Todo lo que los capitalistas hacen como capitalistas es ruín; lo que hacen los obreros como capitalistas es proletariamente ruín. Naturalmente, con ello sólo afirmamos que han adoptado un papel ruín; eso no cambia para nada el hecho de que fuera y dentro de ese papel puedan ser honrados, valientes, nobles, heroicos. También los ladrones pueden ser heroicos; pero los trabajadores en su lucha por el aumento del salario y de los precios, sin saberlo, son ladrones de sí mismos.

Se hará quizá la observación de que los trabajadores no lucharon con la huelga sólo por el aumento del salario, sino también por la reducción de la jornada, por solidaridad con los despedidos, por sus bolsas del trabajo, etc.

A ello hay que replicar que en un contexto como este lo único relevante sería el efecto del aumento de salario, y que nos malinterpreta quien piensa que hay que entablar aquí una lucha contra los sindicatos. ¡No! Admitimos que los sindicatos constituyen una organización absolutamente necesaria dentro del capitalismo. Que se entienda finalmente lo que en general se ha dicho aquí. Aquí se reconoce que los obreros no son una clase revolucionaria, sino un montón de pobres diablos que tienen que vivir y morir bajo el capitalismo. Aquí se admite que la política social del Estado y de los ayuntamientos, la política proletaria del partido obrero, la lucha proletaria de los sindicatos, las cajas de los sindicatos son necesarios para los trabajadores. Se concede también que los pobres obreros no siempre están en situación de defender los intereses de la comunidad, ni siquiera de la comunidad del proletariado. Los sectores económicos deben continuar su lucha egoísta, pues cada sector es una minoría frente a los otros y debe defenderse a sí mismo en relación con el encarecimiento creciente de los costos de la vida.

Pero todo lo que aquí se reconoce, confiesa y concede, son verdaderos golpes para el marxismo, que quiere concebir a los obreros en su papel de productores, no como la mísera capa inferior del capitalismo, sino como los vehículos de la revolución y del socialismo, elegidos por el destino.

En cambio, aquí se dice: no. Todas esas cosas son necesarias en el capitalismo, mientras los trabajadores no sepan salir del capitalismo. Pero todo esto gira siempre dentro del círculo vicioso del capitalismo; todo lo que ocurre dentro de la producción capitalista sólo puede llevar a adentrarnos más profundamente en ella, pero nunca a salir de ella.

Queremos considerar esto mismo de nuevo y brevemente desde otro aspecto. Los capitalistas, como Marx y otros han mostrado en muchos y valiosos análisis, perpetran una extorsión contra los trabajadores; ustedes, en realidad, no tienen medios de trabajo ni talleres ni medios fabriles; existen en gran número, a menudo mayor del que nosotros necesitamos: trabajan por el salario que les ofrecemos. Mientras los capitalistas permanecen simplemente unidos –sin necesitar un acuerdo para ello– en ese comportamiento ante los obreros, encontrándose al mismo tiempo en violenta competencia unos con otros a nivel nacional e internacional, resultan de ahí dos series de hechos: salarios bajos y precios bajos. Si los obreros se asocian para responder, forzados por las circunstancias y legítimamente contra la extorsión (“ninguno de nosotros trabajará si no se pagan salarios más altos”), el resultado es entonces: salarios altos y precios altos. Si como respuesta frente a ello los capitalistas se unen de nuevo, primero para ayudarse y protegerse mutuamente contra la presión de los trabajadores, luego en cárteles a fin de fijar los precios, entonces se hará cada vez más difícil el aumento de los salarios y cada vez más fácil el aumento de los precios. A eso se añade además la protección arancelaria contra la competencia extranjera barata; algunas veces también la introducción de fuerzas de trabajo más baratas y con pocas exigencias del extranjero o del país, o también la sustitución de los obreros por mujeres, de los oficiales por peones, del trabajo manual por el trabajo mecánico. Se ve que el capitalismo se encuentra en situación de ventaja en todas partes, mientras que los

obreros sólo pueden tener influencia en los salarios, pero no al mismo tiempo en los precios.

Si por consiguiente los trabajadores se mantienen en su papel de productores para el mercado capitalista, y a pesar de todo mejoran radicalmente su situación, es decir, le sustraen al capital una parte de sus beneficios y se quedan con ellos, no les queda otra cosa que aspirar simultáneamente a los salarios más altos posibles y a los precios más bajos posibles. Mediante la ayuda mutua pueden avanzar también hasta cierto grado dentro del capitalismo en esa dirección: estableciendo una forma de organización del socialismo, la cooperativa, al servicio de su consumo, y excluyendo así a los intermediarios para una parte de sus necesidades (en el dominio de la alimentación, de la vivienda, del vestido, de la economía doméstica, etc.). Así, los obreros organizados sindicalmente, con salarios relativamente elevados, cuentan con perspectivas de disfrutar realmente de una parte de sus éxitos si cubren sus necesidades en sus cooperativas de consumo (también las cooperativas de viviendas son cooperativas de consumo) a precios relativamente bajos.

Otro camino, más radical, para el traspaso de una parte de los beneficios capitalistas a manos de los trabajadores, es decir, para la confiscación de la riqueza, es la fijación simultáneamente de los salarios mínimos y de los precios máximos por parte de la legislación del Estado o de las municipalidades. Ese era el medio de las comunas medievales y también, sin verdadero éxito, se propuso en la Revolución Francesa mucho más de lo que realmente se intentó. Dejando a un lado la política comunal de la Edad Media, donde se trataba de condiciones completamente distintas en las que existían una verdadera cultura y una verdadera comunidad, se puede decir que tal confiscación de capital es política revolucionaria de clases, que se recomienda tal vez temporalmente en periodos violentos de transición, pero que a lo sumo no es más que un pequeño paso en el camino hacia el socialismo, pero no es socialismo, pues el socialismo no es una operación violenta, sino un estado de salud permanente.

En ambos caminos –en el de la combinación del salario sindical y del precio de la cooperativa y en el de la fijación de altos salarios y de bajos precios– hay una amalgama transitoria y poco rigurosa de capitalismo y de socialismo. La organización

del consumo es un comienzo de socialismo, la lucha de los productores es un fenómeno de la decadencia del capitalismo. Salarios altos y precios bajos son, en su simultaneidad, una incoherencia que asusta, y una sociedad capitalista no podría soportar ni el efecto de la confluencia de un fuerte movimiento sindical y de un sólido movimiento de cooperativas de consumo, ni la imposición por parte de las autoridades de altos salarios y de bajos precios. Semejante valor forzoso del dinero –no se trata de otra cosa en ambos casos– provocaría una terrible explosión y sería el comienzo de la bancarrota estatal y social.

Esa podría ser una señal para los revolucionarios violentos; pero, naturalmente, el capitalismo se defendería también esta vez a sí mismo; vemos ya hoy mismo cómo el movimiento sindical y el cooperativo son observados con desconfianza. El uno constituye siempre un elemento de intranquilidad revolucionaria y entraña la tendencia a la huelga general; el otro es un comienzo, aunque modesto y ni siquiera consciente, del socialismo. Si ambos movimientos se hiciesen más fuertes y fueran conscientes de su complementariedad, se acercaría de forma amenazadora una paralización tan sofocante que se abriría una válvula de escape y la coalición en ambos dominios económicos se restringiría o sería completamente prohibida.

Con salarios altos y precios bajos se hace imposible la vida a toda la sociedad; exactamente tan imposible como con salarios bajos y precios altos. En periodos de paz relativa los capitalistas y los obreros no renunciarán a procurarse, en su ciego egoísmo privado, precios altos y sueldos y salarios altos, desencadenando así, cada vez más, el deseo de lujo y la insatisfacción, el descontento con la vida, la dificultad para procurarse dinero, el estancamiento, la crisis crónica y la recesión; en el momento de la revolución, la tendencia, que predicó Proudhon tan grandiosamente en 1848, aunque sin éxito (“¡precios bajos, ingresos bajos, salarios bajos!”), muy probablemente se abrirá camino. Eso tendría por consecuencia la libertad, la movilidad, el ánimo alegre, la circulación rápida del dinero, la facilidad de la vida, las modestas alegrías, la sencilla inocencia.

Por lo demás, no se debe entender la predicción de lo que el Estado y el capitalismo harían, o deberían hacer, si fuesen prisionados por la gigantesca asociación de un fuerte movimiento de productores y de consumidores; no se debería entender,

repetimos, como una advertencia dirigida a los obreros, según el modelo recurrente: “¿Qué debemos hacer? ¡El Estado lo prohibirá!”. Tal advertencia no entra dentro de nuestro carácter ni de nuestra competencia. Puede suponerse, no obstante, que otros actuarán conforme a su papel; se espera que eso sea así y no necesita uno preocuparse por ello. El que cree tener por misión conseguir que los capitalistas reciban cada vez menos de los trabajadores y entreguen a estos cada vez más, ha aprendido ya de nosotros que el arma más eficiente para ello es una fuerte organización de consumidores unida a una lucha sindical efectiva. Pues en su contrario, en la fijación gubernativa de los salarios y de los precios, casi nadie pondrá muchas esperanzas, y lo mismo en el intento correspondiente de confiscar por los impuestos el exceso de ingresos de los capitalistas y hacerlo llegar por medios apropiados al proletariado, a las asociaciones obreras. Éste es también un medio simplemente revolucionario, poco riguroso y chapucero, y al que sólo se podría recurrir precariamente en momentos de transición. Algo parecido se intentó hacer aquí y allí, también sin éxito, en el periodo de la Convención y poco después de 1848 fue propuesto también por Girardin⁵⁵ en Francia. También la acción y la agitación de Lassalle⁵⁶ se movían en ese sentido.

No prevenimos, pues, contra el intento singular de llevar a la sociedad la paralización y el estancamiento por una combinación de revolución y de socialismo, de lucha y de construcción. Sólo debemos decir que hoy día estamos muy lejos de eso y que las cooperativas de consumo como las que hoy tenemos, que son un mísero comienzo del socialismo, sin saberlo, no están preparadas en lo más mínimo para competir seriamente de algún modo con el capitalismo en los precios, o para quitarle la clientela. Esta es ante todo la tarea de aquellos que llaman al socialismo: decir que el socialismo debe comenzar, y que para que llegue sólo puede comenzar por el consumo.

Pronto volveremos sobre eso. Nuestra tarea aquí era mostrar que toda lucha unilateral y toda actuación en el terreno

⁵⁵ Émile de Girardin (1806-1881), político y periodista francés que pasó de la socialdemocracia al legitimismo monárquico napoleónico. [N. del R.]

⁵⁶ Ferdinand Lassalle (1825-1864), abogado, político socialista y sindicalista francés, amigo personal de Marx y Engels. [N. del R.]

de la producción capitalista, todo procedimiento, pues, de los productores no es más que un trozo de historia del capitalismo y nada más.

Pero ya que hemos llegado a describir y a criticar la actuación de los productores dentro de los sindicatos, la ayuda económica mutua de los trabajadores y la presión así conseguida con objeto de producir regulaciones legales por parte del Estado, debemos abordar otros dos importantes problemas de esas organizaciones y de sus luchas. Labores principales de los sindicatos son aún la consecución de la reducción de la jornada de trabajo y una modificación del sistema de salarios, que está en íntima relación con aquélla; es decir, la sustitución del salario por pieza y a destajo por el salario por día. El salario por pieza y a destajo es una remuneración en función del trabajo invertido, en cuanto a cantidad y calidad, para obtener un producto. Hay que decir que en una economía de intercambio justa se deberá volver siempre a ese tipo de salario; pero que en una sociedad de injusticia contra los seres humanos, de abandono de sus necesidades más urgentes, apenas puede haber algo peor que la agudización de esa injusticia mediante la justicia contra las cosas. Bajo el régimen del capitalismo, el obrero no puede tolerar que otro principio que no sea su propia necesidad determine sus ingresos. Pero como a las necesidades de su cuerpo y de su vida no sólo les corresponde recibir un salario que le permita existir a él y a su familia, sino también conservar la salud, el sueño y el ocio –que se pierden por jornadas excesivas–, la lucha por la reducción de la jornada le ofrece un nuevo motivo para resistirse contra el salario por pieza y a destajo: pues la disminución de la jornada no debe reducir sus ingresos y no debe obligarlo tampoco al aumento desmesurado de la intensidad del trabajo. Por lo demás, es también dudoso que en algunos oficios, por ejemplo en los de la industria de la construcción, se pague, no un salario diario, sino un salario por hora: los obreros son forzados con ello, en toda lucha por la reducción de la jornada, a combatir simultáneamente por el aumento del sueldo por horas, y a menudo esa disputa termina con una solución intermedia: obtienen lo uno y deben ceder en lo otro; reducen, por ejemplo, simultáneamente su jornada y sus ingresos efectivos. Por eso en todas partes sometidas al capitalismo los trabajadores deberían

combatir no sólo el salario por pieza y a destajo, sino también el salario por hora. Salario por día: tal debe ser la demanda del obrero capitalista. En ella se expresa con especial nitidez, para cualquiera que tenga un mínimo de sensibilidad para la cultura o para percibir la depravación, que el obrero no es un ser humano libre que entra en el mercado de la vida y del intercambio de mercancías, sino que es un esclavo cuya subsistencia debe ser proporcionada por el amo y garantizada por la sociedad. Bajo el régimen del salario por día no se establece una relación expresa del trabajo con la cantidad y la calidad de sus productos, no existe un intercambio de trueque; existe sólo la necesidad que exige la subsistencia. Nuevamente vemos aquí, pues, que el obrero, en el mundo capitalista, tiene que tomar partido por una institución capitalista, anticultural, para sostener su existencia; la necesidad y su papel de productor lo convierten en cómplice y en siervo del capitalismo. La lucha del obrero organizado sindicalmente por su propio salario diario tiene su contrapartida en la vida del Estado, a saber, en la lucha de los obreros políticamente militantes por el voto secreto. Por indigno que sea ganarse la subsistencia en forma de salario diario, en lugar de cambiar producto por producto, es decir, recibir precio de producto o salario de producto, es igualmente vil ejercer su derecho y su deber ante la comunidad a escondidas y con miedo en el cuarto oscuro. Ese era el motivo por el cual M. von Egidy⁵⁷ se pronunció en favor del voto público: él quería que no pudiera tener ninguna consecuencia negativa para los seres humanos libres y sinceros. Pero era una quijotada de este noble señor; actualmente el obrero tiene que querer ser asalariado por día y el ciudadano tiene que querer ser un paria asustado; es imposible comenzar la curación de la economía capitalista y del Estado capitalista en los fenómenos particulares, en los problemas insolubles. El obrero tiene que ocuparse de su vida; y su vida estaría amenazada si no fuese a votar en cuartos oscuros; su vida estaría en peligro si no recibiese un salario por día. Todo esto de que hablamos aquí son necesidades ineludibles de la vida, mientras no salgamos del capitalismo: pero desde luego son de todo menos medios y caminos hacia el socialismo.

⁵⁷ Moritz von Egidy (1847-1898), filósofo pacifista y cristiano alemán. [N. del R.]

La reducción de las horas de trabajo muestra dos aspectos, uno de los cuales es muy señalado, mientras que al otro, hasta donde yo sé, no se le presta mucha atención. La reducción de la jornada es necesaria en primer lugar para conservar las fuerzas de los trabajadores; y es aquí donde nuestra tarea consiste, en nombre del socialismo, no en combatir los sindicatos, esa institución de combate y de regulación del capitalismo, no en combatirlos, decimos –pues eso sería algo más que insensato, sería casi criminal, porque, por el bien de los seres humanos que viven ahora, no se debe combatir absolutamente todo fenómeno particular del capitalismo–, sino que, si queremos atenernos a una crítica fría y objetiva, debemos detenernos un momento aquí para dar a los sindicatos las merecidas gracias por su valiosísima actividad. En todos los países han reducido el tiempo del esfuerzo de los trabajadores, el trabajo en tareas a menudo poco interesantes, en fábricas que los agotan y los disgustan, con técnicas que consumen todas sus fuerzas hasta el extremo y hacen mortalmente aburrida e insípida su actividad. Se lo agradecemos y los elogiamos por ello. ¡A cuántos les ha permitido esto tener más descanso al terminar la jornada para una agradable vida de familia, para las nobles alegrías fácilmente asequibles de la vida, para la lectura de libros y escritos hermosos e instructivos, para la participación en la vida pública! ¡A cuántos y a cuán pocos! Tan sólo en los últimos tiempos, y con medios generalmente insuficientes y a menudo ridículamente monótonos y partidistas, se ha comenzado a hacer algo para llenar debidamente las horas ganadas al trabajo. Junto a la lucha contra las largas jornadas, tendrán los sindicatos que luchar contra el alcoholismo, terriblemente devastador; tendrían que considerar como su deber no sólo la preocupación por los obreros productores, sino también por los que descansan y terminan el trabajo. Ahí hay todavía mucho por hacer y se presenta una buena oportunidad para la cooperación de los artistas, de los poetas, de los pensadores de nuestro pueblo. No sólo debemos llamar al socialismo; no sólo debemos seguir la voz de la idea y construir el futuro; en nombre del espíritu, que debe convertirse en cuerpo y forma para nosotros, debemos dirigirnos a los seres vivientes de nuestro pueblo, a los adultos y a los niños, y hacer todo lo que nos sea posible para que su cuerpo y su espíritu sean fuertes y delicados, firmes y flexibles.

Y así, con esos seres vivientes, ¡vayamos al socialismo! Pero no se entienda mal esto, como si hubiera de proporcionárseles una determinada ciencia, o instrucción o arte socialistas. ¡Ay, bastante se ha manipulado ya con manualitos de partido y con escritos tendenciosos, hasta el punto de que es más valiosa y naturalmente más libre, por ejemplo, la llamada ciencia burguesa que la socialdemócrata! Todos esos intentos conducen a algo oficial, oficioso, gubernativo. Es un gran defecto, en que tienen su culpa todas las tendencias marxistas, desde la socialdemócrata a la anarquista, que en los círculos de los trabajadores se desprecie y se desconozca todo lo apacible y eterno, mientras que en cambio lo propagandista y el griterío superficial cotidiano se sobreestima y brilla allí en todo su esplendor. Yo mismo he experimentado en una gran ciudad de Alemania, donde pronuncié diez conferencias sobre literatura alemana, organizadas por una asociación socialdemócrata y a las que asistieron miembros de los sindicatos, cómo después de una conferencia entraron en la sala obreros anarquistas que habían evitado ir allí ¡para pedirme que diera una conferencia para ellos en otra ocasión! Entonces me propuse darles la siguiente respuesta: “He pronunciado una conferencia hablando de Goethe, de Hölderlin, de Novalis, de Stifter y de Hebbel, de Dehmel y Liliencron y de Heinrich von Reeder y Christian Wagner, y de muchos otros; pero ustedes no la han querido oír, porque no saben que la voz de la belleza humana que debe venir a nosotros, que el fuerte y claro ritmo y la armonía de la vida no se encuentra tanto en el mugido de la tormenta como en el soplo suave de la brisa tranquila y en el sagrado silencio de la inmovilidad”.

Al soplo del viento, al murmullo del agua, al crecimiento del trigo, a las olas del mar, al verdor de la tierra, al esplendor del cielo, al brillo de las estrellas: a todos los considero grandes; a la tempestad que se acerca soberbiamente, al rayo que parte casas en dos, a la tormenta que trae el incendio, al monte que escupe fuego, al terremoto que sacude países, no los considero más grandes que a los fenómenos anteriores; al contrario, los tengo por más pequeños, porque sólo son efectos de leyes muy superiores... Queremos tratar de percibir la suave ley que guía a la especie humana... La ley de la justicia, la ley de la costumbre que quiere que cada cual sea respetado, honrado, sin peligro junto

a los otros; que pueda seguir una carrera humana más alta, que se gane el amor y la admiración de sus contemporáneos, que sea protegido como una alhaja, pues todo ser humano es una alhaja para los otros seres humanos, y esa ley rige en todas partes donde habitan seres humanos junto a seres humanos. Está en el amor de los esposos, en el amor de los padres a los hijos, de los hijos a los padres, en el amor de los hermanos, de los amigos, en la dulce atracción de los dos sexos, en la laboriosidad con que nos sostenemos, en la actividad que se despliega para el propio pequeño círculo, para la lejanía, para la humanidad... (Adalbert Stifter⁵⁸).

Así también es el socialismo hacia el que apelamos aquí en voz alta, del que hablamos aquí en calma: la suave realidad de la belleza permanente de la convivencia humana; no la salvaje, horrible destrucción transitoria de la actualidad odiosa, que quizá deberá ser también un efecto secundario; pero sería funesto, inútil y nocivo apelar a esa destrucción si no hubiese entrado antes la dulce obra de la belleza de la vida en nuestras almas y a través de ellas en la realidad. Toda innovación entraña, a pesar de todo el fuego y todo el entusiasmo que lleva, algo de inhóspito, de feo, de impío; todo lo viejo, incluso lo más infame, incluso instituciones que han llegado a ser tan anacrónicas como, por ejemplo, el militarismo y el Estado nacional, tienen, a pesar de toda su decrepitud, inutilidad y superfluidad, un nimbo como de belleza, porque son viejas y tienen tradición. Déjennos, pues, ser de aquellos innovadores en cuya fantasía precursora vive lo que quieren crear como algo ya completo, algo experimentado, algo arraigado en el pasado y en lo viviente antiguo y sagrado; déjennos destruir sobre todo con lo que construimos de benigno, de duradero, de unificador. Que nuestra unión sea una unión de la vida que aspira a un fin con las eternas potencias que nos ligan al mundo de lo existente; que la idea que nos mueve, a la que llamamos unión, sea una idea que nos una, más allá de la naturaleza transitoria y divergente de los fenómenos temporales superficiales, con nuestro socialismo: una creación de lo futuro, como si hubiese estado allí desde la eternidad. Que no venga de las agitaciones y violencias del momento, que reaccionan salvajemente, sino del presente del espíritu, que es la tradición y la herencia de nuestra humanidad.

⁵⁸ Escritor austríaco (1805-1868) con un estilo narrativo que buscaba su inspiración en sencillos ideales de armonía y belleza. [N. de E.]

Habíamos interrumpido nuestro relato porque queríamos darle las gracias a los sindicatos por su lucha en favor del ocio y del descanso de los trabajadores. Que esto que hemos dicho aquí sea nuestro agradecimiento; pues del mismo modo que no queremos ser sólo productos, expresiones y reacciones de los horribles fenómenos de la decadencia de lo anticuado y caduco, sino productores que hacen revivir el espíritu caído, que era antes espíritu común y ahora se ha convertido en aislamiento, y llevarlo a nuevas formas, también nuestro agradecimiento debe ser productivo, debe señalar el medio que permita llenar el ocio y el descanso de los trabajadores, con el fin de que seres humanos sanos y fuertes, movidos por el espíritu, puedan preparar lo nuevo, que debe resurgir en nosotros como algo primitivo, si es que ha de tener alguna utilidad o permanencia.

La reducción de las horas de trabajo proporciona a los trabajadores una pausa de descanso más larga. Por mucho que eso pueda alegrarnos, porque realmente esa reducción es importante, no se puede dejar fuera de nuestra atención lo que esa conquista trae a menudo como consecuencia. A menudo el capitalista fuerte, una gran compañía anónima, por ejemplo, tiene todos los motivos para alegrarse de la victoria de los obreros. Todos los patronos de un determinado sector se ven en cierto modo forzados a reducir la jornada de trabajo; pero las grandes empresas son a menudo capaces de hacer frente a esa reducción mediante la introducción de nuevas máquinas que encadenan a los obreros de manera aún más permanente al aparato mecánico y obtienen así una gran ventaja frente a su pequeña y mediana competencia. Algunas veces, ciertamente, ocurre lo contrario: la empresa gigantesca no puede transformar su monstruoso mecanismo, mientras que el patrón mediano o pequeño, si tiene mercado seguro y buen crédito, se puede adaptar más fácilmente a las nuevas condiciones.

La técnica ofrece casi siempre ideas y modelos en abundancia para dar satisfacción a esa necesidad de extraer cada vez más trabajo de las actividades de los seres humanos, que no son más que servidores de las máquinas.

Este es el otro aspecto, el amargo, de un tiempo libre de más larga duración: una jornada más agotadora. El ser humano viviente no puede en verdad trabajar solamente para vivir, sino

que quiere vivir su vida en el trabajo, disfrutar de su vida durante el trabajo; no sólo necesita descanso, tranquilidad y alegría por la noche, necesita ante todo el placer en la ocupación misma, fuerte presencia de su alma en las funciones de su cuerpo. Nuestro tiempo ha hecho del deporte, actividad improductiva, juego de los músculos y de los nervios, una especie de trabajo u oficio; en la verdadera cultura el trabajo volverá a ser una expansión de todas nuestras fuerzas como en un juego.

Por lo demás, el industrial no tendrá que modificar a cada instante los aparatos mecánicos de su fábrica para recuperar lo que le quita la reducción de la jornada. En la fábrica hay además otro mecanismo que no se compone de hierro y de acero: el sistema de trabajo. Algunas reglamentaciones nuevas, un par de puestos de capataces o de inspectores aceleran con frecuencia la marcha de una fábrica de manera más eficaz que máquinas nuevas. Sólo que, ciertamente, ese mecanismo es rara vez de larga duración; es siempre un combate silencioso entre la indolencia, es decir, la lentitud natural de los obreros, y la energía de los que dan órdenes; y a la larga vence siempre una especie de ley de la pereza. Esa lucha por el trabajo lento ha existido siempre; ha existido mucho antes de que se hubiese convertido en arma consciente de la lucha de clases y en una parte del llamado sabotaje. Ese sabotaje, que exige a los trabajadores el trabajo lento, mal hecho, descuidado o del todo echado a perder para un determinado propósito, puede prestar magníficos servicios en algún caso especial, por ejemplo en la huelga de los obreros portuarios, de correos y de ferrocarriles; pero tiene también un aspecto digno de reflexión, pues a menudo, en los medios extremos de lucha que los trabajadores emplean en su papel de productores para el mercado capitalista, no se puede distinguir dónde cesa el combatiente de clase y dónde comienza el irresponsable, espiritualmente devorado, corrompido y rebajado por el capitalismo, para quien todo trabajo útil es repulsivo.

El sistema de trabajo incrementado tiene efecto transitorio; pero la máquina es inflexible. Tiene su determinado número de vueltas, su función dada, y el obrero no depende de un ser más o menos humano, sino de un diablo metálico, creado por el ser humano para el aprovechamiento de las fuerzas humanas. La consideración psicológica de la alegría humana por el trabajo

juega en eso un papel subordinado; todo obrero sabe y siente con peculiar amargura que las máquinas, herramientas y animales son tratados con más cuidado que los trabajadores. Esto no es, como todo lo dicho más arriba, una exageración propagandista demagógica; es una verdad completa, sin subterfugios. Se ha llamado con frecuencia modernos esclavos a los proletarios, y se ha hecho caer sobre ese término el tono de la extrema indignación. Pero hay que saber lo que se dice y una palabra como la palabra “esclavo” se debe emplear también en su sentido efectivo. Un esclavo era un protegido a quien había que cuidar bien, cuyo trabajo había que dirigir psicológicamente, pues su muerte costaba dinero: había que comprar uno nuevo. Lo terrible en la condición del obrero moderno con respecto a su amo es justamente que no es ya uno de esos esclavos, sino que en la mayoría de los casos es más bien enteramente indiferente para el patrón que el obrero viva o que muera. Vive para los capitalistas; muere para sí mismo. Sus substitutos están ahí. Las máquinas y los caballos hay que comprarlos: originan en primer lugar gastos de adquisición; en segundo término, gastos de fábrica; y así ocurría con los esclavos: tenían que ser comprados o criados desde niños y luego mantenidos. Al obrero moderno lo recibe el capitalista moderno gratis; le es indiferente pagar la manutención o el salario a uno o a otro.

También aquí van de la mano el sistema capitalista, la técnica moderna y el centralismo estatal en esa despersonalización, en esa deshumanización de las condiciones entre patrones y obreros. El sistema capitalista convierte al obrero en un número; la tecnología ligada al capitalismo lo convierte en una pieza del rodaje de la máquina; y el Estado se ocupa de que el patrón capitalista no sólo no tenga que deplorar la muerte del obrero, sino de que tampoco en casos de enfermedad o de accidente sufra personalmente en modo alguno. Las instituciones aseguradoras del Estado pueden ser consideradas ciertamente desde diversos puntos de vista; pero éste no debería ser pasado por alto: también ellas substituyen a la humanidad viviente por un mecanismo que funciona ciegamente.

Los límites de la técnica, tal como ésta ha sido integrada hoy en el capitalismo, han sobrepasado los límites de la humanidad. La vida y la salud de los obreros no importan mucho (no hay

que pensar aquí sólo en máquinas; recuérdense las peligrosas emanaciones metálicas en el aire de los talleres, de las fábricas de venenos, el envenenamiento del aire sobre ciudades enteras); la alegría de vivir y la comodidad de los trabajadores durante su trabajo no importan nada en absoluto.

Los marxistas y las masas obreras que están bajo su influencia dejan fuera de toda consideración lo mucho que se diferenciará, en este sentido, la tecnología de los socialistas de la tecnología de los capitalistas. La tecnología deberá regirse enteramente, dentro de un pueblo de cultura, conforme a la psicología de los seres humanos libres que quieran servirse de ella. Si los trabajadores deciden por sí mismos en qué condiciones quieren trabajar, concertarán un acuerdo entre el periodo de tiempo que quieren quedar fuera de la producción y la intensidad del trabajo que desean realizar dentro de la producción. Los seres humanos pueden ser muy distintos: los unos trabajarán muy rápida y enérgicamente, para luego disfrutar o descansar largas horas; los otros no querrán rebajar ninguna hora del día a su tarea; querrán estar cómodos en el trabajo y disfrutar con él; querrán hacer suya la divisa “apresúrate despacio” y adaptarán su técnica a esa naturaleza suya.

Nada de esto se tiene en cuenta hoy día. La tecnología está por completo bajo el embrujo del capitalismo; la máquina, la herramienta, el inanimado sirviente del ser humano, se ha convertido en su amo. También el capitalista depende en muy alto grado del mecanismo que él mismo ha introducido, y es ahora cuando podemos tener en cuenta el segundo aspecto de la reducción de la jornada de trabajo. El primero era que sirve para conservar las fuerzas del obrero; hemos visto ya en qué medida esa tendencia ha sido contrarrestada por la mayor intensidad del trabajo. La reducción de la jornada tiene además el efecto positivo, para los miembros vivientes de la clase obrera, de disminuir la cifra de los desempleados.

El industrial tiene que aprovechar sus máquinas; sus máquinas, para ser rentables, deben funcionar un determinado tiempo. Para que su empresa sea rentable, debe dirigirse a la competencia interior y exterior, y en muchos sectores se ven forzados, para que su central de energía produzca beneficios, a hacer funcionar las máquinas día y noche. Así, pues, si la jornada se

reduce, tiene que contratar más obreros; aprovechará a menudo la ocasión de algún conflicto con los obreros para introducir la jornada de veinticuatro horas, es decir, el turno. La necesidad de rentabilidad, las exigencias de las máquinas, las demandas de los trabajadores, todo eso suele producir, en una acción combinada, el aumento de la contratación de obreros y con ello la disminución del ejército de reserva industrial. El límite lo determinará siempre la rentabilidad de la empresa, porque se ha de llegar a una especie de compromiso entre las exigencias de las máquinas y la capacidad de absorción del mercado. A menudo las instalaciones mecánicas y la cifra de obreros que ha contratado para sus máquinas obligan al patrón a continuar explotando su negocio con un determinado volumen, y si el mercado ya no es lo suficientemente capaz de absorber los productos, tiene que rebajar los precios, pues el mercado capitalista absorbe toda clase de productos siempre que sean lo suficientemente baratos. Así sucede que un patrón hace trabajar a menudo a millares de obreros día y noche y pierde en ello dinero hora tras hora. Hace eso con la esperanza de tiempos mejores en los que los precios volverán a repuntar. Si esa perspectiva fracasa tendrá que paralizar durante determinados días una parte de su empresa o toda ella.

Nuestra afirmación de que la tecnología actual se encuentra bajo el embrujo del capitalismo debe ser completada con el añadido de que, a su vez, el capitalismo es esclavo de la tecnología creada por él mismo. Ocurre ahí como con el aprendizaje de brujo: “Invoqué a los espíritus y ya no me puedo librar de ellos⁵⁹”. Quien en tiempos de prosperidad y de buenas ventas ha llevado su empresa a un nivel determinado, no tiene ya elección sobre cuánto quiere producir. También él ha sido integrado al engranaje de sus máquinas; y, como sus obreros, es aplastado a menudo por ellas.

Hemos tocado aquí uno de los puntos en que la producción capitalista está más estrechamente ligada a la especulación. Aquel que no es empujado a la especulación por las necesidades de su fábrica y de su mercado es sólo un ser insignificante en la escala del capitalismo. Un especulador es aquel cuya empresa depende de estos dos factores que no tienen ninguna conexión en absoluto entre sí: las exigencias de su aparato de máquinas

⁵⁹ De nuevo alusión y cita a la balada de Goethe. [N. del R.]

y humanos, por una parte, y las oscilaciones de los precios en el mercado mundial, por otra. A personas que se encuentran en esa situación, que a menudo pagan el salario establecido meses y años a centenares y millares de obreros semana tras semana, mientras que semana tras semana experimentan pérdidas, se les escucha con frecuencia esta queja: “Mis obreros viven mejor que yo”. A menudo uno de esos pobres ricos, acosados por incontables preocupaciones, sólo puede salvarse haciendo buenas especulaciones en bolsa con una parte de su caudal y nivelando así su desgracia en el dominio de la especulación comercial; lo mismo que, por el contrario, uno cuyo negocio prospera puede ir a pique por sus especulaciones en otro dominio. El que depende del mercado capitalista tiene que especular, y tiene que especular en los más variados terrenos.

El obrero sabe demasiado poco, a pesar de sufrir bajo el capitalismo, de este hecho decisivo: que todos los seres humanos, todos sin excepción, sufren hasta lo indecible y tienen muy pocas alegrías, o mejor dicho, ninguna, bajo estas condiciones del capitalismo. El trabajador sabe también demasiado poco lo terribles, indignas y opresivas que son las preocupaciones que alberga el capitalista, qué tormento completamente inútil, enteramente improductivo se ha echado encima, y los obreros observan demasiado poco esta similitud entre ellos mismos y los capitalistas: que no sólo los capitalistas reciben su beneficio o su salario por un trabajo completamente inútil, improductivo, superfluo, sino también muchos centenares de millares dentro del proletariado mismo; precisamente hoy en día existe una terrible tendencia dentro de la producción a elaborar cada vez más productos de lujo, y también de lujo de pacotilla para el proletariado, y demasiado pocos productos serios y necesarios para cubrir las necesidades reales. Los productos necesarios se vuelven cada vez más caros, el lujo se vuelve cada vez más banal y barato; en ese sentido va la tendencia.

Volvamos ahora a la digresión que hemos dedicado a la actividad de los sindicatos y recapitulemos finalmente.

Hemos visto cómo los patrones que tienen intereses en el capitalismo, los fabricantes- comerciantes y lo mismo los obreros interesados en ganarse su subsistencia, y finalmente también el Estado, se han preocupado y se esfuerzan por que el sistema de

la economía capitalista se mantenga en pie. Hemos observado además cómo todos los seres humanos se encuentran enmarañados en la explotación recíproca, cómo todos unánimemente defienden sus intereses particulares y perjudican los de la colectividad, cómo todos, no importa en qué grado del capitalismo se encuentren, se ven amenazados por la inseguridad.

Habiendo examinado esto, hemos visto también el fracaso del marxismo, que pretendía saber que el socialismo se prepara en las instituciones y en el proceso catastrófico de la propia sociedad burguesa, y que la lucha del proletariado, siempre creciente, cada vez más decidida, cada vez más revolucionaria, es un acto necesario, previsto en la historia, para la instauración del socialismo. Pero en verdad esa lucha de los obreros en su papel de productores para el mercado capitalista no es más que un eterno girar en el círculo del capitalismo. No se puede decir que esa lucha produzca una mejora general de la situación de la clase obrera; sólo se advierte que ella y sus efectos habitúan a la clase obrera a su situación y a las condiciones generales de la sociedad.

El marxismo es uno de los factores, y no accesorio, que mantienen la situación capitalista, la fortifican y la vuelven cada vez más desconsoladora en sus efectos sobre el espíritu de los pueblos. Los pueblos, la burguesía y absolutamente lo mismo la clase obrera se confunden cada vez más con las condiciones de la producción absurda, especulativa y sin cultura, sin otro objetivo que obtener dinero; la claridad de conocimiento, la rebelión y el entusiasmo por la renovación decrecen cada vez más entre las clases que sufren particularmente en esas condiciones, que a menudo viven en la penuria y en la privación, y siempre en la pobreza.

El capitalismo no es un periodo de progreso, sino de declive.

El socialismo no vendrá por el camino del desarrollo del capitalismo, ni vendrá por la lucha de los obreros productores dentro del capitalismo.

Esos son los resultados a los que hemos llegado.

Los siglos dentro de los que se inserta nuestro presente son tiempos de negación. Las asociaciones y corporaciones, toda la vida común del antiguo periodo cultural del que procedemos, todo la hermosa actividad terrena estuvo como plegada e imbricada dentro de una ilusión celestial. Tres cosas estaban allí inseparablemente unidas: la primera, el espíritu de la vida

unificadora; la segunda, el lenguaje simbólico para la unidad inefable, la espiritualidad y el significado del universo verdaderamente contenido dentro del alma de los individuos; y en tercer lugar, la superstición.

En estos tiempos nuestros, la superstición de las concepciones cristianas dogmáticas tomadas al pie de la letra ha sido cada vez más atacada y está siendo desarraigada cada vez con más intensidad dentro del pueblo. El universo de las estrellas fue descubierto recientemente, y con ello la Tierra y el ser humano sobre ella se hicieron al mismo tiempo más grandes y más pequeños. La actividad terrestre se extendió; el miedo al diablo, a las potencias celestiales, a los duendes y demonios comenzó a desaparecer; se sintió uno más seguro en el espacio infinito de los mundos y sobre un astro rotante, que antes en el mundo fantasmal de Dios. Se conocieron las fuerzas naturales, infalibles en su actividad, calculable con exactitud, y aprendimos a servirnos de ellas y a confiar en ellas sin temor alguno. Se descubrieron nuevos métodos de trabajo, de transformación de los productos de la naturaleza; la Tierra fue explorada en toda su redondez y colonizada de nuevo; los medios de transporte y las noticias van sobre la superficie terrestre a una velocidad a la que todavía no nos hemos acostumbrado, que todavía nos parece fabulosa; y en conexión con todo esto, y al mismo tiempo, ha crecido extraordinariamente la cantidad de los seres humanos vivientes. Las necesidades se han acrecentado de un modo gigantesco, pero también los medios para satisfacerlas.

No sólo nos hemos sacudido la superstición en estos tiempos de negación; algo positivo ha venido a reemplazarla: el conocimiento de la condición objetiva de la naturaleza ha disuelto la fe en los amigos y enemigos demoníacos en la naturaleza; el poder sobre la naturaleza ha seguido al miedo ante las apariciones repentinas y las astucias del mundo de los espíritus, y esa muerte de los incontables fantasmas muestra su expresión más real en el aumento extraordinario de las cifras de los nacimientos de seres humanos.

Pero todo sentimiento profundo, toda infinitud, toda unidad y toda coalición entre los seres humanos estaban íntimamente unidos al cielo de los espíritus, que hemos barrido y ocupado con mundos y más mundos. Los mundos estelares que hemos descubierto y las fuerzas naturales cuyos efectos conocemos,

sólo están afuera, sirven a la vida externa. Su unidad con nuestra interioridad la expresamos ciertamente en toda suerte de filosofías, teorías naturales e inspiraciones poéticas, algunas veces profundas, otras veces superficiales; pero no es un trozo de nosotros, no se ha vuelto algo vivo. Antes bien lo que fue otrora viviente, la imagen o la fe o el conocimiento inefable de que el mundo, en su verdad, tal y como lo llevamos dentro de nosotros mismos, es muy distinto de lo que nos dicen los sentidos utilitarios, y la legítima cooperación de los seres humanos en pequeñas asociaciones voluntarias, ligada a él, lo mismo que la superstición, han declinado, sin que el progreso de las ciencias naturales y de la técnica hayan podido aportar un mínimo sucedáneo.

Por eso llamamos a estos tiempos un periodo de decadencia, porque ha declinado lo esencial de la cultura, el espíritu unificador de los seres humanos.

Los intentos por volver a las viejas supersticiones o a lenguajes simbólicos ya sin sentido, esos impulsos siempre renovados de reacción, vinculados a la debilidad y a la necesidad de estabilidad de seres humanos en los que el sentimiento es más fuerte que la razón, son obstáculos peligrosos y, en última instancia, tan sólo síntomas de la decadencia. Se vuelven todavía más repulsivos cuando, como ocurre habitualmente, se alían con el régimen de fuerza del Estado, que es la falta de espíritu organizada.

Cuando hablamos de decadencia esto no tiene nada que ver con la queja clerical de la pecaminosidad de nuestro mundo ni con los llamamientos a la conversión. Esta decadencia es una época pasajera que lleva en sí los rudimentos para un nuevo comienzo, un impulso fresco, una cultura unificada.

Por urgente que sea comprender el socialismo y la lucha por nuevas condiciones de vida entre los seres humanos como un movimiento espiritual, es decir, comprender que sólo se llega a nuevas relaciones entre los seres humanos cuando estos las crean por sí mismos movidos por el espíritu, es igualmente importante que seamos fuertes, que no miremos al pasado ni deseemos lo ya irrecuperable, en definitiva: que no nos mintamos a nosotros mismos.

La ilusión celestial, la verdad, la filosofía, la religión, la concepción del mundo o como quiera que se llamen los intentos por reducir el sentido del mundo a palabras y formas, sólo existen entre nosotros para los individuos. Todo intento de fundar

comunidades, sectas, iglesias, asociaciones de cualquier especie que sean sobre la base de tales acuerdos espirituales conduce, si no a la falsedad y al reaccionarismo, sí al menos a la pura charlatanería y a la insubstancialidad. Nos hemos vuelto profundamente solitarios en todo aquello que sobrepasa al mundo de los sentidos y de la naturaleza, nos hemos vuelto hacia un aislamiento silencioso. Esto no significa otra cosa que toda nuestra concepción del mundo no entraña ninguna necesidad poderosa, ninguna coacción ética, ninguna suerte de vinculación con la economía y la sociedad. Debemos aceptarlo porque es así, y podemos aceptarlo de diversas maneras, ya que vivimos en el tiempo del individualismo: con alegría o con resignación, desesperados o anhelantes, con indiferencia o con desdén.

Pero tengamos presente que toda ilusión, todo dogma, toda filosofía o toda religión tiene sus raíces no en el mundo exterior, sino en nuestra vida interna. Todos esos símbolos en los que los seres humanos ponen en armonía la naturaleza y su yo, son apropiados para llevar la belleza y la justicia a la convivencia de los pueblos, porque son ellos mismos reflejos de los instintos sociales de nuestro interior, porque son el espíritu mismo que ha tomado forma. Espíritu es espíritu común, y no hay individuo en el que no se dé, despierto o adormecido, el instinto hacia la totalidad, hacia la unión, hacia la colectividad, hacia la justicia. La compulsión natural hacia la asociación voluntaria de los seres humanos, con el propósito de vivir en comunidad, es inextirpable; pero parece como si hubiera sufrido un duro golpe y hubiera quedado como entontecida, porque estuvo largo tiempo en conexión con la ilusión universal surgida de ella misma, y que ahora ha desaparecido o está en proceso de putrefacción.

No estamos, pues, obligados a crear una concepción del mundo para el pueblo, que sería una creación completamente artificial, efímera, débil o de un romanticismo hipócrita, y que hoy estaría de hecho sometida a la moda. Tenemos en nosotros, por el contrario, la realidad del espíritu común individual viviente y sólo tenemos que dejarlo emerger, dejarlo que cree. El placer de crear que se dé en los pequeños grupos y comunidades animados por un sentido de la justicia –y no la ilusión celestial ni la forma simbólica, sino la alegría social terrestre y la disposición a crear pueblo de parte de los individuos–, traerá el socialismo, traerá

el comienzo de la verdadera sociedad. El espíritu se expresará directamente y creará sus formas visibles a partir de la carne y la sangre vivientes: los símbolos de lo eterno se convertirán en comunidades, las encarnaciones del espíritu se convertirán en corporaciones de justicia terrestre, las imágenes sagradas de nuestra iglesia se convertirán en las instituciones de la economía racional.

La economía racional: se emplea la palabra “racional” con plena intención; pero hay algo que agregar.

Hemos llamado a nuestro tiempo un periodo de decadencia, porque lo esencial se ha debilitado y corrompido en él; el espíritu común, la voluntariedad, la belleza de la vida del pueblo y de sus formas. Pero no hay que desconocer que en este tiempo se ha hecho algún progreso. El progreso en la ciencia, en la técnica, la conquista libre y la dominación de la naturaleza que se ha vuelto objetiva, se denomina, con otras palabras, Ilustración. La razón se ha vuelto más ágil y más clara; y así como le hemos arrancado la física –en el más amplio sentido de la expresión– a la naturaleza, como se verifica en su aplicación práctica; y de igual modo que hemos aprendido, de la explotación de las fuerzas naturales, a servirnos del cálculo, así aprenderemos también a hacer lo justo y lo racional con el empleo del cálculo, de la división del trabajo y de los métodos científicos en la técnica de las relaciones humanas sobre un campo extraordinariamente extenso, alrededor de toda la superficie terrestre. Hasta ahora la técnica industrial y las relaciones económicas, que se han desarrollado enormemente, se encontraban incardinadas en el sistema de la injusticia, del absurdo y de la violencia. La tecnología físico-industrial, así como la económico-social, ayudarán a crear la nueva cultura, el pueblo futuro, como han servido hasta ahora a los privilegiados y potentados y especuladores de Bolsa.

En lugar, pues, de hablar de un periodo de decadencia en el que estaríamos, se puede hablar también, si se quiere, de un progreso, en el que, en primer lugar, se ha acabado con la superstición, en el que posteriormente se han impuesto cada vez más la observación y dominación de la naturaleza, la técnica y la economía política racional, hasta que finalmente el espíritu común, la voluntariedad, el instinto social, que fueron reprimidos durante algunos siglos, vuelven a levantarse, a inspirar a los seres humanos, a reagruparlos y a posesionarse de los nuevos dones.

Una vez que la misma tendencia del espíritu que se encuentra en los individuos ha envuelto a estos con su compulsión natural y los ha agrupado en asociaciones, y que la idea, la contemplación sintetizadora, que transforma los fenómenos individuales y separados en unidades coherentes, ha salido nuevamente del espíritu de los seres humanos individuales y se ha convertido en unión de humanos, en corporación, en forma vinculadora; una vez que esa forma terrestre y corporal del espíritu existe, será entonces muy posible que lleguen de nuevo siglos de dominación espiritual, de concepción del mundo coercitiva o de ilusión de los seres humanos. Nosotros no buscamos ese dominio, nos oponemos a él y no somos tentados en absoluto por la parcialidad. Sabemos, por lo demás, demasiado poco de las trayectorias de la historia humana como para poder decir con alguna probabilidad si ese círculo debe volver a cerrarse; si la superstición debe aliarse nuevamente con la idea y la unión y la forma artística cósmico-religiosa, si el espíritu colectivo tiene, nuevamente, que estallar junto con la superstición y se establecen de nuevo el individualismo y el aislamiento, y así sucesivamente. No tenemos derecho alguno a erigir tales construcciones; puede suceder que sean necesarias; pero puede ocurrir también algo muy diferente. No hemos llegado a ese punto. Pero tenemos muy clara nuestra tarea: no la mentira, sino la verdad. No la artificiosidad de una imitación de la religión, sino la realidad de la creación social, sin perjuicio de una independencia espiritual completa y de la diversidad de los individuos.

La nueva sociedad que queremos preparar, cuya piedra angular nos disponemos a poner, no será ninguna vuelta a cualquiera de las viejas formas; será lo viejo en nueva figura, será una cultura con los medios de la civilización que ha vuelto a despertar en estos siglos.

Pero ese nuevo pueblo no viene por sí mismo; no debe venir, según entiende ese *debe* la falsa ciencia de los marxistas; tiene que venir porque nosotros, socialistas, lo queremos, porque llevamos ya en nosotros ese pueblo como forma espiritual previa.

¿Cómo comenzamos, pues? ¿Cómo vendrá el socialismo? ¿Qué hay que hacer?

¿Qué hay que hacer primero? ¿Ahora mismo? La respuesta a eso constituye nuestra tarea final.

VI

Fue un momento memorable en la historia de esta nuestra época aquel en que Pierre-Joseph Proudhon dijo a su pueblo, después de la revolución francesa de febrero de 1848, lo que éste tenía que hacer para fundar la sociedad de la justicia y de la libertad. Vivía aún, como todos sus contemporáneos revolucionarios, enteramente en la tradición de la revolución que había estallado en 1789, y que, como era el sentimiento de ese tiempo todavía, había sido obstaculizada en un principio por la contrarrevolución y los gobiernos que la sucedieron y que no habían podido establecerse. Proudhon dijo: La revolución ha puesto fin al feudalismo; tiene que poner algo nuevo en su lugar. El feudalismo era un orden en el dominio de la economía y del Estado: era un sistema militar, articulado por la dependencia. Ya desde hace siglos había sido penetrado por libertades; la libertad burguesa se ha impuesto cada vez más. Pero ha destruido también el viejo orden y la vieja seguridad, las viejas uniones y asociaciones; algunos se han enriquecido con la libertad de movimiento, pero las masas han sido entregadas a la miseria y a la incertidumbre. ¿Cómo hacer para conservar la libertad, para edificarla, para crearla para todos, pero al mismo tiempo para que llegue el nuevo orden, la seguridad, la gran nivelación de la posesión y de las condiciones de vida?

Los revolucionarios, continuaba, no saben todavía que la revolución tiene que poner fin al militarismo, es decir al gobierno; que su tarea consiste en poner en lugar de lo político lo social, en lugar del centralismo político la asociación inmediata de los intereses económicos, un centro económico que no es dominación sobre las personas, sino regulación de los asuntos.

Franceses, agregaba Proudhon, ustedes son pequeños y medianos campesinos, pequeños y medianos artesanos y trabajan en la agricultura, en la industria, en el transporte y en la comunicación. Hasta ahora han necesitado a los reyes y sus funcionarios para que los unan y los protejan unos de otros; en 1793 han suprimido al rey del Estado; pero han conservado al rey de la economía, el oro; y debido a que han dejado que la desgracia, el desorden y la inseguridad se queden en el país, tuvieron que permitir que volvieran los reyes, los funcionarios y los ejércitos.

Hay que eliminar a los intermediarios autoritarios; suprimir a los parásitos y procurar la asociación inmediata de los intereses mutuos; así se creará la sociedad, la heredera del feudalismo, la heredera del Estado.

¿Qué es el oro? ¿Qué es el capital? No es una cosa como lo es un zapato, o una mesa, o una casa. No es una cosa, no es nada real. El oro es un signo de una relación; el capital es algo que viene y va, como una relación entre los seres humanos; es algo entre los seres humanos. El capital es crédito; crédito es reciprocidad de intereses. Estamos ahora en medio de la revolución; la revolución, es decir el entusiasmo, el espíritu de confianza, el desborde de la igualdad, el placer de ir hacia la totalidad, ha llegado, ha surgido entre nosotros; creemos ahora la reciprocidad inmediata, procuremos la institución que nos permita intercambiar los productos de nuestro trabajo sin intermediarios parasitarios y vampíricos; y así no necesitaremos ninguna autoridad tutelar ni tampoco la transferencia de la omnipotencia política gubernativa a la vida económica, de la que hablan los novísimos chapuceros, los comunistas. La tarea consiste en afirmar la libertad en la economía y en la vida pública y en crear seriamente y procurar una igualdad que elimine la miseria y la inseguridad, aboliendo la propiedad –que no es posesión de cosas, sino dominación sobre seres humanos o esclavización–, y el interés, que es usura. ¡Hay que crear un banco de intercambio!

¿Qué es el banco de intercambio? No es sino la forma externa, la institución objetiva de la libertad y de la igualdad. Quien trabaja siempre en cosas útiles –el campesino, el artesano, la asociación obrera–, tan sólo debe continuar trabajando. El trabajo no necesita ser organizado, es decir tutelado gubernativamente o nacionalizado. El ebanista hace muebles; el zapatero, zapatos; el panadero amasa el pan, y así sucesivamente en la producción de todo lo que el pueblo necesita. Carpintero, ¿no tienes pan? Ciertamente, no puedes ir al panadero y ofrecerle sillas y armarios que no necesita. Vete al banco de intercambio y haz transformar tus trabajos, tus productos, en cheques de valor universal. Proletarios, ¿no quieren volver con el patrón ni trabajar por un salario? ¿Les gustaría ser independientes pero no tienen taller, ni herramientas, ni alimentos? ¿No pueden esperar y tienen que alquilar su fuerza de trabajo de inmediato? ¿Pero no

tienen quien adquiera sus productos? ¿No prefieren, proletarios, comprar sus productos a otros proletarios, sin intervención de intermediarios explotadores? ¡Pues encárguense ustedes mismos de ello, no sean tontos! La clientela vale, la clientela es dinero, como se dice hoy. ¿Tiene que producirse siempre la secuencia: penuria – esclavitud – trabajo – producto – salario – consumo? ¿No es posible empezar por lo que es el comienzo natural: crédito, confianza, mutualidad, de manera que la sucesión sea: demanda – crédito o dinero – consumo – trabajo – producto?

La reciprocidad cambia el curso de las cosas; la reciprocidad restablece el orden de la naturaleza; la reciprocidad derroca la monarquía del oro; la reciprocidad es lo primero: el espíritu entre los seres humanos que permite trabajar y satisfacer sus necesidades a todos los que desean trabajar.

No se busquen culpables, seguía diciendo Proudhon; todos son culpables; unos esclavizan y quitan a los otros lo más necesario o les dejan únicamente lo más necesario, y los otros se dejan esclavizar o trabajan como agentes o supervisores para los amos que esclavizan. No se creará lo nuevo a partir del espíritu de la venganza, de la rabia y del placer de la destrucción. Hay que destruir con espíritu constructivo: la revolución y la conservación no se excluyen entre sí. Dejen de copiar a los antiguos romanos; la política dictatorial jacobina jugó su papel; el gran teatro de la tribuna y de los bellos gestos no crea la sociedad. Lo que tiene valor es la plasmación en la realidad. Fabrican cosas útiles en cantidad suficiente; querrían consumir cosas útiles conforme a una distribución justa; así, pues, tienen que intercambiar justamente.

No hay valor, continuaba, que no sea creado por el trabajo; la supremacía de los capitalistas la han creado los trabajadores y no la han podido conservar para sí mismos ni aprovecharla, porque son seres humanos desposeídos y aislados, que aumentan la propiedad de los propietarios y les otorgan su poder esclavista y la propiedad. Pero ¡qué infantil es –podría decir él– fijarse en el remanente disponible de propiedad acumulada en manos de los privilegiados y pensar sólo en confiscársela por métodos políticos o violentos! La propiedad está siempre fluyendo, siempre en circulación; hoy fluye del capitalista, pasa por el obrero que consume, vuelve al capitalista; procuraos

nuevas instituciones, transformando los comportamientos mutuos de manera que –añadía– fluya de los capitalistas a los obreros consumidores, pero que de estos no vuelva a los capitalistas, sino a manos de los propios trabajadores, de los obreros productores.

Proudhon dijo esto a su pueblo con un poder sin igual, con una excelente combinación de sobriedad y de calidez, de pasión y de objetividad; y en el momento de la revolución, de la disolución, de la transición, de la posibilidad de amplias y medidas fundamentales, propuso pasos específicos y decretos que habrían podido crear lo nuevo, que habrían sido el último acto del gobierno; que habrían hecho realmente de ese gobierno lo que se denominaba a sí mismo: un gobierno provisional.

La voz estaba allí; faltaron los oídos. El momento existió y pasó, y ahora se ha ido para siempre.

Proudhon sabía lo que sabemos hoy en día de nuevo los socialistas: que el socialismo es posible en todos los tiempos y que en todos los tiempos es imposible; que es posible cuando existen los seres humanos que le hacen falta, que lo quieren, es decir, que lo hacen; y que es imposible cuando los seres humanos no lo quieren o sólo lo quieren, pero no lo realizan. Pero Proudhon no fue escuchado. En lugar de oírlo a él, se ha escuchado a otro que ha enseñado la falsa ciencia que hemos examinado y rechazado: la que dice que el socialismo es la coronación de la gran empresa capitalista, y que sólo llegará cuando unos pocos capitalistas sean los propietarios de instituciones que ya casi se habrán convertido en socialistas, de manera que será una cosa muy fácil para las masas proletarias unidas pasar de la propiedad privada a la propiedad social.

En lugar de escuchar a Pierre-Joseph Proudhon, el hombre de la síntesis, se ha escuchado a Karl Marx, el hombre del análisis, y así se ha dejado que continúe la disolución, la descomposición, la decadencia.

Marx, el hombre del análisis, ha trabajado con conceptos fijos, rígidos, aprisionados en su caparazón terminológico; con esos conceptos quería expresar y casi dictar las leyes de la evolución.

Proudhon, el hombre de la síntesis, nos ha enseñado que los conceptos cerrados sólo son símbolos del movimiento incontenible; ha disuelto los conceptos en una continuidad fluida.

Marx, el hombre de la ciencia aparente rigurosa, era el legislador y el dictador de la evolución; se pronunció sobre ella; y las cosas tenían que ser siempre como él determinaba. Los acontecimientos debían comportarse como un ente acabado, terminado, muerto. Por eso hay un marxismo que es una doctrina y ya casi un dogma.

Proudhon, que no quería resolver ningún problema con palabras, que en lugar de las cosas acabadas propuso movimientos, relaciones; en lugar del ser aparente, el devenir; en lugar de las toscas evidencias, la fluctuación invisible, transformó finalmente –en sus escritos más maduros– la economía social en psicología, y la psicología de la rígida psicología individual, que hace del ser humano una cosa aislada, en psicología social, que concibe al ser humano como miembro de una corriente de devenir infinita, no separada e inefable. Por eso no hay proudhonismo, sino sólo un Proudhon. Es por ello que lo que Proudhon ha dicho para un determinado momento puede que no tenga validez hoy en día, pues las cosas se han dejado ir durante decenios. Lo único que tiene valor es lo que hay de eterno en las ideas de Proudhon; no se puede hacer el servil intento de volver a él, ni a un momento histórico pasado.

Lo que han dicho los marxistas de Proudhon, que su socialismo es un socialismo pequeñoburgués y pequeño campesino, repitámoslo una vez más, es completamente verdadero y es su más alto título de gloria. Dicho de otro modo: su socialismo de los años 1848 a 1851 era el socialismo del pueblo francés de 1848 a 1851. Era el socialismo que en ese momento era posible y necesario. Proudhon no era un utopista ni un augur; no era un Fourier ni un Marx; era un hombre de acción y de ejecución.

Pero hablamos aquí expresamente del Proudhon de 1848 a 1851. Ese hombre dijo, y aquella era la época apropiada para ello, lo que tenía que decir: “Si los revolucionarios hacen esto, llevarán a cabo la gran transformación”.

Al hombre de los años posteriores, del que tenemos tanto que aprender como del de 1848, no le resultaba muy agradable repetir después de la revolución las palabras de la revolución, en una copia de sí mismo vanamente teatral y fonográfica. Todo tiene su tiempo; y todo tiempo después de la revolución es un periodo previo a la revolución para aquellos cuya vida no se ha

quedado estancada en un gran momento del pasado. Proudhon siguió viviendo, aunque sangrando por más de una herida; se preguntó entonces: “Si hacen eso, les dije; pero ¿por qué no lo han hecho?”. Encontró la respuesta y la expuso en todas sus obras ulteriores, la respuesta que en nuestra lengua dice: porque faltó espíritu.

Faltó entonces y ha faltado desde hace sesenta años y se ha desmoronado y hundido de forma aún más profunda. Todo lo que hemos mostrado hasta ahora se puede resumir en una frase: la espera del momento justo presuntamente previsto en la historia ha postergado cada vez más ese objetivo, lo ha hecho retroceder cada vez más en la oscuridad y en lo nebuloso; la confianza en la evolución del progreso era el nombre y el título del retroceso y esa evolución ha adaptado cada vez más sus condiciones externas e internas a la degradación, las ha alejado cada vez más de ese gran cambio. Los marxistas tendrán razón con su “aún no ha llegado el momento” mientras los seres humanos les crean, y no tendrán nunca menos razón, sino cada vez más. ¿No es la locura más horrorosa que jamás se haya vivido y haya tenido consecuencias el que una máxima tenga validez porque se pronuncia y porque se oye con credulidad? ¿Y no debe darse cuenta todo el mundo de que la tentativa de expresar así el devenir, como si fuese un ser acabado, si adquiere poder sobre el ánimo de los seres humanos, tiene forzosamente que mutilar las potencias formativas y creativas?

De ahí nuestro ataque incansable al marxismo; por eso aparece aquí una y otra vez, por eso lo odiamos de todo corazón: porque no es una descripción y una ciencia tal como se pretende, sino un llamamiento negador, corruptor y paralizador a la impotencia, a la falta de voluntad, a la resignación y a la transigencia. El minucioso trabajo de abejas de la socialdemocracia –que por lo demás no es marxismo– es sólo el reverso de esa impotencia, y sólo expresa que el socialismo no existe; pues el socialismo va, en lo pequeño y en lo grande, a la totalidad. No es que haya que repudiar el trabajo minucioso de detalle como tal, sino sólo ese, tal y como es realizado, que va a la deriva de un lado a otro en medio del absurdo imperante, como una hoja seca en el torbellino.

Los llamados revisionistas, que en el trabajo de detalle son tan aplicados como hábiles, y que en su crítica al marxismo

tienen muchos puntos de contacto con nosotros –no es de extrañar, pues en gran parte la han tomado del anarquismo, de Eugen Dühring⁶⁰ y de otros socialistas independientes–, se han enamorado gradualmente de algo que se podría llamar la táctica del principio, de manera que han eliminado dentro de sus filas hasta el último rastro no sólo del marxismo, sino también del socialismo. Están en vías de fundar un partido para la defensa de la clase obrera en la sociedad capitalista por medios parlamentarios y económicos. Los marxistas son creyentes en la evolución *à la Hegel*; los revisionistas son partidarios de la evolución *à la Darwin*. No creen ya en la catástrofe y en su carácter súbito; el capitalismo no se transmutará revolucionariamente en el socialismo, sostienen, sino que se establecerá gradualmente, de modo que se haga cada vez más soportable.

Algunos de ellos preferirían admitir gustosos que no son socialistas, y van asombrosamente lejos en su adaptación al parlamentarismo, a la astucia de partido y de facción, a la caza de votos y al monarquismo. Otros todavía se consideran totalmente socialistas; creen ver una mejora continua, lenta pero incontenible, de la situación privada de los trabajadores, de la participación de los trabajadores en la producción a través del llamado constitucionalismo industrial, y de las condiciones públicas y jurídicas mediante el desarrollo de instituciones democráticas en todos los países; y del fracaso de la doctrina marxista, reconocido abiertamente por ellos y al que en parte han contribuido, sacan la conclusión de que el capitalismo va por el camino correcto hacia el socialismo, y que el enérgico impulso hacia esa evolución es la misión de los socialistas. Con esa concepción no se han alejado mucho de lo que los marxistas decían ya al principio, y los llamados radicales siguieron siempre esos mismos caminos y su deseo es que no se hable de esa concepción a las masas electorales a las que se ha incitado al revolucionarismo y se las ha cohesionado con él.

La verdadera relación de los marxistas con los revisionistas es la siguiente: Marx y los mejores de sus discípulos habían tenido siempre presente el conjunto de nuestras condiciones en

⁶⁰ Eugen Dühring (1833-1921), filósofo y economista alemán, positivista, ateo, materialista y socialista antimarxista. Se hizo famoso por la crítica que Friedrich Engels hizo de sus teorías en el “Anti-Dühring”, así como por su antisemitismo. [N. del R.]

su contexto histórico y han intentado ordenar los detalles de nuestra vida social bajo conceptos generales. Los revisionistas son epígonos escépticos que ven ciertamente que las generalidades expuestas no coinciden con las nuevas realidades que han ido surgiendo, pero no tienen ya en modo alguno la necesidad de una visión de conjunto nueva y esencialmente diferente de nuestro tiempo.

El marxismo había llevado temporalmente a una gran parte de los desheredados al menos a tomar consciencia de su miseria, al descontento y a un estado de ánimo idealista dirigido a una transformación general. Eso no podía durar mucho, porque las masas, bajo la influencia de esa estupidez científica, se refugiaron en la espera y fueron incapaces de cualquier acción socialista. Así habrían regresado de nuevo a las masas el letargo y la tranquilidad, si no hubiesen sido espoleadas continuamente por los métodos político-demagógicos. Los revisionistas ven ahora que las peores barbaries del capitalismo inicial han pasado, que los obreros se han habituado más a las condiciones proletarias y que el capitalismo no se ha aproximado en modo alguno a su derrumbe. Percibimos ciertamente en todo ello el enorme peligro de la consolidación del capitalismo. En verdad, tomada en su conjunto, la situación de la clase obrera no ha mejorado; la vida se ha vuelto, antes bien, cada más difícil y menos alegre. Se ha vuelto tan poco alegre que los obreros sin alegría, sin esperanza, se han empobrecido en espíritu y en carácter. Pero sobre todo la lucha del socialismo, la verdadera lucha, no surge de sentimientos de compasión y no gira exclusivamente o en primera línea en torno a la suerte de una determinada clase humana. Se trata de una completa transformación de los fundamentos de la sociedad; se trata de una creación nueva.

Nuestros obreros han perdido cada vez más ese estado de ánimo (pues nunca fue más que un estado de ánimo entre ellos), porque en el marxismo los elementos de la descomposición y de la impotencia eran desde el comienzo más fuertes que las fuerzas de la rebelión, a las que faltaba aquel contenido positivo. El fenómeno del revisionismo y su escepticismo contentadizo es sólo la superestructura ideológica de la inacción, del desconcierto y de la complacencia de las masas, y muestra a todos los que no lo sabían ya que el proletariado no es, en base a la necesidad histórica, el

pueblo elegido de Dios, de la evolución, sino más bien la parte del pueblo que más sufre y, como consecuencia de las modificaciones psicológicas que implica la miseria, la que más difícilmente consigue adquirir conocimiento. Lo mejor será guardarse de todas las generalizaciones en este dominio; el proletariado es más de una cosa, y el dolor ha producido por todas partes sobre personas muy distintas muy distintos efectos. Pero al dolor corresponde sobre todo la consciencia de la propia situación; ¡y cuántos proletarios no sufren por eso lo más mínimo!

Sabemos cómo han cambiado en verdad las condiciones en estos tiempos posteriores a la frustrada revolución, en estos sesenta años anteriores a la revolución que hemos vivido. Fueron décadas de adaptación al capitalismo, de adaptación a la proletarización, y es verdaderamente una adaptación que en muchos aspectos se ha vuelto hereditaria; es un empeoramiento de las relaciones entre los seres humanos, que se ha convertido de manera palpable en un declive de muchísimos cuerpos individuales.

Es un enorme peligro el que aquí mencionamos. Hemos dicho: el socialismo no debe venir necesariamente, como sostienen los marxistas; decimos ahora: puede llegar un momento, si los pueblos vacilan mucho tiempo, en que se dirá: el socialismo no puede llegar ya a esos pueblos. Los seres humanos pueden seguir comportándose estúpida y vilmente entre sí, pueden entregarse todo lo que quieran a la servidumbre o resignarse a la propia brutalidad; todas estas son cosas que suceden entre seres humanos, se trata de algo funcional y que puede modificarse en la próxima generación, puede cambiar a los seres humanos tal como son ahora si llega a ellos una conmoción decisiva. Mientras se trate de esas relaciones sociales, de lo que se llama comúnmente lo psicológico, la situación no es tan mala. La gran miseria colectiva, la penuria, el hambre, la falta de techo, la desmoralización y la corrupción espiritual; e igualmente, en la esfera superior, el ansia de placer, el lujo absurdo, el militarismo y la falta de espíritu; todo eso, por malo que sea, se puede curar si llega el médico correspondiente: a partir del espíritu creador, de la gran revolución y de la regeneración. Pero si toda esa miseria y opresión y falta de espíritu deja de ser, en su origen y en sus efectos, algo que sucede entre los seres humanos, una perturbación de las relaciones que reside en el alma, o mejor dicho:

si no sólo es una perturbación en el complejo de relaciones entre los seres humanos, a lo que llamamos alma, sino que más bien, a consecuencia de la desnutrición crónica, del alcoholismo, del embrutecimiento duradero, de la constante insatisfacción, de la grave falta de espíritu en todos los ámbitos, se ha llegado a modificaciones del cuerpo individual, cuyo significado para el alma y la estructura social es el que tiene la araña para su red, entonces semejante curación no puede ayudar ya en modo alguno, y puede ocurrir que gran parte del pueblo, que pueblos enteros sean condenados a la ruina. Sucumben como han sucumbido siempre los pueblos; otros pueblos sanos los dominan y se produce una mezcla de razas, a veces hasta llegarse a un exterminio parcial, si es que existen aún otros pueblos más sanos. Pero no hay que caer en el juego fácil de las analogías con periodos anteriores de la historia de los pueblos. Pues si se llegara a eso, no tiene por qué repetirse el mismo proceso que en los tiempos de las llamadas migraciones de los pueblos. Vivimos en los tiempos de la humanidad naciente, y no puede excluirse totalmente que esa humanidad naciente pueda ser el comienzo del fin de la humanidad. Tal vez no hubo nunca una época que tuviera a la vista de forma tan peligrosa el llamado fin del mundo como la nuestra.

La humanidad, en el sentido de un verdadero complejo de relaciones, una sociedad terrestre que se agrupa gracias a vínculos externos y a impulsos y deseos internos, y que supere las barreras nacionales, no ha existido ciertamente hasta ahora como tal. Hay sucedáneos de ella, y podrían ser más que substitutos, podrían ser el comienzo: el mercado mundial, tratados internacionales en política estatal, organizaciones y congresos de la naturaleza más diversa, los medios de transporte y las comunicaciones a lo ancho de la superficie terrestre, todo eso crea cada vez más, cuando no la igualdad, sí al menos una asimilación de los intereses, de las costumbres, del arte, o de su substituto a la moda, del espíritu del lenguaje, de la técnica, de las formas de la política. También se produce intercambio de obreros entre unos países y otros. Todo lo que es realidad espiritual: religión, arte, lenguaje, espíritu común es doble o se nos aparece como doble por una necesidad; una primera vez en el alma individual como característica o capacidad, y una segunda vez en el exterior como algo imbricado entre los seres humanos y que

crea organizaciones y asociaciones. Todo esto está expresado de manera inexacta; lo que aquí se puede mejorar al pasar, debe hacerse de manera inmediata; pero no podemos bajar ahora hasta el fondo en ese abismo de la crítica lingüística y de la doctrina de las ideas (las dos se corresponden); todo esto se ha señalado aquí de nuevo tan sólo para decir: *humanitas*, *humanité*, *humanity*, humanidad y *Menschheit* –término en lugar del cual utilizamos ahora el de “humanitarismo”, un término de falsa condescendencia debilitado y privado de su profundidad–, todas esas palabras se referían originariamente sólo a la humanidad viviente y activa en el individuo; existió durante un tiempo con gran fuerza, sentida de manera muy física, sobre todo en los mejores tiempos de la cristiandad. Y a una humanidad real –en el sentido exterior de esa palabra– llegaremos sólo cuando la reciprocidad, o mejor dicho la identidad –pues toda interacción recíproca aparente es comunidad idéntica– haya llegado para la humanidad concentrada en el individuo y para la humanidad desarrollada en los individuos. En la semilla está la planta, y la semilla es sólo la quintaesencia de la cadena infinita de plantas ancestrales; de la naturaleza humana del individuo recibe la humanidad su legítima existencia, del mismo modo que esa naturaleza humana del individuo no es más que herencia de las infinitas generaciones del pasado, y de todas sus relaciones recíprocas. Lo que ha sido es lo que va a ser, el microcosmos es el macrocosmos; el individuo es el pueblo, el espíritu es la comunidad, la idea es la unión.

Pero por primera vez en la historia de los varios miles de años que conocemos, la humanidad quiere ser externa en sentido y proporción completos. La Tierra ha sido explorada casi completamente; pronto estará, puede decirse, completamente poblada y ocupada; hace falta ahora una renovación como no la ha habido nunca antes en el mundo humano conocido por nosotros. Ese es el rasgo decisivo de nuestro tiempo, esa novedad que debería ser para nosotros, más bien, algo terriblemente abrumador; la humanidad a lo largo y ancho de la superficie terrestre quiere crearse, y quiere crearse en un momento en el que tiene que advenir una poderosa renovación sobre la especie humana, si es que el comienzo de la humanidad no va a ser también su fin. Anteriormente esa renovación era idéntica a menudo

con los nuevos pueblos que surgían de los periodos de paz y de la mezcla de la cultura, o con los nuevos países en los que tenían lugar las migraciones. Cuanto más semejantes son unos pueblos a otros, cuanto más densamente se ocupan los países, tanto menor será la esperanza de que tal renovación venga del exterior o se dirija al exterior. Aquellos que desesperan de nuestros pueblos o que al menos creen que el impulso externo para la renovación radical de las mentes y de la fuerza vital debe venir de fuera, de viejos pueblos que han despertado recientemente de su sueño saludable, pueden depositar todavía algunas esperanzas en el pueblo chino, el pueblo de India o quizá también el pueblo ruso; algunos pueden aferrarse todavía a la idea de que tras la infame barbarie norteamericana dormita un idealismo oculto aún y un exceso de energía, de fuego y de espíritu que podría estallar maravillosamente; pero hay que pensar que nosotros, los que ahora tenemos cuarenta o cincuenta años, viviremos aún el fracaso de esa espera romántica, que los chinos seguirán el camino de imitación de Occidente que han seguido los japoneses, que los indios sólo se levantarán para deslizarse rápidamente por la senda de la decadencia, etcétera. La asimilación cultural, la civilización y en relación con ella una decadencia verdaderamente real, física y fisiológica, avanzan muy rápidamente.

En este abismo debemos sumergirnos para extraer el valor y la necesidad urgente que requerimos. La renovación tiene que ser en esta ocasión más grande y muy diferente a lo que fue en cualquier época conocida. No sólo buscamos cultura y belleza humana en la vida común; buscamos la sanación; buscamos la salvación. Ha de crearse el exterior más grande que jamás haya habido sobre la Tierra, y ese exterior se abre camino ya en las clases privilegiadas: la humanidad global; pero no puede venir gracias a vínculos externos, a acuerdos o a una estructura gubernamental o un Estado mundial de ominosa invención, sino sólo por el camino del individualismo más individualista y del resurgimiento de los cuerpos sociales más pequeños: sobre todo de las comunidades. Hay que construir algo que abarque mucho, pero esa construcción debe comenzar a pequeña escala; hemos de extendernos por todas las latitudes, y sólo podremos hacerlo si cavamos en todas las profundidades; pues ninguna salvación puede venirnos esta vez de fuera, y ningún país sin

ocupar invita a los pueblos densamente poblados a que lo colonicen; tenemos que fundar la humanidad y sólo podemos encontrarla en la naturaleza humana, sólo podemos hacerla brotar de las uniones voluntarias entre los individuos y de la comunidad de los individuos originariamente independientes y naturalmente ligados unos a otros.

Sólo ahora podemos respirar libremente nosotros, los socialistas, y aceptar la necesidad ineludible de nuestra tarea como una parte de nuestra existencia de socialistas; ahora que sentimos la certidumbre –y la llevamos viva en nosotros– de que nuestras ideas no son una opinión a la que nos adherimos, sino una compulsión violenta que nos pone ante este dilema: experimentar de antemano la verdadera destrucción de la humanidad y ver cómo sus comienzos hacen estragos en torno nuestro, o dar pie al ascenso con nuestra propia acción.

El fin del mundo con que amenazamos aquí como con el espectro de una realidad posible, no significa naturalmente una extinción repentina. Prevenimos contra la analogía, contra la inclinación a querer encontrar una regla infalible en ello sólo porque conocemos algunos periodos de decadencia que fueron seguidos luego por periodos de florecimiento. Cuando constatamos con qué inaudita celeridad se vuelven cada vez más parecidos los pueblos y sus clases en nuestros tiempos de civilización capitalista: cómo los proletarios se vuelven insensibles, sumisos, brutales, superficiales y alcoholizados cada vez en mayor medida, cómo comienzan a perder, junto a la religión, toda suerte de interioridad y de responsabilidad; cómo todo eso ha comenzado a tener efecto sobre sus cuerpos; cómo en las clases superiores se pierde la fuerza para la política, para una visión amplia y una acción decisoria; cómo en lugar del arte aparece la fatuidad, la baratija a la moda y la imitación arqueológica e histórica; cómo, junto a la religión y a la moral, grandes sectores de la sociedad han perdido toda consistencia, toda santidad, toda firmeza de carácter; cómo las mujeres son arrastradas en el torbellino de la sensualidad superficial, de una búsqueda del placer coloreada y decorativa; cómo el natural e irreflexivo aumento de población en todos los estratos comienza a decrecer y en su lugar aparece la sexualidad sin hijos bajo la dirección de la ciencia y de la técnica; cómo la irresponsabilidad afecta precisamente

a los mejores entre los proletarios y los burgueses, que no pueden soportar más realizar con regularidad un trabajo que ya no produce placer en las condiciones actuales; cuando vemos cómo todo esto comienza a convertirse en neurastenia e histeria en todos los estratos de la sociedad, entonces es lícita y necesaria esta pregunta: ¿dónde está el pueblo que ha de levantarse para traer sanación, para la creación de nuevas instituciones? ¿Es completamente cierto, hay señales inequívocas de que volvemos a resurgir, como en otros tiempos un nuevo comienzo y sangre fresca brotaron de una refinada civilización en decadencia? ¿Es seguro que “humanidad” no sea más que una palabra temporal, insuficiente para denominar algo que más tarde se llamará “el fin de los pueblos”? Ya resuenan voces de mujeres degeneradas, desatadas y desarraigadas y de sus partidarios varones, que anuncian la promiscuidad y que quieren reemplazar la familia por el placer de la variedad, la unión voluntaria por el desenfreno, la paternidad por el seguro estatal de maternidad. El espíritu necesita libertad y lleva dentro la libertad; allí donde el espíritu crea uniones tales como la familia, la cooperativa, el grupo profesional, la comunidad y la nación, la libertad está presente y puede aparecer también la humanidad. Pero ¿sabemos, sabemos con toda seguridad si podremos soportar lo que ahora comienza a bramar en lugar del espíritu, ausente dentro de las instituciones de dominio y de coacción que lo representan: la libertad sin espíritu, la libertad de los sentidos, la libertad del placer irresponsable? ¿O no resultará de todo ello la más horrible de las torturas y de los vacíos, la más decrepita debilidad y la más obtusa apatía? ¿Se producirá quizá entre los seres humanos un momento de emoción ardiente, de renacimiento, de una gran época de unión de las comunidades de cultura? ¿Los tiempos en que el canto habite en los pueblos, en que las torres eleven hacia el cielo la unidad y el entusiasmo y en que se creen grandes obras, como ejemplos de grandeza del pueblo, por parte de grandes seres humanos en los que esté concentrado el espíritu del pueblo?

No lo sabemos, y sabemos por eso que nuestra tarea es intentarlo. Toda supuesta ciencia del futuro ha sido absolutamente eliminada hoy en día; no sólo no conocemos ninguna ley de la evolución: conocemos, muy al contrario, el enorme peligro de

que quizá sea ya demasiado tarde, de que todas nuestras tentativas y acciones no valgan ya para nada. Y así nos hemos librado de nuestras últimas cadenas: con todo nuestro conocimiento, no sabemos nada. Nos encontramos en la situación de seres humanos primitivos enfrentados a algo no descrito e indescriptible; no tenemos nada ante nosotros y lo tenemos todo sólo dentro de nosotros: en nosotros la realidad o la eficacia, no de la humanidad futura, sino de la pasada y por tanto la esencial y existente en nosotros; en nosotros la obra; en nosotros el deber inequívoco que nos lleva por nuestro camino; en nosotros la imagen de aquello que ha de ser realizado; en nosotros la necesidad de despedirnos de la miseria y de la vileza; en nosotros la justicia que es indudable y ecuánime; en nosotros la decencia que busca reciprocidad; en nosotros la razón que reconoce el interés de todos.

Aquellos que sienten como hemos descrito aquí; aquellos a quienes les nace la mayor valentía de la mayor necesidad; aquellos que a pesar de todo quieren intentar la renovación: todos esos deben unirse, a esos es a los que ahora hacemos un llamamiento; ellos deben decir a los pueblos lo que hay que hacer, deben mostrar a los pueblos cómo empezar.

VII

Los tiempos han cambiado mucho con respecto a como Proudhon podía verlos en 1848. La desposesión ha aumentado en todos los aspectos; estamos hoy más lejos del socialismo que hace sesenta años.

Hace sesenta años Proudhon, en un momento de revolución, de placer en la transformación del todo, podía decir a su pueblo entero lo que había que hacer en ese momento.

Hoy en día, aun cuando hubiese perspectivas de que el pueblo se levantara, ese punto en el que entonces se podía concentrar todo ya no es decisivo él sólo. Tampoco existe hoy en día un pueblo entero en dos aspectos: lo que se llama proletariado no será nunca por sí sólo la encarnación de un pueblo; y los pueblos son tan dependientes unos de otros en la producción y en el comercio que un pueblo por sí sólo ya no es un pueblo. Pero la humanidad todavía está lejos de ser una sociedad y no lo será nunca si no surgen antes nuevas pequeñas unidades, comunidades y pueblos.

Proudhon tenía toda la razón, especialmente en un momento de elevación de la vida espiritual e intelectual y de la vida comunitaria, así como de la originalidad y de la capacidad de decisión de los individuos que aporta toda revolución, y en las condiciones particulares de la Francia de entonces, que era ya un país de un capitalismo financiero y bolsista muy marcado, pero no un país de gran industria capitalista y de gran propiedad agraria; Proudhon, decíamos, tenía toda la razón cuando decía que la circulación y la abolición del enriquecimiento mediante el cobro de intereses eran los puntos angulares de toda transformación, y por donde ésta podía empezarse de la manera más rápida, más profunda y menos dolorosa.

Nuestras condiciones incluyen en verdad tres puntos que originan el enriquecimiento injusto, la explotación, el trabajo de los seres humanos no para ellos mismos sino para otros. Ese continuo originarse, esas causas en permanente acción son lo realmente importante en todas partes, tanto en el movimiento del proceso social como en los movimientos de la mecánica, de la química o de los cuerpos celestes. Es siempre erróneo e improductivo preguntarse por una causa única en cualquier momento del pasado, o en un estadio primitivo: nada se produce una

única vez; todo surge continuamente, y no hay causas primeras, originarias, sino movimientos constantes, relaciones constantes.

Los tres puntos angulares de la esclavitud económica son:

1) La propiedad de la tierra. De ella nace la actitud dependiente, suplicante, de la persona sin propiedad que quiere vivir, frente a aquel que se reserva para sí la posibilidad de trabajar la tierra y de consumir los productos de la tierra de manera directa o indirecta. De la propiedad de la tierra y de su correlato, la ausencia de dicha propiedad, surge la esclavitud, la servidumbre, el tributo, el arriendo, el interés, el proletariado.

2) La circulación de los bienes en la economía de cambio a través de un medio de intercambio que sirve de manera imprescriptible e inmutable para todas las necesidades. Una joya de oro, aun cuando permanezca inmutable durante siglos, sólo tiene valor para quien la estime tanto –para satisfacer una necesidad de ornamentación o de vanidad– que para poseerla ofrezca los productos de su propio trabajo. La mayor parte de los bienes pierden su valor, incluso materialmente, por el abandono o por el uso, y entran rápidamente a formar parte del consumo. Son producidos con el fin de ser cambiados, para obtener objetos de consumo que fueron producidos a su vez para ese mismo fin. El dinero ocupa una posición funestamente excepcional porque sólo se cambia, pero de ningún modo se consume; en las afirmaciones en contra de esto de los teóricos del dinero habla la mala conciencia. Si en una economía de intercambio justa, donde un producto sólo se cambia por otro producto de valor equivalente, es necesario un medio de circulación que corresponda a nuestro dinero y que probablemente se llamará también dinero, no tendrá sin embargo una propiedad decisiva de nuestro dinero: la propiedad de tener valor absoluto y poder servir a otros que no lo han obtenido por su trabajo, en detrimento de otros. No debe excluirse aquí la posibilidad del robo; puede haber un robo de dinero como de cualquier otro artículo; y además, el robo es una suerte de trabajo también, y un trabajo agotador y en conjunto poco rentable y desagradable en una buena sociedad. Debe indicarse aquí más bien que la nocividad del dinero actual está no sólo en la capacidad de producir interés, es decir en su crecimiento, sino en su permanencia, en su perennidad, que no disminuye ni desaparece en el consumo. La idea de que el dinero se convertirá en algo inofensivo al ser substituido por un mero bono

de trabajo, para que ya no sea una mercancía, es absolutamente falsa, y sólo podría tener sentido para la esclavitud estatal en la que, en lugar del tráfico libre, tendríamos la dependencia de las autoridades, que determinarían cuánto tiene cada cual que trabajar y que consumir. En la libre economía de intercambio, por el contrario, el dinero tiene que ser igual que las demás mercancías, de las que difiere actualmente de manera esencial, y ser, no obstante, un medio de intercambio universal: debe, como toda mercancía, poseer el doble carácter de cambio y de consumo. No debe desecharse la posibilidad –aun en una sociedad de intercambio justo, si el medio de intercambio no es consumible y no pierde su valor con el tiempo– de llegar a una propiedad nociva a gran escala y a la obtención, igualmente, de un derecho de tributo de la forma que sea, aun cuando en la historia conocida por nosotros el ahorro, la herencia y otras cosas similares no juegan más que un papel subordinado en comparación con el poder y la defensa del poder del Estado en la creación de la gran propiedad de la tierra y con ella de todo género de explotación.

Por ello son de gran valor las propuestas hechas por Silvio Gesell⁶¹ de encontrar un dinero que no gane valor con los años, como el de ahora, sino que al contrario, pierda valor progresivamente desde el principio, de manera que la persona que obtenga ese medio de intercambio mediante la entrega de un producto no tenga interés más acuciante que el de volver a cambiarlo lo más rápidamente posible por otro producto diferente, y así sucesivamente⁶². Silvio Gesell es uno de los pocos que ha aprendido de Proudhon, que ha reconocido su grandeza y, basándose en él, ha

⁶¹ Silvio Gesell (1862-1930), hombre de negocios, granjero y economista de origen alemán que residió muchos años en la Argentina. Fundador de la otrora famosa Casa Gesell y padre de quien fuera apodado “el loco de los médanos”, Carlos Gesell. Fue Representante Popular de Finanzas en la efímera República de los Consejos de Baviera, la misma en la que Landauer tuvo a su cargo la cartera de Cultura y Educación. [N. de E.]

⁶² En otras palabras, se trata de dinero evanescente. Un buen ejemplo para apreciar la importancia de este punto de vista es el de las cuasimonedas que circularon en la Argentina en crisis de los principios de este siglo (patacones, Lecop, etc.) que se recibían y se gastaban inmediatamente por tener una fecha de vencimiento determinada y la consecuente imposibilidad de ser atesorados. Otro es el de los bonos de los clubes de trueque, aunque sufrieron falsificaciones y una elevada depreciación en poco tiempo. Estos recursos permitieron la circulación de bienes y la prestación de servicios en momentos muy difíciles. [N. de E.]

llegado a un desarrollo posterior e independiente de sus ideas. Su descripción de cómo ese nuevo dinero aporta un movimiento lleno de vida al flujo de la circulación, y de cómo en la producción y en la obtención del medio de intercambio no se puede tener más interés que el del consumo, ha nacido enteramente del espíritu de Proudhon, que fue el primero en enseñarnos que la circulación rápida del dinero trae alegría y vitalidad a la vida pública y privada, mientras que la paralización del mercado y el estancamiento perseverante del dinero lleva a su vez a que nuestras energías se estanquen y a que nuestras almas se llenen de rigidez y de corrupción. Aquí no se trata del problema del futuro, de si se pueden encontrar medios de cambio objetivos que no traigan consigo el peligro del saqueo –un problema, pues, en el que lo más importante, en primer lugar, es que haya sido planteado –, sino de saber si la circulación de dinero es o puede haber sido el punto de partida desde el que comenzar para afectar también a los otros dos puntos de manera decisiva. Y en esto hay que decir que, si en un determinado periodo histórico, como el que se dio en 1848 en Francia, se hubiese introducido la mutualidad en la economía del intercambio, habría sonado la hora también para la propiedad latifundista y para la plusvalía.

3) El tercer punto angular de la esclavitud económica, es, por tanto, la plusvalía. Ante todo hay que decir aquí que el concepto de valor no crea más que confusión si no se explica claramente lo que se quiere decir con él y si no se atiende uno estrictamente a su definición. El valor contiene una exigencia en su significado; el significado se clarifica si pensamos que a la fijación de un precio sigue esta respuesta del comprador: “Ese producto no vale tanto”. El valor quiere por tanto excluir en primer lugar la arbitrariedad; restringimos aún más el concepto empleando el término “valor” sólo en el sentido de valor justo, de valor verdadero. Valor es lo que debería ser el precio, pero no es. Esa relación está contenida en la relación de precios de todo artículo; y en la palabra valor está contenida, como advierte todo el que se fija en el uso de la palabra, la exigencia ideal o socialista de que el precio debe ser igual al valor, o dicho de otro modo, que la suma total de todos los salarios de trabajo reales debe ser igual a la suma total de los precios en los estadios finales de las mercancías. Pero como, naturalmente, los seres humanos que se

oponen unos a otros en tanto individuos y por mor del beneficio económico, aprovechan todas las ventajas, no sólo la de la propiedad, sino también la de la rareza de los productos codiciados, la mayor demanda que se hace por motivos especiales, la ignorancia de los consumidores, etc., en realidad la suma de los precios nombrados es mucho, mucho más elevada que la suma de los salarios. Es verdad también que los obreros de distintas categorías se benefician de una parte de esas ventajas particulares en ciertas circunstancias bajo la forma de “salarios” más altos, que, en comparación con los salarios de sus compañeros de trabajo que realizan el mismo esfuerzo, no sólo son salarios, sino también beneficios; pero esto no modifica nada; ningún detalle de la multiforme vida económica puede cambiar nada en el hecho de que el trabajo no puede adquirir mediante su salario todo lo que ha producido, sino que una parte considerable queda para el poder adquisitivo del beneficio. Aquí quedan fuera de consideración, como se ha dicho, los estadios intermedios de la producción, que se incluyen ya dentro del comercio en tanto que mercancías, pues estos, si se va al fondo de las cosas, no son adquiridos ni con salario ni con beneficio por un productor capitalista a otro productor capitalista, sino con capital, es decir, como veremos muy pronto, con algo que se ha introducido en lugar del crédito y de la reciprocidad. Los intereses de ese capital los asume en última instancia, naturalmente, el trabajo; se incluyen en los precios y han sido mencionados más arriba, en su otra forma, como beneficio originado por la propiedad; pues en efecto el capital es la forma de circulación de la propiedad de la tierra hecha fluida y móvil, y de sus productos obtenidos por el trabajo, y es también, incluso para aquellos que en apariencia no son propietarios de tierras, el medio de adelantar los salarios por un producto que está aún por fabricar o para anticipar salarios de trabajo de un producto que se encuentra en un estadio de transición de una etapa de elaboración a otra, o para conseguir productos en el comercio y tenerlos almacenados. Oiremos más adelante algo más acerca de estas diferentes formas de capital y de la separación del capital en realidad objetiva, realidad auténtica del espíritu y falso capital.

Lo que llamamos valor nace, pues, simplemente del trabajo de mejoramiento de la tierra y de la extracción y elaboración de

los productos de la tierra. Si se obliga a los obreros a alquilarse, es decir, a ceder a otros los resultados de su esfuerzo para su aprovechamiento a cambio de una cierta indemnización, resulta de ahí una desproporción entre el valor de los productos que han producido y el precio de los productos que pueden comprar con su salario para su consumo propio. Puede pasarse por alto aquí la cuestión de en qué lugar se produce su expolio, bien sea en el momento de su retribución –el salario muy bajo–, bien sea en el momento de la compra –los artículos son muy caros–; lo importante es no pensar en cantidades absolutas, sino en una relación que en este caso es una desproporción, y que se tenga presente que todo el beneficio de los capitalistas surge de la rebaja que los trabajadores se ven obligados a aceptar, no importa en qué momento, del producto de su trabajo a causa de su situación de miseria, es decir, que la rebaja del salario, o su menor valor, es idéntica al beneficio de los capitalistas o su plusvalía.

Tampoco se examina aquí en qué momento el beneficio fluye a los capitalistas, tampoco se investiga detenidamente si el problema ha sido presentado de manera capciosa, en tanto que intenta nuevamente poner algo absoluto en lugar de una correlación; sólo se indica que el beneficio se reparte en dividendos variables entre propietarios de la tierra, capitalistas financieros, empresarios, comerciantes y todos sus ayudantes: empleados, trabajadores intelectuales y otras categorías mezcladas que ocupan una posición privilegiada en el capitalismo. También hay que poner el acento en el hecho de que en lo relativo a esa forma de expresarse, lo mismo que en cuanto al valor mismo, se trata de construcciones absolutamente necesarias: no todos los ingresos de las personas que participan en el capitalismo son siempre beneficio, también realizan un trabajo. Y no todo lo que los “trabajadores” consumen es salario; también ellos, aun cuando en una proporción a menudo insignificante, participan en la economía de los beneficios. Nos llevaría muy lejos dividir ahora el trabajo en improductivo y en productivo y –lo que no es lo mismo– dividir los bienes elaborados en necesarios y de lujo; aquí simplemente señalaremos, dentro de este contexto, que muchos privilegiados dentro del capitalismo no sólo realizan un trabajo, sino sin duda también un trabajo productivo, lo mismo que por otra parte también los trabajadores realizan

mucho trabajo completa o parcialmente improductivo; y que, en segundo lugar, en el consumo de los obreros no sólo entran artículos necesarios, sino también de lujo.

Todos estos detalles, que tienen gran significación para la vida real de nuestro tiempo, debían ser mencionados aquí. Lo que importa a este respecto es señalar que el énfasis unilateral que se pone en el problema del salario por parte de los trabajadores y de sus sindicatos debe ser puesto en relación con la concepción falsa de la plusvalía por parte de los marxistas. Hemos visto antes cómo el salario y el precio se condicionan mutuamente; hemos hecho hincapié ahora que es falsa la concepción según la cual la plusvalía sería una magnitud absoluta, que surgiría de las empresas y de allí fluiría a las demás categorías de capitalistas. La plusvalía es, exactamente como el salario o el precio, una relación, y surge en todo el curso del proceso económico y no en un determinado lugar del mismo. Del error aquí discutido nace la funesta obstinación del marxismo con las empresas, especialmente con las empresas industriales. Allí creyeron haber encontrado el punto de Arquímedes del capitalismo. La verdad es simplemente que todo beneficio se extrae del trabajo, o dicho de otro modo: que no hay productividad de la propiedad ni productividad del capital, sino sólo una productividad del trabajo. Ese conocimiento es ciertamente el postulado básico del socialismo, y únicamente por ese conocimiento que comparten con todos los demás socialistas –Proudhon le ha dado su expresión clásica en su polémica con Bastiat⁶³ y en muchos otros pasajes–, sólo por eso podrían los marxistas llamarse socialistas en el más amplio sentido de la palabra. Eso lo saben también ellos: la rentabilidad de la propiedad y la rentabilidad del capital no son más que una forma engañosa de lo que en realidad es un robo contra la productividad del trabajo.

Pero a partir de este conocimiento básico, los marxistas en su teoría y los sindicalistas en su práctica han sacado conclusiones de temeraria falsedad. Los marxistas han creído que, dado que tenían una causa, tendrían con ello una causa última, una causa originaria, una causa absoluta: el trabajo, las condiciones

⁶³ Claude Frédéric Bastiat (1801-1850), político, legislador y economista francés, defensor del liberalismo económico; en efecto, mantuvo una polémica pública con Proudhon durante trece meses en las páginas del periódico *La Voix du Peuple*. [N. del R.]

de trabajo, el proceso de producción constituían para ellos la última palabra que lo explicaba todo; de ahí la grotesca equivocación de su así llamada concepción materialista de la historia, de sus leyes de evolución, de su esperanza en la gran concentración y en la gran crisis y en el gran hundimiento, etc. Solamente tendrían que haber seguido preguntándose: “¿De dónde viene la miseria de los trabajadores?”, y se habrían chocado con la propiedad de la tierra y con la no caducidad y la no consumibilidad del dinero, y luego con el Estado y con el espíritu y sus altibajos, y habrían encontrado que las condiciones, incluidos el Estado, el capital y la propiedad, están en nuestra conducta y que finalmente todo se refiere a la relación de los individuos y de su fuerza con las instituciones, que pesan sobre un determinado periodo como rígidos restos de la fuerza y generalmente de la impotencia de los individuos de anteriores generaciones.

Según el modo de considerar las cosas y según el imaginario particular, a las condiciones económicas, a las reacciones políticas, a la religión, etc., en conjunto se las puede llamar la superestructura pesada o bien la base para la vida de los individuos de un tiempo determinado; pero nunca podrá ser otra cosa que equivocación la concepción según la cual las “condiciones” económicas o sociales serían sólo el fundamento “material” de un tiempo dado, y en cambio el espíritu y sus formas sólo su “superestructura ideológica” o su imagen duplicada en el espejo. Del mismo modo que fue de tan gran importancia el conocimiento de la plusvalía, es decir, el desenmascaramiento de la propiedad y del capital financiero como saqueadores del trabajo, la falsa creencia de que se habría descubierto el lugar donde “se origina” la plusvalía fue totalmente funesta. La plusvalía se encuentra en la circulación; se origina en la compra de una mercancía tanto y tan poco como en la remuneración de un obrero. Dicho de otro modo –pues como sólo podemos hablar en imágenes, la verdad debe ser cercada desde diferentes puntos de vista con intentos de descripción, y tenemos que emplear esos medios tanto más cuanto más complicados y fragmentados se encuentren los fenómenos que queremos abarcar en nuestras vastas generalidades–: la causa de la plusvalía no es el trabajo, sino la miseria del trabajo; y la miseria de los que trabajan se encuentra, como se ha dicho, fuera del proceso de producción y mucho más afuera

todavía se encuentra la causa de esa miseria, y siempre así, es decir, en la circulación de toda la economía del beneficio y de la propiedad de la tierra, y luego, desde esas incrustaciones externas hacia sus causas, la naturaleza de los seres humanos que se mueven en ellas y son movidos en ellas o se dejan obstruir en esos movimientos y luego desde ahí otra vez a los seres humanos de anteriores generaciones. El proceso capitalista de producción no es la causa última del surgimiento de la plusvalía; los eruditos que necesitan una causa última para las relaciones humanas, deberían advertir de una vez por todas que la penúltima causa es Adán y la última, la magníficamente absoluta, es Dios. Y este mismo se ha vuelto infiel a su absolutismo durante seis días; pues un absolutista verdadero se considera demasiado bueno para causar efectos, se sienta en su trono, es decir, sobre sí mismo, y se dice a sí mismo y consigo mismo: “¡Yo soy el mundo!”.

El proceso de producción capitalista es un punto angular para la emancipación del trabajo sólo desde un punto de vista negativo. No conduce al socialismo por su propio desarrollo posterior ni por sus leyes inminentes, no puede ser transformado decisivamente por la lucha de los trabajadores en su papel de productores en favor del trabajo; sino sólo en tanto que los obreros dejen de desempeñar el papel de productores capitalistas. Cualquier cosa que hagan los trabajadores, cualquier cosa que haga un ser humano dentro de la estructura del capitalismo, no hace más que enmarañarlo de manera cada vez más profunda y más firme en el embrollo capitalista. En ese papel los trabajadores también son partícipes del capitalismo, aun cuando sus intereses no vayan en beneficio suyo, sino de los capitalistas, aun cuando en todo lo esencial no cosechen las ventajas sino las desventajas de la situación de injusticia en que han sido colocados. La liberación existe sólo para los que se ponen interior y exteriormente en situación de salir del capitalismo, de dejar de jugar un papel en él y de comenzar a ser seres humanos. Se comienza a ser seres humanos cuando no se trabaja más para lo inauténtico –el beneficio y su mercado–, sino para las necesidades humanas auténticas y cuando se restaura la sumergida relación auténtica entre necesidades y trabajo, la relación entre el hambre y las manos. El postulado socialista básico dice: sólo el trabajo crea valores, y hay que sacar de ahí la verdadera doctrina, que dice: ¡eliminemos el mercado

de rentas! Hay que fundar de nuevo el mercado del trabajo y su espíritu: la relación entre trabajo y consumo y los fundamentos del trabajo.

Hoy en día, el llamamiento al socialismo va dirigido a todos, no en la creencia de que todos podrían realizarlo si quisieran, sino con el deseo de conducir a algunos a la conciencia de su solidaridad, a la unión de los que comienzan.

Es a los seres humanos que no pueden ni quieren resistir más a quienes aquí hacemos un llamamiento.

A las masas, a los pueblos de la humanidad, a los gobernantes y gobernados, a los herederos y desheredados, a los privilegiados y engañados habría que decirles: es una vergüenza gigantesca e imborrable de nuestros tiempos que se trabaje por el beneficio, en lugar de hacerlo en favor de las necesidades de los seres humanos agrupados en colectividades. Todo estado de guerra, todo estatismo, toda opresión de la libertad, todo odio de clase viene de la brutal estulticia imperante. Pueblos, si llegase de repente el gran momento de la revolución, ¿qué harían? ¿Cómo querrían conseguir que en el mundo, en cada país, en cada provincia, en cada comunidad, nadie más tenga hambre, nadie más tenga frío, y que ninguna mujer y ningún niño queden desnutridos?

¡Por hablar sólo de las necesidades más primarias! ¿Y si la revolución estalla en un sólo país? ¿Qué valor podría tener? ¿Hacia dónde podría dirigirse?

Las cosas ya no son como cuando se le decía a los seres humanos de un pueblo: la tierra lleva consigo lo necesario en cuanto a alimentos y materias primas de la industria. ¡Hay que trabajar e intercambiar los productos! ¡Únanse, pobres, dense crédito unos a otros; el crédito, la mutualidad son capital; no se necesitan capitalistas financieros ni amos empresariales; trabajen en la ciudad y en el campo; trabajen e intercambien los productos!

Las cosas ya no son así, incluso aunque se esperara el momento en que medidas grandes y extensivas afectaran a la totalidad.

Una formidable confusión, un caos verdaderamente bestial, una impotencia infantil surgirían en el momento de la revolución. Nunca fueron los seres humanos más dependientes y débiles que ahora que el capitalismo ha llegado a su apogeo: al mercado mundial del beneficio y al proletariado.

Ninguna estadística mundial y ninguna república universal pueden ayudarnos. La salvación sólo puede traerla el renacimiento de los pueblos desde el espíritu de la comunidad.

La forma básica de la cultura socialista es la unión de comunidades económicamente independientes y que cambian entre sí sus productos.

Nuestra prosperidad humana, nuestra existencia, dependen ahora de que la unidad del individuo y la unidad de la familia, que son las únicas formas de asociación natural que nos han quedado, se eleven nuevamente a unidad de la comunidad, forma básica de toda sociedad.

Si queremos la sociedad, hay que construirla, hay que practicarla.

La sociedad es una sociedad de sociedades de sociedades, una unión de uniones de uniones; una comunidad de comunidades de comunidades; una república de repúblicas de repúblicas. Sólo ahí hay libertad y orden, sólo ahí hay espíritu; un espíritu que es independencia y comunidad, unidad y autonomía.

Los individuos independientes, que no dejan intervenir a nadie en sus asuntos; la comunidad doméstica de la familia, para quien el hogar y el huerto son su mundo; la comunidad local que es autónoma; el consejo o unión de comunidades y así sucesivamente, las asociaciones cada vez más amplias, con un número cada vez menor de tareas, eso es una sociedad, tan sólo eso es el socialismo por el que vale la pena trabajar y que puede salvarnos de nuestra miseria. Vanos y erróneos son los intentos de expandir en Estados y asociaciones de Estados el régimen coercitivo de nuestros tiempos, que es un sustituto de la asociación de espíritu libre que falta, y de extender aún más de lo extendido hasta ahora su imperio al dominio de la economía. Ese socialismo policial que sofoca toda cualidad y actividad original sellaría la decadencia completa de nuestros pueblos, no haría más que mantener juntos átomos completamente dispersos mediante un anillo de hierro mecánico. Los seres humanos sólo accedemos a una unión de tipo natural allí donde estamos juntos en una proximidad local, en contacto real. El espíritu unificador, la asociación de varias personas para una obra común, por motivos comunes, tiene en la familia una forma demasiado estrecha y precaria para la vida en común. En la familia sólo importan los intereses privados. Necesitamos un germen natural

del espíritu común para la vida pública, para que la vida pública esté llena, no como hasta ahora exclusivamente de Estado y de frialdad, sino de un calor emparentado con el amor de la familia. Ese germen de toda vida social auténtica es la comunidad, la comunidad económica, de cuya esencia no se hace una idea nadie que quiera juzgarla, por ejemplo, conforme a lo que hoy día se llama comunidad.

El capital empleado en las fábricas, en la elaboración de las materias primas, en el transporte de las mercancías y de los seres humanos, no es en verdad otra cosa que el espíritu colectivo. Hambre, manos y tierra, las tres cosas existen, están ahí de manera natural; las manos procuran, con su trabajo solícito en la tierra, los bienes necesarios para saciar el hambre. A eso se añaden las prácticas especiales de determinadas comarcas en industrias centenarias; la situación especial de la naturaleza, de manera que ciertos productos en bruto sólo se encuentran en aquellos lugares; la necesidad y la comodidad del intercambio. Intercambio de comunidad a comunidad de lo que no se puede elaborar en el lugar determinado, o intercambio, como se hace dentro de las comunidades, de individuo a individuo; se intercambia un producto por otro equivalente en valor, y en cada comunidad cada cual podrá consumir tanto como quiera, es decir, tanto como trabaje.

Hambre, manos y tierra están ahí; las tres existen de manera natural. Aparte de ellas, los seres humanos sólo necesitan ordenar convenientemente lo que sucede entre ellos, y así tendrán lo que necesitan de manera que cada uno pueda trabajar para sí mismo; para que todos exploten la naturaleza, pero no unos a otros. Esa es la misión del socialismo: ordenar la economía del intercambio de manera que, aun con el sistema del intercambio, cada cual trabaje para sí mismo; que los seres humanos estén ligados unos a otros de mil maneras y que sin embargo no se le quite nada a nadie en esa asociación, sino que se le dé algo a cada uno. No dar en el sentido de regalar algo a alguien; el socialismo no prevé ni la renuncia ni el robo; cada cual recibe el producto de su trabajo y disfruta del fortalecimiento de todos mediante la división del trabajo, el intercambio y la colectivización del trabajo en la extracción de los productos de la naturaleza.

Hambre, manos y tierra existen; las tres están ahí de manera natural. Es asombroso que haya que decir hoy en día a los seres humanos de la ciudad y del campo, como si fuese algo nuevo, que todo lo que entra en nuestro consumo, a excepción del aire, procede de la tierra y de las plantas y animales crecidos en la tierra.

Hambre, manos y tierra están ahí; las tres existen de manera natural.

El hambre la experimentamos todos los días y metemos la mano en los bolsillos para buscar el dinero, el medio para comprar los medios de apaciguarla. Lo que aquí se llama hambre es cualquier necesidad auténtica; para satisfacerla buscamos dinero en nuestros cofres.

Para conseguir el dinero, nos vendemos o nos alquilamos: movemos las manos, y lo que aquí llamamos manos son toda clase de músculos y nervios y cerebro, es espíritu y cuerpo, es trabajo. Trabajo en la tierra; trabajo bajo la tierra; trabajo para la elaboración de los productos de la tierra; trabajo en los servicios de intercambio y de transporte; trabajo para el enriquecimiento de los ricos; trabajo para la diversión y la instrucción; trabajo para la educación de la juventud; trabajo que crea lo nocivo, lo inútil, lo nimio; trabajo que no crea nada y sólo se expone como espectáculo para los mirones. A muchas cosas se llama hoy trabajo; hoy se llama trabajo a todo lo que aporta dinero.

Hambre, manos y tierra están ahí; las tres existen de manera natural.

¿Dónde está la tierra? ¿La tierra que necesitan nuestras manos para aplacar el hambre?

Unos pocos poseen la tierra, y son cada vez menos. El capital, hemos dicho, no es una cosa, sino un espíritu entre nosotros; y tenemos los medios para la empresa y para el intercambio una vez que nos hemos encontrado a nosotros mismos y a nuestra naturaleza humana. Pero la tierra es un trozo de naturaleza exterior; es parte de la naturaleza como el aire y la luz; la tierra es propiedad inalienable de todos los seres humanos; y la tierra se ha convertido en propiedad; ¡en propiedad de unos pocos!

Toda propiedad de cosas, toda propiedad de la tierra es en verdad propiedad sobre seres humanos. El que priva de tierra a los otros, a las masas, las obliga a trabajar para él. La propiedad es un robo y la propiedad es esclavitud.

Gracias a la economía monetaria muchas cosas que no parecen serlo se han convertido en propiedad de la tierra. En la economía del intercambio justo tengo el derecho a participar en la tierra, aun cuando no posea ninguna; en la economía monetaria del país del beneficio, de la usura, del interés, eres en verdad un ladrón de tierra, aun cuando no poseas ninguna, sólo con que tengas dinero o acciones de bolsa. En la economía justa, donde el producto se cambia por un producto de valor equivalente, trabajo simplemente para mí, aun cuando nada de lo que yo elabore acabe siendo de mi propio consumo; en la economía monetaria del país del beneficio eres un amo de esclavos, aun cuando no tengas un solo obrero, si vives de otra cosa que no sea el resultado de tu trabajo. E incluso aunque uno viva del resultado de su trabajo, participa en la explotación de los seres humanos si su trabajo es fruto de algún monopolio o privilegio y obtiene por él un precio superior al que vale.

Hambre, manos y tierra están ahí; las tres existen de manera natural.

Debemos volver a tener la tierra. Las comunidades del socialismo tienen que repartir nuevamente la tierra. La tierra no es propiedad de nadie. La tierra no tiene dueños; sólo entonces serán libres los seres humanos.

Las comunidades del socialismo deben repartir de nuevo la tierra. ¿No surge con ello nuevamente la propiedad?

Sé muy bien que otros conciben la propiedad común o la ausencia de dueños de manera diferente. Todo lo ven envuelto en nieblas; yo me esfuerzo por ver claro. Ellos lo ven todo en la perfección de un ideal descrito; yo quiero expresar lo que hay que hacer ahora y en todo momento. Ahora y en todo momento las cosas no serán parloteo difuso en este mundo; el socialismo debe hacerse realidad; el que quiera hacerlo realidad debe saber lo que quiere ahora. Ahora y en todo momento el transformador radical no encontrará otra cosa que transformar que lo que ya existe. Y por eso será bueno ahora y en todo momento que las comunidades locales posean su propiedad comunal; que una parte sea la tierra comunal, y las otras partes propiedades familiares para la casa, el patio, la huerta y el campo.

También la supresión de la propiedad será en lo esencial una transformación de nuestro espíritu; de ese renacimiento brotará una

vigorosa distribución de la propiedad; y relacionada con esa nueva distribución estará la voluntad de repartir de nuevo la tierra, en el futuro, en periodos determinados o indeterminados, una y otra vez.

La justicia dependerá siempre del espíritu que prevalezca entre los seres humanos, y desconoce por completo el socialismo aquel que sostenga que es necesario y posible ahora un espíritu que cristalice de forma que lleve a cabo lo definitivo y no deje nada por hacer al futuro. El espíritu está siempre en el movimiento y en la creación; y lo que él crea será siempre insuficiente, y la perfección no se convertirá nunca en acontecimiento excepto como imagen o como idea. Sería un esfuerzo vano y erróneo el querer instaurar de una vez por todas instituciones estandarizadas que excluyan automáticamente toda posibilidad de explotación y de usura. Nuestros tiempos nos han mostrado lo que resulta cuando se establecen, en lugar del espíritu viviente, instituciones que funcionan automáticamente. Que cada generación se preocupe de manera valiente y radical de aquello que corresponde a su espíritu; más tarde habrá también motivo para revoluciones; y serán necesarias cuando el nuevo espíritu deba oponerse a los residuos que se han vuelto rígidos del espíritu pasado. Así, pues, también la lucha contra la propiedad llevará a otros resultados distintos de los que algunos, por ejemplo, los comunistas, creen obtener. La propiedad es algo distinto de la posesión; y yo veo en el futuro la posesión privada, la posesión cooperativa y la posesión común en su más hermosa floración; posesión no sólo de cosas de consumo inmediato o de las más sencillas herramientas; también la posesión, tan supersticiosamente temida por algunos, de los medios de producción de toda especie, de casas y de tierra. No deben establecerse prescripciones definitivas de seguridad para un reino milenario o para la eternidad, sino una grande y vasta nivelación y la creación de la voluntad de repetir esa nivelación de manera periódica.

“El décimo día del séptimo mes debes hacer sonar la trompeta por toda vuestra tierra en el día de la expiación...”⁶⁴”

“Y debéis santificar el año cincuenta y proclamar libertad en la tierra a todos sus moradores; pues será el año de jubileo para vosotros; cada uno de vosotros deberá volver a su hacienda y deberá volver a su tribu”⁶⁵.

⁶⁴ *Levítico* 25, 9. [N. del R.]

⁶⁵ *Levítico* 25, 10. [N. del R.]

“Es el año de jubileo, y todo el mundo debe volver a lo suyo⁶⁶.”

El que tenga oídos para oír, que oiga.

¡Debéis hacer sonar la trompeta por toda la tierra!

La voz del espíritu es la trompeta que resonará una y otra vez, una y otra vez, mientras haya seres humanos que se reúnen. La injusticia siempre querrá establecerse, y siempre arderá la rebelión contra ella, mientras haya seres humanos verdaderamente vivientes.

La rebelión como constitución, la transformación y la reforma como una regla establecida de una vez por todas, el orden a través del espíritu como propósito; eso era lo grande y lo santo del mosaico del orden social.

Eso es lo que necesitamos de nuevo: una nueva regulación y transformación por el espíritu, que no establecerá cosas e instituciones de manera definitiva, sino que se proclamará a sí misma permanente. La revolución tiene que llegar a ser un accesorio de nuestro orden social, la regla básica de nuestra constitución.

El espíritu creará sus formas; formas del movimiento, no de la rigidez; posesión que no se convierta en propiedad, que sólo cree posibilidad de trabajo y seguridad, pero no posibilidad de explotación y de arrogancia; un medio de intercambio que no tenga valor en sí mismo, sino sólo en relación con el intercambio, y que no sólo entrañe en sí mismo el medio para el intercambio, sino también la condición de su propio consumo; un medio de intercambio capaz de morir y que precisamente por eso es capaz de reavivarse, mientras que hoy en día es inmortal y asesino⁶⁷.

En lugar de tener la vida entre nosotros, hemos puesto entre nosotros la muerte; todo se ha convertido en cosa y en ídolo objetivo; la confianza y la reciprocidad se han convertido en capital; el interés común se convirtió en Estado; nuestro comportamiento, nuestras relaciones se convirtieron en condiciones inmutables, y en medio de terribles espasmos y sacudimientos estalló una revolución de tanto en tanto aquí y allá que trajo a su vez, de nuevo, muerte e instituciones e inmutabilidades, y murió de ello antes de vivir. Hagamos ahora un trabajo

⁶⁶ *Levítico* 25, 13. [N. del R.]

⁶⁷ Al respecto véanse las notas al pie 61 y 62. [N. de E.]

completo y grande, estableciendo en nuestra economía el único principio que puede establecerse, el principio que corresponde al postulado básico socialista: que en ninguna casa debe entrar más valor para el consumo que el que haya creado el trabajo de esa casa, porque ningún valor surge en el mundo humano más que por el trabajo. El que quiera renunciar a algo y regalarlo, que lo haga; eso no se le puede impedir a nadie, y a la economía no le importa; pero nadie debe ser obligado por las condiciones a privarse de nada. Sin embargo, el medio para llevar a cabo ese principio siempre y repetidamente será diferente en todas partes y en cada momento; y el principio vivirá sólo mientras sea aplicado de nuevo una y otra vez.

Los marxistas han considerado la tierra como una especie de accesorio del capital y nunca supieron hacer nada justo con ella. En verdad, el capital está compuesto de dos cosas completamente distintas. Primero, la tierra y los productos de la tierra: parcelas, edificios, máquinas, herramientas, a las que no obstante no se les debería llamar capital porque son tierra; en segundo lugar, la relación entre los seres humanos, el espíritu que los une. El dinero o medio de intercambio no es más que un signo convencional para la mercancía general con cuya ayuda se pueden cambiar fácilmente (es decir, en este caso directamente) todas las mercancías particulares los unos a los otros.

Esto nada tiene que ver directamente con el capital. El capital no es un medio de intercambio, sino una posibilidad. El capital determinado de un ser humano que trabaja o de un grupo de seres humanos trabajadores es su posibilidad de elaborar determinados productos en una determinada cantidad de tiempo. Las realidades objetivas que se necesitan para eso son, primero, materiales –la tierra y los productos de la tierra–, de los cuales se elaboran los nuevos productos; en segundo lugar, las herramientas con las que se trabaja, es decir también productos de la tierra; en tercer lugar, las necesidades vitales, lo que consumen los trabajadores durante la jornada de trabajo, o sea nuevamente productos de la tierra. Mientras uno trabaja en un solo producto, no puede cambiar ese producto por aquello que necesita durante la producción y que necesita para sí; pero en esa situación de espera y de tensión están todos los trabajadores. El capital no es otra cosa que la anticipación y la compra por adelantado

del producto esperado, es exactamente lo mismo que el crédito o la reciprocidad. En la economía del intercambio justo todo aquel que recibe encargos de trabajo, o cada grupo de producción que tiene clientela, recibe los medios objetivos, la tierra y los productos de la tierra, para su hambre y sus manos: porque todos tienen las necesidades correspondientes y cada cual suministra a los otros las realidades que han surgido también de la espera y de la tensión, para que una vez más la posibilidad y la disponibilidad se hagan realidad, y así sucesivamente. El capital no es una cosa; la tierra y sus productos son la cosa; la concepción tradicional establece una duplicación inadmisibles y desafortunada del mundo objetivo, como si junto al mundo uno y único de la tierra hubiese también un mundo del capital como cosa; de esta manera la posibilidad, que no es sino una relación de tensión, se convierte en una realidad. No hay más que una realidad objetiva de la tierra; todo lo demás que se denomina habitualmente como capital es relación, movimiento, circulación, posibilidad, tensión, crédito, o como lo llamamos aquí: espíritu unificador en su función económica, que, claro está, no se manifestará chapuceramente como amor y buena voluntad, sino que se servirá de órganos convenientes, uno de los cuales fue descrito por Proudhon como banco de intercambio.

Si llamamos capitalista al periodo actual, lo que se quiere expresar con ello es que en la economía no prima ya el espíritu unificador, sino que domina el ídolo objetivo, algo que no es por tanto una cosa, sino sólo una nada que es tomada como cosa.

Esa nada que pasa por cosa, crea ahora, a consecuencia de esa valorización –porque valorización es dinero⁶⁸– una gran cantidad de realidades concretas destinadas a las casas de los ricos y a su situación de poder, realidades que proceden todas, no de esa nada a la que nos referíamos, sino de la tierra y del trabajo de los pobres. Pues siempre que el trabajo quiere acercarse a la tierra, siempre que un producto quiere pasar de una etapa del trabajo a otro y antes de que pueda entrar en el consumo y en el proceso entero del trabajo, se entromete el capital falso y recibe, no ya sólo el salario por un pequeño servicio, sino también un interés por haber querido no permanecer quieto, sino circular.

⁶⁸ Landauer juega con la etimología de la palabra *Geld*, “dinero”, que proviene de la misma raíz que *Geltung* “valorización”. [N. del R.]

Otra nada que tiene validez de cosa y que ha suplantado al espíritu de unión que nos falta es también el Estado, como ya se ha mencionado aquí a menudo. Aparece en todas partes como obstáculo, como escollo, absorbiendo y oprimiendo entre unos seres humanos y otros seres humanos, entre los seres humanos y la tierra, allí donde se ha debilitado lo que auténticamente hay entre ellos desde el origen: la atracción mutua, la relación, el espíritu libre. Esto tiene también que ver con el hecho de que el falso capital, que ha ocupado el lugar del verdadero interés mutuo y de la verdadera confianza mutua, no podría ejercer su poder absorbente y expoliador, ni la propiedad de la tierra podría imponer su tributo sobre el trabajo, si no se hubiera apoyado en la violencia, en la violencia del Estado, de sus leyes, de su administración y de sus actores ejecutivos. Sólo que no se debe olvidar que todo eso –Estado, leyes, administración y actores ejecutivos– son sólo nombres de personas que, debido a que les falta posibilidad de vida, se atormentan y se infieren violencia recíprocamente; otro nombre, así pues, para la violencia entre los seres humanos.

Vemos en este lugar que después de la correcta explicación del capital que se ha dado aquí, la denominación “capitalista” no es del todo acertada, porque con ella no se refiere uno propiamente al capital auténtico, sino al falso. Pero no se puede evitar, cuando se busca desenmarañar todos esos vínculos reales para el resto de personas, emplear el uso habitual de las palabras, y eso es lo que aquí ha ocurrido.

Si los trabajadores, pues, encuentran que les falta el capital, tienen razón en un sentido muy distinto al que ellos creen. Les falta el capital de los capitales, les falta el único capital que es realidad, aunque no es una cosa: les falta el espíritu. Y como les ocurre a todos los que se han desacostumbrado de esa posibilidad y condición previa de toda vida, se les ha ido de debajo de los pies la condición objetiva de toda vida: la tierra.

Tierra y espíritu, pues: esa es la solución del socialismo.

Los inspirados por el espíritu socialista tendrán que buscar a su alrededor en primer lugar la tierra como única condición externa que necesitan para la sociedad.

Sabemos bien que cuando los seres humanos intercambian sus productos en su economía mundial o en su economía nacional, la tierra se convierte, debido a ello, en algo móvil. La tierra hace

tiempo que se ha convertido en un objeto de la bolsa, en un valor en papel. Sabemos también que si los seres humanos intercambiasen productos por productos de valor equivalente en su economía mundial, en su economía nacional; si grandes asociaciones, mediante la unión de su consumo y del crédito extraordinario que surgiría sin duda por ello, se pusieran a elaborar productos industriales para el consumo propio a partir de materias primas de manera creciente, desconectándose así del mercado capitalista; sabemos, digo, que luego, con el paso del tiempo, podrían comprar no sólo los productos de la tierra, sino también la tierra misma en cantidad considerable. Sabemos que semejantes cooperativas de producción y de consumo poderosas dispondrían finalmente no sólo de su propio crédito mutuo, sino también de un capital financiero considerable. Pero si los seres humanos estuvieran satisfechos con eso, no habrían hecho más que postergar la decisión definitiva. Los propietarios de la tierra tienen el monopolio sobre todo lo que crece en la tierra y sobre todo lo que se extrae de ella: sobre los alimentos del pueblo entero y sobre las materias primas de la industria. El Estado y, en relación con él, una parte cada vez más considerable del capital financiero, al que se le quitaría literalmente la base y la respiración si dejara de haber propiedad de la tierra y sólo existiera mutualidad como capital socialista, el Estado y una parte del capital financiero, digo, se aferrarán tanto más a los magnates de la tierra, antes de llegar a ese punto, cuanto más comercio e industria capitalistas se eliminen a través de las cooperativas de producción y de consumo. La tierra no fluirá automáticamente a las cooperativas que trabajan para su consumo propio, antes bien aumentará el precio de sus productos o se bloqueará su acceso. La tierra es fluida o de papel sólo en apariencia, de la misma manera que, a la inversa, el capital es sólo una magnitud real en la ficción; cuando llegue el momento de decidir, la tierra será lo que realmente es: un pedazo de naturaleza física, que ha sido poseída y retenida.

Los socialistas no se andarán con vueltas en lo relativo a la lucha contra la propiedad de la tierra. La lucha del socialismo es una lucha por la tierra; el problema social es un problema agrario.

Ahora ya se puede ver qué enorme error ha sido la teoría del proletariado de los marxistas. *Ningún estrato de la población tendría menos idea de qué hacer si llegase hoy mismo la revolución,*

que nuestros proletarios industriales. Para su anhelo de redención –pues anhelan mucho la redención y la liberación, pero saben poco acerca de las nuevas relaciones y condiciones que quisieran establecer– la vieja sentencia de Herwegh⁶⁹ es ciertamente muy seductora: “¡Despierta, hombre del trabajo!! ¡Y reconoce tu poder!! Todas las ruedas se paran/ si tu fuerte brazo lo desea”.

Esas palabras son seductoras, como todo lo que da una expresión general a los hechos, y que obedece por tanto a la lógica. Es absolutamente cierto que la huelga general suscitaría necesariamente una terrible confusión, y que los capitalistas tendrían que capitular si los trabajadores fueran capaces de sostenerse un tiempo muy corto. Pero en ese *si* se esconde una condición fundamental e indispensable, y los trabajadores apenas ven hoy día con suficiente claridad las formidables dificultades que traería consigo su aprovisionamiento en caso de una huelga general revolucionaria. Sin embargo, una huelga general extensa y con mucho empuje podría sin duda dar un poder decisivo a los sindicatos revolucionarios. El día después de la revolución, los sindicatos tomarían posesión de las fábricas y talleres en las grandes ciudades y en las ciudades industriales, pero tendrían que seguir produciendo para el mercado mundial los mismos productos, se repartirían entre sí los beneficios ahorrados por los capitalistas; y se quedarían sorprendidos al comprobar que el único resultado de todo ello no iba a ser otro que el empeoramiento de su situación, el estancamiento de la producción y una imposibilidad total de continuar.

Se ha hecho completamente imposible pasar directamente de la economía de intercambio del capitalismo a la economía de intercambio socialista. Es evidente que eso no puede suceder de golpe; si se intentase llevarlo a cabo gradualmente, se llegaría a la más terrible ruina de la revolución, a las luchas más salvajes entre las facciones surgidas rápidamente, al caos económico y al cesarismo político.

Estamos muy lejos de la justicia y de la racionalidad en la elaboración y distribución de los productos. Todo aquel que consume hoy en día está a merced de la economía mundial entera, porque entre él y sus necesidades se ha instaurado la economía

⁶⁹ George Herwegh (1817-1875), poeta alemán, afín a la revolución de 1848 y socialista. [N. del R.]

del beneficio. Los huevos que comemos vienen de Galitzia, la mantequilla de Dinamarca, la carne de Argentina, el trigo para el pan también de América, la lana de mi traje de Australia, el algodón de mi camisa de América y así el cuero y las materias de curtido para mis zapatos, la madera para las mesas, armarios y sillas y así sucesivamente.

Los seres humanos de nuestros tiempos han perdido su sentido de la relación y se han vuelto irresponsables. La relación es una fuerza de atracción que acerca a los seres humanos entre sí y los mueve a trabajar para producir lo que necesitan. Esa relación, sin la cual no somos seres vivientes, ha sido enajenada, ha sido reificada. Para el comerciante es lo mismo comerciar con una cosa que con otra; al proletario le es igual trabajar en esto o en aquello, para esto o para aquello; la fábrica no tiene el objetivo natural de satisfacer necesidades, sino el fin de obtener la cosa artificial, en la mayor cantidad posible y sin consideración, y en la medida de lo posible sin trabajo, es decir, como no hay brujería ni milagro, mediante el trabajo de los demás, de los sometidos, mediante la cosa que satisface todas las necesidades: el dinero.

El dinero ha devorado las relaciones y es por tanto más que una cosa. El distintivo de una cosa objetiva, que ha sido elaborada artificialmente a partir de la naturaleza, es que no crezca más, que no sea capaz de recibir del ambiente materias o fuerzas, sino que espere calmadamente el consumo y que se corrompa en un plazo mayor o menor si no es utilizada. Lo que tiene un crecimiento, un movimiento propio y se autogenera, es un organismo. Y de este modo el dinero es un organismo artificial; crece, da a luz hijos, se acrecienta por todas partes donde existe, y es inmortal.

Fritz Mauthner⁷⁰ (*Diccionario de filosofía*) ha mostrado que la palabra “dios” (*Gott*) es originalmente idéntica a “ídolo” (*Götze*), y que ambas cosas quieren decir “el de metal fundido” (*der Gegossene*). Dios es un producto elaborado por el ser humano, que adquiere vida, que atrae hacia sí la vida de los seres humanos y que finalmente se convierte en más poderoso que toda la humanidad.

⁷⁰ Fritz Mauthner (1849-1923), filósofo del lenguaje e historiador de la filosofía alemán. [N. del R.]

El único fundido, el único ídolo, el único dios que han creado físicamente los seres humanos es el dinero. El dinero es artificial y es viviente, el dinero engendra dinero y más dinero, el dinero tiene todos los poderes del mundo.

¿Pero quién no ve, quién no ve todavía, que el dinero, ese dios, no es otra cosa que el espíritu surgido de los seres humanos y convertido en cosa viviente, en absurdo, en el sentido de nuestra vida trastocado en locura? El dinero no crea riqueza, el dinero es riqueza; es la riqueza en sí misma; no hay nada más rico que el dinero. El dinero saca sus fuerzas y su vida de alguna parte; no puede sacarlas más que de nosotros y en tanto hemos hecho al dinero rico y capaz de reproducirse, nos hemos empobrecido y desecado todos nosotros mismos. Se sabe, literalmente, que centenares de millares de mujeres no pueden ser madres porque el abominable dinero da a luz y el duro metal les absorbe de las venas a hombres y mujeres el calor animal y la sangre como un vampiro. Somos mendigos y tontos y locos porque el dinero se ha convertido en un dios, porque el dinero se ha vuelto antropófago.

El socialismo es transmutación; el socialismo es comenzar de nuevo; el socialismo es reanudación de las relaciones con la naturaleza, volver a llenarse de espíritu, reconquista de las relaciones.

No hay otro camino para el socialismo que el que nosotros enseñamos y practicamos, aquel por el cual trabajamos. No trabajamos para dios ni para el diablo al que los seres humanos de hoy han vendido su alma, sino para nuestras necesidades. Reconstrucción de la relación entre trabajo y consumo: eso es el socialismo. El dios se ha vuelto ya tan poderoso y omnipotente que no puede ser abolido por una mera transformación objetiva, por una reforma de la economía del intercambio.

Los socialistas quieren reunirse de nuevo en comunidades, y las comunidades deben producir aquello que necesiten los miembros que la componen.

No podemos esperar a la humanidad, ni podemos esperar a que la humanidad se reúna para una economía común, para una economía de intercambio justa, mientras no hayamos encontrado y recreado de nuevo dentro de nosotros mismos como individuos la esencia de lo humano.

Todo comienza con el individuo, y todo depende del individuo. El socialismo, en comparación con lo que hoy nos rodea y nos aprisiona, es la tarea más formidable que se han impuesto jamás los seres humanos; no se va a hacer realidad con tratamientos externos como la violencia o la astucia.

Hay muchas cosas a las que podemos adherirnos que todavía contienen algo de vida, de espíritu viviente en sus formas externas: comunidades aldeanas con vestigios de una antigua propiedad común, con los recuerdos de los campesinos y de los trabajadores del campo sobre propiedad comunal originaria que se ha convertido desde hace siglos en propiedad privada; instituciones de economía colectiva para el trabajo del campo y del artesano. La sangre campesina corre todavía por las venas de muchos proletarios urbanos; deben aprender a escucharla de nuevo. El objetivo, el objetivo todavía muy lejano, es ciertamente lo que hoy se llama la huelga general; la negativa a trabajar para otros, para los ricos, para los ídolos y para el absurdo. Huelga general, pero de otra especie que la huelga general pasiva de brazos cruzados, que hoy se proclama y que con una bravuconería cuyo éxito momentáneo es muy dudoso y cuyo fracaso final es enteramente indudable, grita a los capitalistas: “¡Vamos a ver quién resiste más!”. Huelga general, sí, pero activa, y aquí nos referimos a otra actividad distinta a aquella que se pone también algunas veces en relación con la huelga general revolucionaria, y que, hablando llanamente, se denomina saqueo. La huelga general activa sólo vendrá y vencerá cuando los trabajadores se hayan puesto en situación de no dar a otros una pulgada de su actividad, de su trabajo, sino de trabajar sólo para su propio consumo, para sus verdaderas necesidades. Eso todavía está lejos; pero ¿quién ignora que no estamos ni al final ni en el medio del socialismo, sino en un primer comienzo? De ahí nuestra hostilidad mortal contra el marxismo de todo pelaje, porque ha contenido a los que trabajan para que no comiencen el socialismo. La palabra mágica que nos sacará del mundo petrificado de la codicia y de la miseria no es la huelga, sino el trabajo.

Agricultura; industria y artesanado, trabajo espiritual y trabajo corporal, enseñanza y aprendizaje, deben unirse de nuevo entre sí; Piotr Kropotkin ha escrito cosas muy valiosas sobre los métodos para conseguirlo en su libro *Campos, fábricas y talleres*.

No debemos perder la esperanza en el pueblo, en todo el pueblo, en todos nuestros pueblos. Hoy en día no hay ciertamente pueblos como tales; en lugar del pueblo, de los seres humanos espiritualmente unidos, han aparecido el Estado y el dinero; del otro lado no podían quedar más que fragmentos humanos dispersos.

El pueblo sólo puede volver a existir si los individuos, los precursores, los espirituales, llevan dentro de sí al pueblo, si la forma previa del pueblo vive en los seres humanos creadores y exige hacerse real desde su corazón, desde su cabeza y desde sus manos.

El socialismo no es, como se ha imaginado, una ciencia, aun cuando se requieren muchos conocimientos para él como para cualquier renuncia a la superstición y a la vida falsa, y para avanzar por el buen camino. El socialismo es, por el contrario, un arte. Un arte que quiere crear a partir de lo vivo.

Hombres y mujeres de todos los estratos sociales son exhortados a dejar el pueblo para ir al pueblo.

Pues esa es la tarea: no desesperar del pueblo, pero tampoco esperar al pueblo. El que satisface al pueblo que lleva dentro; el que, en pos de ese germen no nacido y esa forma apremiante de la fantasía, se une con sus iguales con el fin de convertir en realidad lo que pueda hacerse para plasmar el modelo socialista, ése deja el pueblo para ir al pueblo.

De aquellos que albergan el asco más profundo y el anhelo más fuerte y el verdadero ímpetu creador saldrá el socialismo como realidad, que tendrá una u otra apariencia dependiendo del número de aquellos que se agrupen para crearlo.

Es así como queremos agruparnos unos con otros y comenzar por fundar granjas socialistas, aldeas socialistas, comunidades socialistas.

La cultura no se basa en ninguna forma de la técnica o de la satisfacción de las necesidades, sino en el espíritu de la justicia.

El que quiere hacer algo por el socialismo debe ponerse manos a la obra con un presentimiento y una alegría intuitivos y sin embargo desconocidos. Tenemos que aprenderlo todo de nuevo: la alegría del trabajo, de la comunidad, del cuidado mutuo, pues lo hemos olvidado todo y no obstante lo sentimos todo aún dentro de nosotros.

Esos asentamientos en los que los socialistas se apartan, según las posibilidades, del mercado capitalista y de las que no exportan

en valor más que lo que tienen que recibir de fuera, son sólo pequeños comienzos y pruebas. Deben iluminar el campo, a fin de que la envidia se extienda sobre los amontonamientos humanos desprovistos de pueblo, la envidia no de los bienes de disfrute o de los medios de poder, sino la envidia de la dicha, tan antigua y tan nueva, de la satisfacción con uno mismo, de la felicidad en el seno de la comunidad.

El socialismo como realidad sólo puede aprenderse; el socialismo es, como toda vida, un intento. Todo lo que intentamos configurar ya hoy de manera poética con palabras y descripciones (la variedad en el trabajo, el papel del trabajo intelectual, la forma más cómoda y menos complicada del medio de intercambio, la introducción del pacto en lugar de la justicia, la renovación de la educación), todo eso será realidad en tanto que se realice, y nunca en tanto que se organice según un modelo.

Recordaremos sin duda con agradecimiento a aquellos que ya lo han vivido previamente en el pensamiento y en la fantasía, que han visto las comunidades y territorios del socialismo en formas articuladas. La realidad tendrá un aspecto distinto a sus construcciones individuales, pero la realidad procederá de esas preconcepciones suyas.

Recordemos una vez más aquí a Proudhon y todas sus visiones definidas de forma muy precisa, que no cayeron nunca en lo nebuloso, venidas del país de la libertad y del pacto: recordemos cosas muy buenas que Henry George, Michael Flürscheim, Silvio Gesell, Ernst Busch, Piotr Kropotkin, Elisée Reclus y muchos otros han visto y descrito.

Somos los herederos del pasado, querámoslo o no; creemos en nosotros la voluntad de que las generaciones venideras sean nuestros herederos, de influir con todo lo que vivimos y hacemos en las generaciones que vienen y en las masas humanas que nos rodean.

Este es un socialismo completamente nuevo; un socialismo que es nuevo otra vez; nuevo para nuestro tiempo, nuevo en su expresión, nuevo en su visión del pasado, nuevo también en sus sensibilidades. Debemos observar lo que existe también de manera nueva: debemos considerar las clases humanas, las instituciones y tradiciones de forma completamente nueva. Vemos ahora a los campesinos de manera muy diferente y sabemos que

enorme tarea nos han dejado, consistente en hablar con ellos, en vivir entre ellos y hacer revivir lo que en ellos está esclerotizado o enmohecido: la religión; no la fe en alguna potencia externa o superior, sino la fe en el propio poder y el perfeccionamiento del individuo mientras viva. ¡Cuánto hemos temido siempre al campesino y su amor a la posesión de la tierra! Los campesinos no tienen mucha tierra, sino muy poca, y no hay que quitarles nada, sino darles. Lo que hay que darles en primer lugar, como a todos, es el espíritu común y de comunidad; pero ese espíritu no está en ellos tan debilitado como en los obreros de la ciudad. Los colonos socialistas deben asentarse sólo en las aldeas existentes y se pondrá de manifiesto que se puede conseguir revivirlas, y que el espíritu que había en ellas en los siglos XIV y XV todavía hoy se puede despertar de nuevo.

Hay que hablar a los seres humanos de este nuevo socialismo con nuevas lenguas. Aquí se ha hecho un primer ensayo inicial; aprenderemos a hacerlo aún mejor, nosotros y otros; queremos convertir en grandes tentativas de socialismo las cooperativas, que son formas socialistas sin espíritu, y los sindicatos, que son valentía sin objetivo.

Querámoslo o no, no nos quedaremos en las palabras; iremos más allá. No creemos ya en la línea de separación entre el presente y el futuro; lo sabemos: América está aquí o en ninguna parte. Lo que no hagamos ahora, en este momento, no lo haremos nunca.

Podemos unir nuestro consumo y eliminar todo tipo de parásitos intermediarios; podemos fundar un gran número de talleres e industrias para la elaboración de bienes para nuestro propio consumo. Podemos ir mucho más allá de lo que han ido hasta ahora las cooperativas, que no pueden librarse todavía de la idea de la competencia con las empresas dirigidas al modo capitalista. Son burócratas, son centralistas; y no saben ayudarse a sí mismos más que convirtiéndose en patrones, y concertando contratos con sus empleados por mediación de los sindicatos. No se les ocurre que en la cooperativa de producción y de consumo cada cual trabaja para sí dentro de una economía de intercambio justa; que en ella no es la rentabilidad, sino la productividad del trabajo lo que decide; que muchas formas de empresa, por ejemplo la pequeña empresa, son absolutamente

productivas y bienvenidas al socialismo, aun cuando no sean rentables dentro del capitalismo.

Podemos fundar asentamientos que ciertamente no se apartarán completamente del capitalismo de golpe. Pero sabemos ya que el socialismo es un camino, un camino que lleva fuera del capitalismo, y que todo camino tiene un principio. El socialismo no surgirá del capitalismo, sino oponiéndose a él, se construirá contra él.

Los medios para la obtención de la tierra y de los primeros medios de explotación para esos asentamientos los conseguiremos mediante la unión de nuestro consumo, a través de los sindicatos y asociaciones obreras que se adhieran a nosotros, y por aquellos ricos que coincidan con nosotros o que al menos nos proporcionen recursos. No tengo miedo de esperar todo eso y de expresar esa esperanza. El socialismo es la causa de todos aquellos que sufren bajo las terribles circunstancias que están en nosotros y alrededor de nosotros; y muchas personas de todos los estratos sociales sufrirán pronto más de lo que hoy sospechamos. Nada mejor puede hacer uno con su propio dinero, en el sentido del decoro y de la propia redención, nada mejor pueden hacer también las asociaciones obreras con su dinero, que entregarlo de una vez por todas y liberar así tierra para el comienzo del socialismo. Una vez que la tierra está libre, nadie considera que ha sido comprada, y ella misma no deja traslucirlo. Pero, trabajadores, no sean melindrosos: si se compran zapatos, pantalones, papas, arenques; ¿no sería un bello comienzo que seres que trabajan y sufren, sea cual sea el papel que se les haya asignado hasta ahora, reuniesen sus fuerzas para redimirse de la injusticia y para producir en lo sucesivo la mayor parte de lo que necesitan para su comunidad en su propia tierra?

No lo olvidemos: si estamos en el verdadero espíritu, tenemos todo lo que necesitamos para la sociedad, excepto la tierra. ¡Habitantes de la gran ciudad, es el hambre de tierra la que deberán sentir!

Si en todas partes, en el Norte, en el Sur, en el Oeste y en el Este, en todas las provincias, hay colonias socialistas con cultivo propio, diseminadas en medio de la ruindad de la economía del beneficio, y su alegría vital es vista y percibida de un

modo inaudito, aunque silencioso, se originará entonces una envidia cada vez mayor; entonces, creo, el pueblo se pondrá en movimiento; entonces comenzará el pueblo a conocer, a saber, a tener la seguridad; no les faltará más que una cosa exterior para vivir al modo socialista, próspera y felizmente: la tierra. Y entonces los pueblos liberarán la tierra y no trabajarán más para los ídolos, sino para los seres humanos. Así pues: ¡comiencen! ¡Comiencen desde lo más pequeño y con el grupo más reducido!

El Estado, es decir las masas que no han llegado todavía al conocimiento, los núcleos de los privilegiados y de sus representantes, las castas gubernativas y administrativas, pondrán los más grandes y más mezquinos obstáculos a los que quieran comenzar. Lo sabemos.

La destrucción de todos esos obstáculos, si es que son obstáculos reales, se producirá cuando estemos tan próximos que no haya ya el menor espacio de separación entre ellos y nosotros. Ahora son sólo obstáculos de la anticipación, de la imaginación, del temor. Lo vemos ya: nos pondrán en el camino todo tipo de obstáculos cuando llegemos allí; y por eso será preferible, mientras tanto, no hacer nada.

¡Dejémonos llegar primero allí! Pongámonos unos pocos delante, para llegar a ser muchos.

Al pueblo no le puede hacer violencia más que el pueblo mismo.

Y gran parte del pueblo se pone de lado de la injusticia y de lo que les daña en cuerpo y alma porque nuestro espíritu no es suficientemente fuerte, no es suficientemente contagioso.

Nuestro espíritu tiene que encender, que iluminar, que seducir, que atraer.

Esto no lo consigue nunca el discurso por sí sólo, por violento, por colérico, por suave que sea.

Esto sólo lo consigue el ejemplo.

El ejemplo de los que van hacia adelante es el que debemos dar nosotros.

¡Ejemplo y espíritu de sacrificio! En el pasado, hoy y mañana, se hacen sacrificios tras sacrificios por las ideas: siempre en nombre de la insurrección, siempre en nombre de la imposibilidad de vivir así.

Ahora se trata de aportar sacrificios de otra especie, no sacrificios heroicos, sino silenciosos, que no llamen la atención, para dar un ejemplo de la verdadera vida.

Y después de los pocos saldrán muchos, y también los muchos se volverán pocos. Centenares, millares, centenares de millares; ¡Demasiado pocos, demasiado pocos!

Serán más y más, y siempre serán demasiado pocos.

Pero se superarán los obstáculos; pues el que construye en el espíritu verdadero, destruye los más fuertes impedimentos mientras construye.

Y finalmente, finalmente el socialismo que ha ardido y llameado tanto tiempo, iluminará al fin. Y los seres humanos, los pueblos, sabrán con absoluta seguridad que tienen el socialismo y los medios para realizarlo total y enteramente en sí y entre sí y que nada les falta excepto una cosa: ¡tierra! Y liberarán la tierra; pues nadie pone obstáculos ya al pueblo, pues el pueblo mismo ya no es un obstáculo para sí mismo.

Hago un llamamiento a aquellos que quieren hacer todo lo que está en su poder para crear este socialismo. Sólo el presente es real y lo que los seres humanos no hagan ahora, lo que no empiecen a hacer de inmediato, no lo harán en toda la eternidad. Lo que vale es el pueblo, lo que vale es la sociedad, lo que vale es la comunidad, lo que vale es la libertad y la belleza y la alegría de la vida. Necesitamos gente que haga llamamientos en la lucha; necesitamos a los que estén llenos de ese deseo creador; necesitamos gentes de acción. A las gentes de acción, a los que comienzan, a los principiantes, los llamamos aquí al socialismo.

Al que no haya oído este llamamiento en el momento en que estas palabras y su sentimiento le han sido dirigidas, a ese le decimos a modo de despedida: del mismo modo que hemos utilizado palabras corrientes con el único fin de poder hablar a los seres humanos y que hemos dejado a un lado esas palabras corrientes y provisionales como falsamente aplicadas o inadecuadas, lo mismo puede suceder con la palabra *socialismo*. Tal vez este llamamiento sea también el comienzo de un camino para encontrar una palabra mejor, más honda, más acertada. Pero cada cual tiene que saberlo ya: nuestro socialismo no tiene nada en común con la tierna comodidad o la pasión de un idilio pastoril ininterrumpido y de una vida amplia que sólo estaría dedicada a la economía y al

trabajo para cubrir las necesidades de la vida. Aquí se ha hablado mucho de economía; es el fundamento de nuestra vida social, y deberá serlo alguna vez de tal modo que no se necesite hablar más de ella. ¡Salud, errantes incansables, viajeros y vagabundos y trotacalles, que no soportan ninguna economía y ninguna integración en la economía de nuestro tiempo! ¡Salud a artistas, que crean más allá del tiempo! ¡Salud, guerreros de tiempos antiguos, que no quieren que su vida se reseque junto a las estufas! Lo que actualmente hay en el mundo de guerra y ruido de espadas y salvajismo no es casi nunca más que la máscara deforme que cubre la vacuidad y la codicia; la serenidad, la fidelidad y la caballerosidad se han convertido en rarezas extraordinarias. Salud, tartamudos, silenciosos, que ocultan en lo más hondo, allí de donde no sale palabra alguna, ese presentimiento: que grandezas desconocidas, luchas indecibles, dolor íntimo del alma, placeres y penas salvajes serán a partir de ahora el destino de la humanidad, tanto del individuo como de los pueblos. Creadores de imágenes, poetas, músicos, saben de ello y por ustedes hablan ya las voces del poder y del ardor y de la dulzura que deben florecer de los nuevos pueblos. Dispersos por toda nuestra desolación viven los jóvenes, los hombres sólidos, los ancianos experimentados, las amables mujeres; los seres humanos, que son niños, viven aquí y allí más de lo que ellos mismos saben; y en todos ellos viven la fe y la seguridad de la gran dicha y del gran dolor que un día afectarán de nuevo a las generaciones humanas y las transformará y las impulsarán hacia adelante. Dolor, sagrado dolor: ¡ven a nuestro pecho! Donde tú no estás, no puede haber nunca paz. Todos ustedes (¿o es que son tan pocos?), todos aquellos en los que sonríe y llora el sueño; todos los que respiran acción, todos los que experimentan profundamente el júbilo, todos a los que les gustaría estar desesperados por alguna razón, por locura y por verdadera necesidad, no por la bagatela de absurdo y de vileza que nos rodea hoy en día y que llevan también el nombre de penuria y miseria; todos los que están solos y llevan en ellos la forma, es decir, la figura y el ritmo de la fuerza creadora reunida; todos los que podrían dar esta orden desde sus corazones: en nombre de la eternidad, en nombre del espíritu, en nombre de la imagen que quiere convertirse en algo verdadero y en el camino, la humanidad no debe perecer; el grueso fango verde y gris que hoy se llama

tan pronto proletariado como burguesía como casta dominante y que en todas partes, arriba y abajo, no es más que repugnante proletariado, esa caricatura horriblemente repulsiva de la codicia, de la saciedad y de la degradación, ese fango no debe continuar moviéndose y extendiéndose, no debe continuar manchándonos y sofocándonos: todos son llamados al socialismo.

Esta no es más que una primera palabra. Queda mucho por decir. Habrá que decirlo. Por mí y por los otros a quienes se dirige este llamamiento.

LOS DOCE ARTÍCULOS DE LA LIGA SOCIALISTA

(14 de junio de 1908)

Art. 1° La forma básica de la cultura socialista es la unión de las comunidades económicas autónomas que intercambian entre sí sus productos conforme a la justicia.

Art. 2° Esta Liga Socialista reemplaza, en los caminos que señala la historia, a los Estados y a la economía capitalista.

Art. 3° La Liga Socialista acepta como objetivo de sus aspiraciones la palabra República en el sentido originario: la cosa del bien común.

Art. 4° La Liga Socialista declara como objetivo de sus aspiraciones la anarquía en su sentido originario: el orden a través de uniones en la voluntariedad.

Art. 5° La Liga Socialista abarca a todos los seres humanos que trabajan, a los que quieren el orden social de la Liga Socialista. Su misión no es ni la política proletaria ni la lucha de clases, ambas accesorios necesarios del capitalismo y del Estado violento, sino lucha y organización para el socialismo.

Art. 6° La eficacia verdadera de la Liga Socialista sólo podrá comenzar cuando se hayan asociado a ella grandes masas. Hasta entonces su misión es de propaganda y de reunión de fuerzas.

Art. 7° Los miembros de la Liga Socialista quieren poner su trabajo al servicio de su consumo.

Art. 8° Agrupan sus fuerzas de consumo para intercambiar sus productos con ayuda de su banco de intercambio.

Art. 9° Envían pioneros que producen en los asentamientos de la Liga Socialista en el interior del país todo lo posible para cubrir sus necesidades, incluidos productos de la tierra.

Art. 10° La cultura no se basa en una forma determinada de la técnica o de la satisfacción de las necesidades, sino en el espíritu de la justicia.

Art. 11° Esos asentamientos deben ser sólo modelos de la justicia y del trabajo alegre: no medios para la obtención del objetivo. El objetivo sólo se conseguirá cuando la tierra llegue a manos de los socialistas por otros medios distintos que los de la compra.

Art. 12° La Liga Socialista aspira al derecho y con él al poder de suprimir, en el momento culminante de la transición, la propiedad privada de la tierra y el suelo a través de grandes medidas fundacionales, dando así a todos los hijos del pueblo la posibilidad de vivir, sobre la base de la justicia, en cultura y alegría, en comunas que sean económica y comercialmente independientes debido al intercambio mutuo y a la unión de industria y de agricultura.

Índice

Agradecimiento	5
Prólogo a la presente edición	7
Avatares de un anarquista romántico.	
Breve biografía de Gustav Landauer	17
Advertencia	33
Prefacio a la segunda edición (1919)	37
Advertencia preliminar a la primera edición	47
I	49
II	53
III	61
IV	69
V	105
VI	139
VII	155
Los doce artículos de la Liga Socialista	187

Impreso en Buenos Aires Print
Presidente Sarmiento 459
Lanús Oeste, Buenos Aires, R. Argentina
en julio de 2022
Buenosairesprint@hotmail.com

